

Correspondencias  
Korrespondentziak

Obra honen edozein erreproduzio modu, banaketa, komunikazio publiko edo aldaketa egiteko, nahitaezkoa da jabeen baimena, legeak aurrez ikusitako salbuespenezko kasuetan salbu. Obra honen zatiren bat fotokopiatu edo eskaneatu nahi baduzu, jo CEDROra (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*1. argitalpena: 2016ko urrian*

Azalaren diseinua: DSS2016EU

Azaleko irudia: Javier de Isusi

Maketazioa: Erein

© Itzulpenak: Iñigo Roque Eguzkitza, Maramara taldea eta Koro Navarro

© Amos Oz (eskubide guztiak erresalbatuta)

© Héctor Abad (eskubide guztiak erresalbatuta)

© Fernando Aramburu (eskubide guztiak erresalbatuta)

© Fundación Donostia/San Sebastián 2016 Fundazioa

© Edizio honena: EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-159-2

L. G.: SS-2000/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)

Inprimatzailea: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

# Correspondencias Korrespondentziak

**Héctor Abad & Fernando Aramburu**

PRÓLOGO | ATARIKOA

**Amos Oz**



DSS2016.EU



erein



# Correspondencias



## HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

(Medellín, 1958). Escritor, traductor y periodista. Nació en Medellín en 1958. En 1998 fue galardonado con el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en la categoría columna de opinión; recibió ese mismo premio en el año 2006. En 1999 fue corresponsal de la revista Cambio en Estados Unidos, con sede en Boston. En 2000, su novela *Basura* recibió el Primer Premio Casa de América de Narrativa Innovadora; en 2004, su novela *Angosta* fue premiada en China como la Mejor Novela Extranjera del Año; en 2006 recibió una beca del DAAD y vivió un año en Berlín.

En noviembre del año 2006, publicó su libro más celebrado, *El olvido que seremos*, en donde revive la historia de su padre, el doctor Héctor Abad Gómez, y las circunstancias de su asesinato. Por este libro ha recibido premios en Lisboa y en Washington.

Actualmente es columnista y asesor editorial del diario El Espectador. Colabora también con El País de Madrid, el NZZ de Zurich y otras publicaciones nacionales e internacionales. Sus novelas han sido traducidas a distintas lenguas, entre ellas inglés, portugués, italiano, chino, francés y alemán.

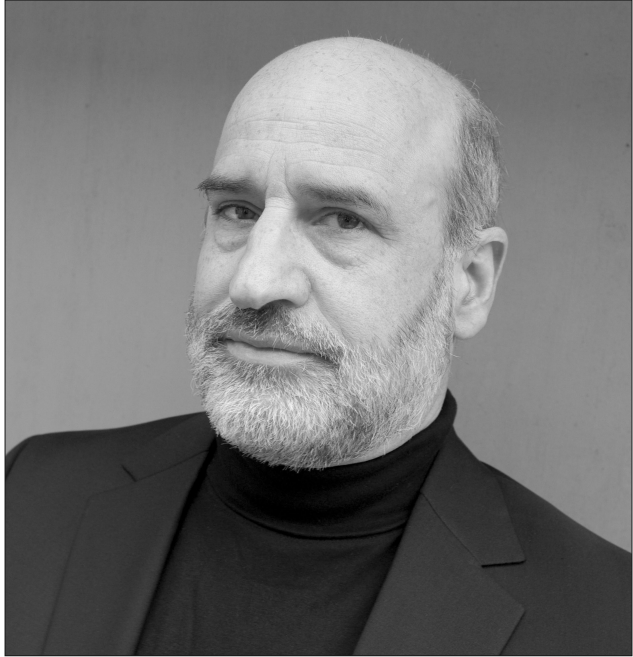
## FERNANDO ARAMBURU

Nació en San Sebastián en 1959. Fue miembro fundador del Grupo CLOC de Arte y Desarte, que en su día combinó la acción contracultural con la práctica del humor surrealista. Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza. Desde 1985 reside de forma permanente en la República Federal de Alemania, donde, tras un largo periodo de actividad pedagógica, se dedica exclusivamente a la escritura.

Empezó su carrera literaria como poeta. La Universidad del País Vasco publicó su poesía casi completa en 1993 con el título de *Bruma y conciencia*, en edición parcialmente bilingüe castellano/vascuence. Con posterioridad difundió una muestra de sus poemas, reunidos bajo el título de *Yo quisiera llover* (2010).

Su primer novela, *Fuegos con limón*, apareció en 1996. Han seguido otros títulos: *Los ojos vacíos* (premio Euskadi 2001), *El trompetista del Utopía*, *Vida de un piojo llamado Matías*, *Bami sin sombra*, *Viaje con Clara por Alemania*, *Años lentos* (premio Tusquets de Novela 2011), *Ávidas pretensiones* (Premio Biblioteca Breve 2014) y *Patria* (2016). Es asimismo autor de un libro de prosas breves: *El artista y su cadáver*, de una recopilación de reflexiones literarias: *Las letras entornadas*, y de los volúmenes de cuentos: *No ser no duele*, *Los peces de la amargura* (premio Real Academia Española 2008, NH Vargas Llosa y Dulce Chacón) y *El vigilante del fiordo*. Se ha dedicado asimismo a la literatura para niños y a la traducción de autores alemanes. Colabora asiduamente en los periódicos. Su obra ha sido traducida a diversos idiomas. *Las letras entornadas* (2015), reúne ensayos de reflexión cultural y literaria.







## PRÓLOGO

TRADUCTOR: MARAMARA TALDEA

*7 de agosto de 2016. Amos Oz se encuentra en su casa, en Arad; Xabier Paya, Director de Programa de Donostia - San Sebastián 2016 Capital Europea de la Cultura, le llama desde un aeropuerto. Se saltan la charla trivial y abordan directamente el tema a tratar.*

*XABIER PAYA.* - Este libro es parte de un proyecto titulado *Chejov vs. Shakespeare*, una iniciativa en la que 16 escritores han iniciado correspondencia para debatir sobre la relación entre literatura y conflictos. El título proviene de la particular conexión que usted halló entre Chejov y Shakespeare. Ambos ofrecen puntos de vista diferentes para observar el conflicto israelí-palestino. ¿Podría explicar estos dos puntos de vista?

*AMOS OZ.* - En primer lugar, permítanme decirles que me siento honrado por su decisión de basar su proyecto en la idea Shakespeare-Chejov, la cual por supuesto fue creada con una pequeña sonrisa en los labios, ya que, como todo el mundo sabe, Shakespeare escribía tragedias, mientras que Chejov insistía en llamar a sus obras comedias. A lo largo de la vida, me he dado cuenta de que tragedia y comedia no son dos planetas diferentes. He descubierto que tragedia y comedia no son más que dos diferentes ventanas por las que podemos observar el mismo paisaje, las mismas perspectivas de nuestras vidas.

La principal diferencia entre la concepción shakesperiana de la vida y la concepción chejoviana de la vida radica en que Shakespeare veía a su alrededor enfrentamientos entre individuos con una gran

fuerza, motivados por un sentido de la justicia muy fuerte, un sentido de la devoción muy fuerte y, en ocasiones, una ambición muy fuerte. Y el choque entre estas ideas, estas ambiciones y estas creencias personales a menudo conducían a estas personas a la destrucción total. Se destruían unos a otros y se destruían a sí mismos. Chejov, por el contrario, no se centraba en personas con una gran fuerza, sino en individuos débiles e indecisos. También tenían ambiciones. También tenían ideas y aspiraciones, no menos que los personajes shakesperianos. Pero los personajes de Chejov se dan cuenta, en el transcurso de la obra, de que tienen que hacer concesiones. De que en ocasiones tienen que capitular. De que en ocasiones deben conformarse con un éxito parcial. La principal diferencia entre una tragedia de Shakespeare y una comedia de Chejov es que al finalizar una tragedia de Shakespeare el escenario está cubierto de cadáveres y quizás –solo quizás– se haya impuesto la justicia. Al término de una comedia de Chejov, todos y cada uno de los protagonistas se halla decepcionado, afligido, derrotado o desencantado, pero vivo. Y toda mi vida he pensado que no deberíamos luchar por un final feliz del conflicto –nunca he creído en los finales felices de los conflictos–. Creo en la conveniencia de escoger una solución chejoviana y no una solución shakesperiana. Y una solución chejoviana no implica necesariamente tener que renunciar a los ideales propios o desencantarse totalmente. A menudo significa acuerdo. Yo creo firmemente en los acuerdos. Y sé que la palabra “acuerdo” tiene connotaciones muy negativas entre los jóvenes idealistas, o los que quizás prefieren llamarse hoy día jóvenes activistas. Estas personas piensan que el acuerdo es deshonesto. Piensan que el acuerdo es fácil. Piensan que el acuerdo es oportunista. Pero creo que están equivocados. Creo que la única manera de que puedan coexistir individuos diferentes, ideales diferentes y mentalidades diferentes es por medio de acuerdos. Eso sí, cuando hablo de acuerdo no me refiero a capitulación. No me refiero a ofrecer la otra mejilla al enemigo, como recomendaba Jesucristo.

¡No! Lo que sugiero simplemente es tratar de encontrarse con el otro en algún lugar a mitad de camino.

Miles de años de la historia de Europa están señalados por choques sin fin entre religiones diferentes, ideologías diferentes, creencias diferentes y ambiciones diferentes, ambiciones que colisionan unas con otras. Finalmente, algunas partes de Europa, aunque no todas, han llegado a la idea de que deberían coexistir de una manera plural. Deberían coexistir tolerando las diferencias entre ellos. Y este es uno de los fundamentos de la fórmula chejoviana. Nadie va a conseguir que las cosas sean un 100% a su manera. Debemos encontrarnos con el otro en algún lugar sobre el puente que cruza el río, en vez de hacer volar el puente y dispararnos los unos a los otros de orilla a orilla. En esto consiste, en resumen, mi preferencia por el fin a lo Chejov frente al fin a lo Shakespeare. Y permítanme, una vez más, dejarlo bien claro. No estoy propugnando capitular. No estoy propugnando que debamos rendirnos, o desistir de nuestros ideales o nuestras creencias en nombre de la paz y la no violencia. En absoluto. Creo que hay que tratar de encontrarse con el otro en algún lugar a mitad de camino. Esa es la fórmula para la coexistencia, no solo entre naciones, no solo entre religiones, no solo entre grupos étnicos e ideologías. Es también la única fórmula posible de coexistencia entre individuos diferentes, parejas, hombres y mujeres, padres e hijos, y a veces entre hermanos. Acuerdo. Por tanto, para mí la palabra acuerdo no es una palabra negativa. No significa debilidad o deshonestidad. Significa vida. Y lo opuesto a acuerdo no es idealismo. Lo opuesto a acuerdo no es devoción y coherencia. Lo opuesto a acuerdo es fanatismo y muerte. Y yo he pasado toda mi vida tratando de repeler el fanatismo y la muerte. He luchado contra toda forma de fanatismo.

*XABIER PAYA.* - En la comparación entre los conflictos que se han conocido en Europa durante siglos y el conflicto israelí-palestino, usted ve una gran diferencia: Europa ha tenido una base más maniquea,

negro o blanco, mientras que el conflicto israelí-palestino es más una cuestión de grises. Su apreciación sobre la resolución chejoviana o shakesperiana del conflicto la creó basándose en su experiencia y su vida en el conflicto israelí-palestino. ¿Qué opina sobre el caso de Europa y cómo se relaciona con el conflicto israelí-palestino?

*AMOS OZ.*- Bien, son dos preguntas diferentes, así que intentaré responderlas una a una. En tanto en cuanto me pregunta acerca del futuro, no conozco la respuesta. Vivo en la tierra de los profetas y es muy difícil ser profeta en esta parte del mundo. Hay una gran competitividad en el negocio de la profecía en mi país, así que no puedo decirle qué ocurrirá mañana. Pero sí puedo decirle una o dos cosas acerca de lo que está ocurriendo ahora. Estoy muy preocupado por lo que está ocurriendo en algunas partes de Europa hoy día, ya que veo varios tipos de radicalización: en algunos casos se trata de radicalización violenta, en otros solo de radicalización verbal. Veo más odio étnico. Más racismo. Más extremismo. Quizás, tan solo quizás, sea el resultado del hecho de que Europa, y a decir verdad el mundo entero, se está alejando cada vez más de los horrores de la primera mitad del siglo XX. Voy a decirle algo paradójico y quisiera que se lo tomara con una sonrisa:

Creo que Hitler y Stalin nos hicieron un gran regalo; un regalo que nunca se propusieron hacernos. Creo que tras los horrores de Hitler y Stalin, la gente, especialmente en Europa pero también en otras partes del mundo, se volvió más cautelosa y más reacia en lo que respecta al extremismo. Creo que la gente se volvió más tolerante porque aprendieron una lección de los horrores de Hitler y Stalin. Creo que la gente que era racista se avergonzó en cierta manera de admitir su racismo después de Hitler. Creo que la gente que era radical violenta tuvo más dudas respecto al radicalismo y la revolución social violentos después de Stalin. Este fue el regalo no intencionado de la limitación que nos hicieron Hitler y Stalin. Ahora, me temo que este regalo está a punto de expirar. Se ha agotado, porque ha llegado

una nueva generación para la que los horrores de Hitler y Stalin son solo un recuerdo lejano. El resultado es que cada vez más y más gente en Europa y en otras partes se siente atraída por fórmulas simples, sean esas fórmulas racistas, radicales revolucionarias o fanáticas; fórmulas simples, en cualquier caso. Esto es ciertamente preocupante, porque las fórmulas simples tienden a ignorar la infinita complejidad de la naturaleza humana. Mi cita favorita de Dostoievski es una frase pronunciada por Ivan Karamazov en *Los hermanos Karamazov*. Dice así: “El alma humana, la mente humana es demasiado amplia. Quisiera poder acotarla un poco”. No podemos acotar la mente humana y no quisiera hacerlo. Es muy amplia. Es demasiado amplia para cualquier fórmula simplificadora. Y veo con preocupación, incluso con miedo, que estamos impulsando la utilización de fórmulas simples en Europa y otros lugares. Estas fórmulas simples han existido siempre en las entrañas de la gente. No en el cerebro, sino en las entrañas. Fórmulas simples. Cómo destruir a los malos y defender a los buenos. Cómo resolver todos los problemas con una solución simple, decidida, dura. La gente se avergonzó de ello y le tuvo miedo durante cincuenta o sesenta años, a causa del recuerdo de Hitler y Stalin, a causa del impacto de Hitler y Stalin.

Ahora, me temo que estas simplificaciones han vuelto. Han vuelto los signos de exclamación. Han vuelto los eslóganes simplistas. Ha vuelto la respuesta fácil para todo. Cuanto más complicados se vuelven nuestros problemas, más ansía la gente soluciones verdaderamente simples. Soluciones fáciles, que caben en un único renglón. Destruir a los malos. “Detened la inmigración” o “Abajo el Gobierno”. “Transformemos el sistema social”. “Abajo la Unión Europea”. Lo que sea. Hay muchos, muchísimos eslóganes. Pero todos estos eslóganes tienen algo común. Son muy simples. Y la condición humana no es simple. Quizás la mayor contribución de la literatura —no me gusta hablar de “función de la literatura”; no creo que la literatura tenga una función en el mismo sentido en el que lo

tiene la policía o el hospital— pero la literatura ciertamente puede ofrecernos un regalo. Y ese regalo consiste en que la buena literatura nos recuerda una y otra vez cuán complicada es la mente humana, cuán amplia es el alma humana y, en consecuencia, cuán erróneas resultan las respuestas simplistas, aquellas que caben en un solo renglón, sean las que sean. Las respuestas de un único renglón para todo son muy frecuentemente respuestas peligrosas. Da igual que provengan de la izquierda o de la derecha, de religiones, de políticos o de donde sea, si alguien me ofrece una respuesta o una receta de un solo renglón para todos mis problemas, evitaré dicha receta.

Esto me lleva a la segunda parte de su pregunta: las ideas de Europa acerca de Oriente Medio, las ideas de Europa acerca de Israel y Palestina. Una y otra vez me sorprende y me desconcierta el hecho de que intelectuales europeos, que menosprecian las películas de Hollywood, esas películas simplistas con buenos y malos, en las que los buenos son maravillosos y los malos son monstruos, decía que esa misma gente que menosprecia Hollywood, cuando se encuentran con la cuestión de Oriente Medio, de israelíes y palestinos, inmediatamente necesitan saber quiénes son los buenos y quiénes los malos. Están ansiosos por manifestarse en favor de los buenos, por adherirse a alguna campaña en contra de los malos e irse a dormir sintiéndose bien consigo mismo. Hasta cierto punto los entiendo, porque en el siglo XX muchas de las cuestiones eran realmente blancas o negras. Fascismo y libertad: aquello era blanco o negro. Colonialismo y libertad: prácticamente blanco o negro. Sudáfrica, apartheid: sí, básicamente aquello iba de buenos y malos. Vietnam: prácticamente blanco o negro. Pero cuando nos venimos al tema de los israelíes y los árabes, ya no es blanco o negro. No es una película de Hollywood. Es una historia triste, de choque entre el bien y el bien. Aunque últimamente más parece un choque entre el mal y el mal. La historia de israelíes y palestinos es una tragedia en el antiguo sentido de la palabra “tragedia”: un choque entre justos y justos. Creo



que los palestinos están en Palestina por la misma razón por la que los griegos están en Grecia. Palestina es su tierra y no tienen otra tierra. Pero ocurre exactamente lo mismo con los judíos israelíes. No tienen otra tierra. Nunca han tenido otra tierra. Como individuos sí, algunos de ellos la han tenido; pero no como pueblo.

Por tanto, este pequeño país, más pequeño que Bélgica, más pequeño que Dinamarca, es la única patria de los palestinos y es asimismo la única patria de los judíos israelíes. Ambos reclaman el mismo país y ambos tienen razón. La única salida es un acuerdo doloroso. La única salida es dividir esa pequeña casa en dos apartamentos aún más pequeños. Creo que en inglés a esto se le llama “semi-detached house” (casa semiadossada). Miren a la antigua Checoslovaquia. En mi opinión es un ejemplo fabuloso. Cuando los checos y los eslovacos se dieron cuenta de que no podía vivir juntos felizmente, decidieron pacíficamente dividir la antigua Checoslovaquia en la República Checa y la República Eslovaca, sin derramar sangre, y esta es, para mí, la única respuesta a la tragedia de Israel y Palestina. Pero, por alguna razón, muchos intelectuales europeos se niegan a mirarlo de este modo. Buscan a los malos y a los buenos. Si son antimusulmanes o antiárabes, entonces son 120% antiárabes y antimusulmanes. Si se vuelven anti-israelíes, entonces alcanzarán un 120% describiendo a Israel como colonialismo, fascismo, nazismo o lo que sea. Demasiado simple, y ya te he dicho en mi respuesta anterior que me dan miedo las simplificaciones. Me aterrorizan las simplificaciones, porque la condición humana no es simple, y la mente humana no es simple, a pesar del deseo de Ivan Karamazov de acotarla.

*XABIER PAYA.*- En comunidades que se encuentran inmersas en un conflicto, ¿qué podemos esperar de la literatura, de los libros, de los escritores? ¿Deberían tener una función especial? Ya me ha dado una respuesta maravillosa al decirme que los libros nos recordarán que los conflictos no son fáciles y que la simplificación no

es posible hoy día. Pero me gustaría que desarrollara un poco más esa respuesta.

*AMOS OZ.*- Por supuesto. Lo haré si acordamos algo muy simple. Sustituyamos el término “función de la literatura” por el término “regalo de la literatura” o...

*XABIER PAYA.*- Perfecto. Totalmente de acuerdo.

*AMOS OZ.*- Veamos, es como la diferencia entre ginecología y sexo: la ginecología tiene una función; el sexo es un regalo. La literatura es más como el sexo que como la ginecología. Yo creo firmemente en la curiosidad. Todos sabemos que la curiosidad es una condición previa crucial para la evolución intelectual. Para la evolución científica. Si no fuera por la curiosidad, viviríamos todavía en los árboles o en cuevas. Pero demos todavía un paso más allá. Pienso también que la curiosidad es una virtud moral, y una muy importante virtud moral. Creo que una persona curiosa es mejor persona que una persona que no es curiosa. Creo que una persona curiosa es mejor compañera, mejor pareja, mejor progenitora, incluso mejor amante que una persona que no lo es. Y he aquí el regalo de la literatura: Apela a nuestra curiosidad, a nuestro deseo de ponernos en el lugar del otro, o incluso a ponernos en la piel del otro. Cuando leemos una novela o un relato, o cuando asistimos a una obra de teatro, durante un momento nos convertimos en Hamlet, Macbeth, Ivan Karamazov, Raskolnikov o quien sea. Nos convertimos en parte de esas personas. Nos metemos en su pellejo. De esta manera, nos imaginamos cómo debe de ser ser otra persona. Nos hace mejores personas, repito, no porque cambiemos completamente ni porque nazcamos de nuevo, sino porque al leer una buena historia crecemos. Ganamos en profundidad y en amplitud. Y al crecer a través de la experiencia de otras personas, de los sentimientos de otros, de los miedos, ambiciones e inseguridades de otros, nos convertimos en mejores personas. Entendemos al otro mejor de lo que lo entendíamos antes, y quizás también conseguimos un mayor conocimiento de nosotros

mismos. Cuando era joven, comprendí cuán doloroso y trágico es el conflicto israelí-palestino porque leía literatura; no porque fuera un experto en ciencias sociales, o un historiador, o un arabista o un estratega, sino porque leía literatura. Y leyendo literatura palestina y árabe comprendí el sufrimiento, los insultos, el dolor y el padecimiento del otro lado. Esto no me ha convertido en un propalestino. Yo no soy propalestino. No me ha hecho identificarme completamente con mis enemigos. De hecho, no me identifico con ellos. Pero hizo que comprendiera quiénes son. Me hizo imaginar que bajo una ligera combinación diferente de genes o de circunstancias sociales, yo podría haber sido uno de ellos. Podría haber sido otro.

He ahí el regalo de la literatura, señor Paya. Por un momento experimentamos qué es ser otra persona. Y la capacidad de experimentar qué es ser otra persona nos hace mejores en muchos sentidos. Para un hombre, imaginar qué es ser una mujer; para una mujer, imaginar qué es ser un hombre; para un cristiano, imaginar qué es ser judío; para un europeo, imaginar qué es ser un niño del tercer mundo. Para cualquier persona imaginarse al otro, para un joven imaginar durante unas horas qué es ser viejo, nos abre el corazón y el alma en favor de un acuerdo. Si se me permite volver a la idea del acuerdo, el regalo de la literatura consiste en que nos invita a salir de nuestro ser al menos durante unas pocas horas, al menos mientras dura la lectura, para imaginar que somos otra persona. Nos invita a situarnos en el laberinto del otro, en la piel de nuestro rival, nuestro antagonista, nuestro enemigo, no porque tengamos que amar a nuestro enemigo. No tiene nada que ver con el amor. Yo no creo en el amor al enemigo. Se trata simplemente de que al ponernos en la piel de nuestro antagonista, nuestro rival, nuestro enemigo, o en ocasiones nuestro vecino, nos convertimos en mejores vecinos, mejores esposos y esposas, mejores padres y madres. Nos convertimos incluso en mejores amantes, al imaginarnos en el otro lado del juego del amor. El gran regalo de la literatura en particular y del arte

en general es que la literatura y el arte pueden ampliar nuestra personalidad. Amplían nuestro territorio emocional. Nos hacen cruzar los límites entre nuestro yo y las personalidades de otros.

*XABIER PAYA.*- Pero imagine que no hay ningún escritor dispuesto a expresar los sentimientos del enemigo o los sentimientos del vecino en un conflicto. Dejemos a un lado la palabra “función”: tienen los escritores una tarea específica a realizar en este tipo de situaciones, o deberían dichos regalos suceder por sí mismos?

*AMOS OZ.*- Una vez más, le voy a dar dos respuestas, pero esta vez van a ser bastante breves.

La primera respuesta es que la buena literatura consiste, de una u otra manera, en hacer eso. A lo largo de la historia, siempre ha sido así. La buena literatura siempre nos hace traspasar los límites. Cuando Shakespeare escribió sobre el mercader de Venecia, inicialmente probablemente trataría de retratar a Shylock como un judío feo y repulsivo, un prestamista sin corazón, pero como era Shakespeare, se puso a sí mismo y puso a los espectadores de *El mercader de Venecia* en la piel de ese judío terrible y, de pronto, el lector desarrolla una cierta empatía hacia ese “hombre terrible”. Lo mismo ocurre cuando Dostoievski escribe una novela sobre un estudiante que mata a dos ancianas. Casi simpatizamos con él. Le entendemos. La buena literatura siempre nos ha llevado a traspasar los límites y a imaginar lo inimaginable, y, ciertamente, sí, hay algo que los escritores deberían hacer. Al menos yo lo hago. No puedo hablar en nombre de todos los escritores. Trato con las palabras durante muchas horas cada día. Me levanto muy temprano, tomo una taza de café y empiezo a considerar diferentes palabras. Nombres, verbos, adjetivos. Pienso que debido a mi profesión he desarrollado una cierta sensibilidad hacia las palabras y esto me ha traído consigo una responsabilidad. Estoy hablando de mí mismo ahora, no del resto de los escritores. ¿Quién soy yo para decir a los escritores qué deben hacer y cómo deben escribir? Pero en mi caso, siento que tengo el deber de levantar

mi voz y dar un grito cuando escucho un lenguaje deshumanizador. Siento que tengo en cierta manera el deber de ser un detector de humos del lenguaje, o quizás de ser la brigada contra incendios del lenguaje. Cuando la gente habla de seres humanos como de “elementos indeseables”, sé que esto va a conducir a un derramamiento de sangre. Cuando la gente llama a otros seres humanos “parásitos”, sé que esto va a conducir a la persecución, la discriminación y el derramamiento de sangre. Cuando la gente llama a sus rivales, a sus oponentes, a sus enemigos, cuando les llaman “cáncer” o “plaga”, sé que esto va a conducir a un derramamiento de sangre y a la violencia. Entonces alzo la voz y protesto.

He escrito centenares de artículos políticos que han resultado muy mal vistos en mi país, mal vistos por mi gente, he escrito cientos de ellos, y muchos de mis artículos comienzan con una cuestión del lenguaje, con una cuestión en torno a palabras. Le voy a dar uno o dos ejemplos. Pienso que, cuando en 1967 Israel se enfrentó a Egipto, Siria y Jordania en la Guerra de los Seis Días, aquella fue una guerra de autodefensa. Pero inmediatamente después de aquella guerra, muchos israelíes comenzaron a hablar de Cisjordania y Gaza como de “territorios liberados”. Así que, muy enfadado, escribí un controvertido artículo que decía: “Es posible que tengamos diferentes argumentos acerca del futuro de dichos territorios, pero lo cierto es que no han sido liberados. El término ‘liberación’ nunca puede ser aplicado a un territorio. Solo se puede aplicar a seres humanos. Los territorios no pueden ser liberados. Llámenlos como quieran, pero la tierra nunca es liberada. Solo las personas pueden ser liberadas y, obviamente, nosotros los israelíes no hemos liberado a los palestinos en Cisjordania y Gaza. Los hemos conquistado. Otra cuestión es qué se debe hacer ahora. Cada persona tendrá su opinión. Pero dejen de utilizar el término ‘territorios liberados’”. He aquí un ejemplo de cómo siento que es mi deber ser un detector de humos del lenguaje, o la brigada contra incendios del lenguaje. Cuando huelo o siento el

humo de la deshumanización, doy un grito. Que este grito ayude o no es otra cuestión. No es esa su pregunta. Su pregunta es qué hago yo como escritor. Cuando llamamos a las personas elementos, las estamos deshumanizando. Cuando llamamos a las personas parásitos, las estamos deshumanizando. Cuando llamamos a las personas cáncer, plaga, invasoras o contaminadoras, las estamos deshumanizando. En el mismo momento en que deshumanizas a seres humanos, estás sentando las bases para la opresión, la discriminación y, básicamente, la violencia y el asesinato. Todos los crímenes de este tipo comienzan por una contaminación del lenguaje, por palabras deshumanizadoras. Y por eso, vigilo el lenguaje. Eso es lo que hago. Corresponde a cada escritor definir su responsabilidad. Yo solo puedo hablar por mí mismo, e incluso eso solo lo puedo hacer en un buen día.

*Continúan hablando durante un rato, intercambian algunas palabras más y finalizan una conversación muy inspiradora.*

Medellín, 15 de septiembre de 2015

Querido Fernando Aramburu:

No sé quién eres, pero voy a tutearte. Sería muy fácil hacer una búsqueda en Google, en Facebook, en Twitter, y saber muchas cosas de ti. No pienso hacerlo por ahora. Dos mujeres, Paloma y Ruth, me han dicho que eres escritor, es decir, un colega. Me han dicho también que me enviarán libros tuyos editados por Tusquets, que es una buena editorial. Los estoy esperando. Mientras tanto le escribo a un fantasma de apellido vasco y empiezo un proyecto de bonito nombre: “Chejov vs. Shakespeare”.

Tuve una amiga de apellido Aramburu; los apellidos vascos y el factor negativo del RH son frecuentes por aquí, en Antioquia. Mi tipo de sangre es A y soy RH+. ¿Tú? Podemos empezar por esta especie de huella digital. Es curioso, pero a veces uno no puede donar sangre a sus propios hijos, y en cambio un perfecto extraño, en África o en el País Vasco, si podría. Supongamos que mi hijo fuera de sangre tipo O– y tú también. En este caso, yo no podría salvarle la vida en una grave hemorragia, pero tal vez tú sí, o alguien de tu familia en tu distante país. A veces, por la sangre, están más cerca los que están más lejos.

Creo que de eso se trata este ejercicio que nos proponen en Donostia: de la sangre. De esos escenarios que al final de las obras de Shakespeare quedan cubiertos de sangre y que en cambio en las obras de Chejov quedan cubiertos de dudas.

Hace poco más de un año yo vivía en Berlín, cerca de donde tú vives ahora. Hacía un curso sobre el tema “Violencia y Literatura” en la Freie Universität. Leímos novelas violentas como *Crónica de una muerte anunciada* de García Márquez y *Disgrace* de Coetzee. En la novela del colombiano, muy shakesperiana, la calle termina cubierta de sangre. En la de Coetzee hay una terrible violencia sexual y social.

Mientras daba mi curso –un semestre– yo escribía una novela, en los días de asueto. Y para esta novela leía una obra de Chejov, *El jardín de los cerezos*. Mi novela era sobre una finca, una propiedad rural, que está a punto de perderse. También vi, en el viejo y bello teatro de Brecht, el Berliner Ensemble, una puesta en escena de *Hamlet*, quizá la obra más grande de Shakespeare. A mí me gusta leer teatro, pero odio ir al teatro. En ese Hamlet usaban sangre de verdad, vísceras de verdad, y Hamlet recitaba su monólogo (“ser o no ser, de eso se trata”, según el hallazgo de Tomás Segovia) teniendo en la mano un cerebro real, supongo que de animal. No me gusta el teatro interactivo y ese mismo actor paseó frente a mi cara un palpitante corazón real, espero que de cerdo.

No me gusta la violencia, odio la sangre. Sin embargo, una vez mi padre me llevó a la morgue de Medellín: creía que era necesario que yo conociera la sangre, las vísceras, los muertos. Vi tripas, huesos, heridas, vi cómo aserraban un cráneo y aparecía un cerebro. Me desmayé. años después tuve que tocar la sangre de mi padre con los dedos. Todo eso no es bueno. Yo espero que mis hijos no tengan que ver nunca mi sangre. Y sin embargo estamos hechos de sangre. Es inevitable. No soy católico y al mismo tiempo, como decía Croce, “non possiamo non dirci cristiani” es imposible, por cultura, que no seamos cristianos. Y Jesús derramó su sangre, dicen, “para redimir a los hombres”. Yo quisiera que hubiera una redención sin sangre. Tal vez es eso lo que han tenido que aprender los vascos y lo que tenemos



que aprender los colombianos: a no cambiar la historia derramando sangre: la nuestra o la ajena.

Creo que con esto te dejo planteados algunos temas. Estás en la pacífica Alemania, que hace 70 años era una carnicería. Tal vez estos 70 años demuestren que los seres humanos podemos salir del horror y ensayar la sensatez. Tomar, como decía Borges, “la extraña decisión de ser razonables”. ¿Sería posible conseguir que la humanidad sea razonable? Yo pienso que tanto Shakespeare como Chejov, al mostrar nuestra sinrazón, intentan hacernos entrever un camino de concordia, de acuerdos del corazón.

Lieber Freund, nuevo amigo, te mando un saludo hasta mi querida Deutschland.

Héctor

Hannóver, 18 de septiembre de 2015

Apreciado Héctor:

Con el mismo gusto con que me presté a participar en este proyecto denominado *Chejov versus Shakespeare*, acepto el generoso tuteo que me ofreces. Sentí una inmediata satisfacción cuando supe que accedías a cartearme conmigo. Al revés de lo que te ocurre a ti con respecto a mi defectuosa literatura, yo sí conocía en parte la tuya, particularmente *El olvido que seremos*, la obra que mercedamente te consagró entre nosotros. En una escala sin duda más modesta, con frecuencia soy reducido a un solo libro y esto, según creo, no exactamente por razones literarias, sino por la actualidad digamos política que tuvo un día el contenido de dicho libro. Ignoro si estás en la misma situación. Sea como fuere, yo me tengo prohibida la queja en público. Sé que ocurren acontecimientos infinitamente más graves y dolorosos a nuestro alrededor que lo que un opinante pudiera afirmar de mis escritos.

Me entero de que compartimos el mismo grupo sanguíneo. Debo confesarte que estas cuestiones de la sangre, los apellidos, el origen y la presunta pertenencia a un pueblo nunca me preocuparon gran cosa. No tengo el hábito de recurrir a ellas para formarme un dibujo del mundo y de quienes lo habitan, mucho menos para tratar de definirme como individuo. Yo no les veo mérito a los dictámenes del azar, aún menos si estos le imponen a uno la renuncia de

su criterio personal para adoptar el de los voceros de la tribu. En innumerables ocasiones me ha parecido constatar que los ciudadanos con una formación educativa deficiente son los que con mayor urgencia necesitan la cercanía del grupo para completarse como personas.

Yo, amigo Héctor, nací en una tierra donde se han cometido cientos de crímenes en virtud de convicciones colectivas. Uno no nace nacionalista ni católico ni poeta. Es muy fácil inculcarle a un niño, en casa, en la escuela, en la calle, esquemas de pensamiento. El niño carece de pasado, por tanto, de experiencia y memoria. Su mente es como una página en blanco expuesta a la voluntad de los adultos. El niño se cree todo lo que le dicen y después, qué remedio, actúa en consecuencia. Entre nosotros ha sido habitual adoctrinar a los menores en determinadas certidumbres y hacerlo de tal modo que ellos creciesen con el sentimiento de culpa desactivado. A cambio, el grupo tribal sella su admisión. Es lo propio de las convicciones colectivas: arracimar adeptos en torno al fuego de una causa. A mí me da mucha pena comprobar el número escaso de mis compatriotas que piensan por su cuenta.

Bien mirado y a pesar de la crudeza de la experiencia, no fue una mala idea el que tu difunto padre te llevara un día a la morgue de Medellín. No sé qué sentiste al observar toda aquella carne humana destrozada. Pienso, no obstante, en los terroristas que necesitaron la soledad de la prisión para entender las dimensiones del mal que causaron; para darse cuenta de algo en apariencia tan elemental como que detrás del objetivo contra el cual dispararon había un hombre concreto, tal vez con hijos a quienes el asesinato de su padre dejó desamparados económica y emocionalmente; un hombre sin duda con una vida privada y unas aficiones y unas costumbres y unas esperanzas. Sin la indispensable empatía con los demás yo veo imposible la convivencia armónica entre las personas.

Hay dos principios de índole moral que asumí de la religión católica en la que fui educado y luego, como tú, abandoné. El uno me veta experimentar desazón ante la fortuna ajena. El otro tiene que ver con la empatía que he mencionado en el párrafo precedente o, si se prefiere, con la compasión, esto es, con la voluntad de asumir como propio el dolor ajeno e intentar paliarlo, siquiera sea por la vía de la solidaridad y el consuelo. Yo tomé partido desde muy pronto, principalmente para mi actividad literaria, por las víctimas del terrorismo. Me daba igual si eran de derecha o de izquierda, policías o panaderos, altas o bajas. Su destino infortunado, su vivencia entera, desde la posible amenaza inicial hasta la consumación del crimen, me han conmovido mucho más que las justificaciones del victimario.

Recuerdo que en alguna página de *El olvido que seremos* definiste el libro como el testimonio de un dolor. Cuando leo una declaración de estas características, al punto me fío del hombre que la escribió. Me percaté de que desea compartir algo personal con sus lectores, sin empeñarse en persuadirlos de la excelencia o necesidad de un puñado de dogmas. Presumo que dan en la diana quienes consideran que la experiencia solidaria del dolor nos hace más complejos y sensibles, que incluso nos hace mejores en el sentido de que dicha experiencia nos convida a ejercitarnos en valores positivos. Pongo por caso, en la bondad, el afecto, la serenidad, o en aquel tan hermoso al que se refirió Jorge Luis Borges en su poema *Los justos*, en la elegancia de preferir que los otros tengan razón.

Te escribo estas líneas desde Alemania, el país donde hace treinta años elegí vivir. Bueno, digamos que yo hice la elección y después me fue preciso esperar a que Alemania me acogiese. De broma solía yo afirmar en mi juventud que no abrigo vocación de árbol, el cual, como se sabe, se pasa la vida entera en el mismo lugar donde germinó la semilla de la que procede. Estoy por decisión propia libre del apego excesivo a la tierra y la sangre. Hace tiempo que dejaron de acosarme

los fantasmas de la nostalgia. ¿Soy un desapegado? En absoluto. Es sólo que procuro encargarme personalmente del rumbo de mi vida en lugar de confiárselo a las señas de identidad que heredé.

Te mando un abrazo fuerte.

Fernando

Medellín, 18 de noviembre de 2015

Estimado Fernando:

Han pasado casi dos meses desde cuando recibí tu carta, la primera, que respondía al principio de nuestro proyecto. No es fácil retomar el hilo después de tanto tiempo y tendrás que perdonarme este largo silencio. No se debe al desinterés sino a que he tenido dos meses en los que he viajado más de la cuenta: San Millán de la Cogolla, Ámsterdam, Ciudad de México, Barichara (un pueblo de Colombia) y Washington. Cuando yo tenía 18 años y no había salido nunca de mi país tropical, soñaba con una vida llena de viajes. Con razón una tía mía decía que cuando Dios quiere castigar a los hombres, atiende sus súplicas.

Pero yo tampoco me voy a quejar en público, y menos por asuntos que pueden parecer –y a ratos son– placenteros. El tema que quedó esbozado en nuestras dos cartas anteriores (la tuya y la mía) he tenido esta semana, el viernes pasado, una dramática manifestación concreta en la realidad: los atentados de París, perpetrados por fanáticos islamistas. Ante cosas así yo paso del estupor a la rabia a la compasión a la impotencia. Transcurridos unos días trato de reflexionar: ¿qué es lo mejor que podemos hacer para enfrentarnos a esta carnicería sin sentido?

Naturalmente los gobiernos y los estados tienen que hacer lo que hacen: responder con medidas de policía, de búsqueda, de represión, de acción armada y actividades de inteligencia. Pero personas como

tú y como yo –escritores públicos– ¿qué debemos hacer? Creo que nuestro deber es pensar y proponer ideas que tal vez ayuden a que el mundo (nuestro mundo cercano, el tuyo en Europa y el mío en Colombia) sufra cada vez menos de episodios como estos.

Los atentados de París han servido para que los opositores al proceso de paz de Colombia se sientan autorizados para hacer comparaciones e ironías. Dicen, por ejemplo, que nuestros negociadores de paz deberían ir a dialogar con los yihadistas a Siria o a Irak. Que deberían asesorar a Hollande para “apaciguar” a los fanáticos. Yo supongo que en todos los conflictos, en todas las guerras, hay un momento en que el diálogo es imposible: lo primero, siempre, es poner el otro en su sitio. Y ponerlo en su sitio es seguir la estrategia del “tit-for-tat”. Si derramas mi sangre, yo derramaré la tuya. Yo estoy de acuerdo con el principio cristiano de poner la otra mejilla si te abofetean. Pero no hay otro pecho que poner si te apuñalan o te abalean. La policía francesa ha matado o apresado a algunos terroristas. Es su deber, y la aviación militar francesa ha bombardeado posiciones de Isis en Siria. Allí, seguramente, al lado de militantes armados, habrán caído también civiles, ancianos, mujeres y niños no combatientes. Uno no suele llamar terroristas a los estados formales, pero los estados suelen responder al terrorismo con una cierta dosis de terror. Es horrible, pero es así.

También el estado colombiano, cuando bombardeaba campamentos de la guerrilla de las FARC, mató también, probablemente, algunos inocentes: proveedores de alimentos o incluso secuestrados, víctimas dobles por parte y parte. Es la tragedia de la guerra. Uno quisiera una guerra milimétrica, microscópica, en la que solo caigan combatientes enemigos, pero eso creo que casi nunca existe. Y como la lógica de la guerra es siempre tan espantosa, la guerra siempre debe ser reemplazada por el diálogo, es decir, por la política, tarde o temprano. Después de algunos decenios Gran Bretaña acepta como

interlocutor al terrorista. Begin. Israel y Estados Unidos aceptan a Arafat, los ingleses hablan con los terroristas del IRA, el gobierno español se reúne secretamente con interlocutores del terrorismo vasco y el gobierno colombiano con los terroristas de las FARC. Creo que la aniquilación del adversario es casi imposible, sobre todo si quien actúa son los representantes de un gobierno democrático. Nuestra conciencia moral ya no admite –por fortuna– un enemigo arrasado con sus ciudades, sus hijos, sus parientes, todo. Incluso con Isis llegará un momento en que a través de musulmanes moderados, se llegue al diálogo y a algún tipo de acuerdo.

En Colombia, después de tanta sangre, estamos en ese momento, muy distinto al de Francia hoy martes, cuatro días después de los atentados. También en el país vasco el conflicto se ve diluyendo y los terroristas se han convencido de que ese no era el camino. Eso hace que el mundo de hoy, con todos sus horrores, sea menos violento que el mundo de ayer.

Pero bueno, Fernando, te he escrito demasiado de violencia, y ese tema lleva siempre a la política. Yo quisiera que abordáramos otros temas que quedaron planteados en nuestras cartas. Uno que me gusta mucho es ese de que no somos árboles: que nos movemos por el mundo y nos afincamos donde nos sentimos más a gusto. Yo soy, de alguna manera, una planta europea al trópico, que se ha injertado y mezclado aquí con variedades autóctonas. Todos, en realidad, somos mestizos, o casi todos. El típico cóctel genético español es: mediterráneo, norte europeo, suroeste asiático. Y todos venimos de un tronco africano que no quiso ser árbol sino trashumante. Los americanos somos nietos o tataranietos de emigrantes.

Yo tampoco he sido árbol. He vivido durante más de un año en ciudades tan distintas como México, Turín, Milán, Verona, Madrid, Boston y Berlín. Después volví a Medellín como una paloma mensajera. Creo estar de acuerdo contigo en eso de que el origen no es



un destino. Somos nómadas, los humanos, y somos también árboles, por períodos. Pero no negarás que hay algunas cosas que han quedado casi selladas desde que abandonamos nuestro cerebro de niños (que todo lo creen y todo lo asimilan como bien decías en tu carta): la lengua, ante todo, y cierto apego a un paisaje, a algunos platos, a una temperatura. Voy a vivir la mitad del año entrante en Holanda y lo que más me inquieta, aunque me encanta cambiar, es el clima y el idioma. También me asusta que mi madre se muera mientras yo no esté aquí.

Creo que mis temores son muy sencillos y muy humanos. Muy humildes. Hace poco lei una novela breve de Agatha Kristoff, “La analfabeta” en la que cuenta su experiencia de refugiada húngara en Suiza. Fue obrera, pero ganaba lo suficiente para comer y vivir bien, mejor que en Hungría. Pero había perdido la lengua, era analfabeta. Ovidio, Dante, los republicanos españoles, miles de chilenos y colombianos, conocieron la experiencia del exilio. Yo, como tú, detesto la nostalgia, el dolor de la lejanía, y siempre he querido sentirme a mis anchas en cualquier sitio. Ser extranjero tiene sus encantos. Yo escribo mucho mejor afuera que en mi país, tal vez porque afuera mi lengua, el español, me brota por ojos, nariz y boca (ya que deja de entrarme por los oídos).

El exilio, el confín, el extrañamiento de un territorio, solía ser un castigo impartido por los gobiernos. Cuando uno se va, en cierto sentido, durante algún tiempo, es un desvalido. Incluso los que nos vamos voluntariamente necesitamos un período de adaptación. El arbusto echa algunas raíces, por frágiles que sean. Uno necesita un techo, una casa, una panadería donde el pan no esté demasiado salado (Dante). Claro, es muy distinto estar preso en Argel (Cervantes), que instalado en París o en Londres (Cortázar, Conrad). Para los refugiados de la República los países americanos ofrecían al menos esto: una misma lengua. Yo estoy más a mis anchas en España que en

Alemania. Bueno, digo obviedades, y quizá lo que tú has querido es vivir contra estas obviedades.

Cuando yo me exilé en Italia quise volverme italiano. Detestaba a Colombia y quería olvidar a mi “país de mierda” (así lo llamaba). Hablaba italiano casi sin acento y lo escribía correctamente. El problema llegó cuando quise escribir una novela en italiano. Quería ser italiano, pero también escritor. Había algo que me faltaba, lo más hondo, lo más íntimo: la lengua de la infancia, de la adolescencia. Mi italiano era correcto, pero sin gracia, sin resonancias remotas, hondas. Y ocurrió algo peor: empecé a olvidar el español. Se me salían italianismos uno tras otro por la cercanía de nuestras lenguas. Creo que por eso volvía mi “país de mierda” y que por eso estoy aquí, siempre intentando que sea menos mierda.

Creo que Shakespeare, aunque muy poco se sabe de él, nunca viajó. Viajó a Italia y a Dinamarca con sus lecturas. Antes era mucho más difícil viajar. Tú eres un español, un vasco en Alemania. ¿No quisieras hablarme un poco más de esa experiencia de vivir en otro paisaje, otra lengua, otro pan? Tal vez haya escrito algo al respecto en alguno de tus libros.

A propósito, me quejo con los organizadores de este proyecto: ¡no me han llegado tus libros!

Un abrazo,

Héctor

Hannóver, 22 de noviembre de 2015

Apreciado Héctor:

Celebro la reanudación de nuestro diálogo epistolar. Una de las razones por las cuales no me gusta viajar es que los desplazamientos me alejan del escritorio y, en consecuencia, me rompen el ritmo habitual de trabajo. Con el tiempo y las nuevas tecnologías, he desarrollado una razonable destreza para escribir en aeropuertos, aviones, trenes, hoteles y, a decir verdad, en cualquier parte donde no suene música. Me ocurre con la música que soy incapaz de estar cerca de ella sin prestarle atención. En cambio, no me distraen las voces del gentío ni el ruido del tráfico.

Otra cosa bien distinta es la experiencia placentera de hallarse en sitios para uno poco o nada conocidos o a los que se acude para despachar una tarea grata. No digamos ya los sitios entrañables donde a uno le es dado reencontrarse con amigos y familiares. Reconozco que me disuaden de viajar con mayor frecuencia las molestias propias de los desplazamientos. Procuero minimizarlas haciéndome el ánimo de llevar el escritorio a cuestas en la forma de un pequeño ordenador y también mediante el viejo recurso de abstraerme hablando a solas, no por fuerza en voz alta.

Sucede en ocasiones, particularmente si hay un vaso de vino por medio, que en el curso de estas pláticas conmigo mismo se me ocurren pensamientos, los cuales, formulados con la debida gracia (de ahí la oportuna intervención del vino), se convierten en aforismos.

Los apunto; los llevo un tiempo en el interior de cualquier bolsillo, revisándolos cuando me acuerdo de ellos, y, si pasado un número indefinido de días, los doy por válidos, entonces los agrego a una colección que ha ido creciendo con los años.

Uno de los más recientes reza así: “Me fui a vivir lejos de casa para no tener que viajar”. Se trata, claro está, de una broma. Aun cuando pasa de tres decenios que introduje en una valija mis pocas y modestas pertenencias, me subí a un tren y abandoné mi tierra natal para siempre, lo cierto es que soy un hombre hogareño, disciplinado, apegado con gusto a su rutina, con un relieve biográfico deliberadamente bajo.

Yo escribo, pues, desde la soledad. Esta soledad no supone rechazo del mundo ni de la gente ni de nada. Además de una perspectiva que, en mi humilde parecer, favorece la comprensión de los fenómenos, la soledad es una dimensión vital que invita al sosiego, al pensamiento ponderado, susceptible de ser compartido después por otros siempre que seamos capaces de encontrarles a los frutos de nuestra inventiva la forma textual adecuada.

Ser lo menos frívolos y superficiales posible a la hora de ejercer la palabra en público y escribir, como César Vallejo, en cualquier situación a favor de esa pobre y desvalida criatura, el hombre, se me figura un buen comienzo de respuesta a la pregunta de tu carta anterior a propósito de la matanza reciente de París: “¿Qué podemos hacer?”.

Es muy común todavía entre cierta clase de escritores la tentativa de mejorar la sociedad con artículos de prensa, poemas, novelas, al modo de los viejos tiempos, cuando cundía la convicción de que el intelectual era una especie de intermediario entre la justicia terrena y las masas humanas. Lo cierto es que las masas existen esporádicamente y, además, no leen. Leen, a veces, sí, en número notable (sobre todo literatura comercial), las personas sueltas, cada una

en su espacio privado, sin formar bloque ni comunicarse entre ellas mientras leen.

Con el tiempo se vio que aquel tipo de posturas aparentemente comprometidas escondían desmesuradas cantidades de narcisismo y soberbia. Algunos, en mi país, estos días de crisis económica, han subido a los desvanes en busca del megáfono del abuelo. Parecen convencidos de estar a la cabeza de una muchedumbre en marcha, tutelada por ellos y, por supuesto, dispuesta a leer sus libros y celebrarlos. Yo prefiero agarrarme con sencilla gratitud a las palabras sinceras de los hombres solitarios, aunque se equivoquen, aunque progresen con lentitud entre los matices y las dudas.

Otros intelectuales, por llamarlos de algún modo, se dieron a la exhibición impúdica de trivialidades no bien los noticieros de televisión mostraron las primeras imágenes de la matanza de París, como si los apretara la prisa por opinar antes que ninguno. Los atentados de Madrid, de marzo de 2004, llevados a cabo asimismo por células yihadistas, causaron más víctimas que las acumuladas el otro día en la capital de Francia. Sin embargo, el hecho ha merecido hasta la fecha una débil atención por parte de los escritores españoles de literatura. ¿Será verdad, como afirman algunos, que tenemos una propensión natural al olvido? “Todo lo que no se recuerda”, escribiste en *Traiciones de la memoria*, “ha desaparecido para siempre”. Yo me temo que el olvido siempre triunfa; lo cual, por otra parte, no nos obliga a ser sus cómplices.

En mi caso, la sensación de pérdida se agudizó durante la juventud debido a mi condición de extranjero. Llevo más de media vida siéndolo, por más que la pertenencia de España a la Unión Europea me proporciona innumerables ventajas. Así y todo, todavía abrigo la sensación de ser una hormiga roja entre hormigas negras o viceversa, y de estar como de prestado en los paisajes alemanes a pesar de que no recibo trato descortés por parte de los nativos. Esta

circunstancia explica en buena parte la calidad creativa de mi soledad.

A mi alrededor se habla una lengua distinta de aquella en la que yo escribo. A veces, presa de una ráfaga de inmodestia, pienso que Jorge Luis Borges escribió para mí su célebre verso: “Mi destino es la lengua castellana”. No puedo escribir en otra. Podría, sí, tal vez correctamente, expresarme por escrito en la lengua alemana. Ello equivaldría a tañer con guantes las cuerdas de una guitarra. Creo haber entendido que algo similar te sucedió a ti en Italia. A mí, treinta años de residencia fija en Alemania no me han servido para adquirir el instinto de la lengua de Goethe y de Thomas Mann, cuya memoria no deseo en modo alguno profanar con vanas pretensiones de escritura. Bien es cierto que nunca me fue vedado el regreso a mi país de origen, al revés de Nabokov, de Milan Kundera, de tantos otros que, en el exilio, cortados los vínculos con sus lectores naturales, optaron por un idioma que no era el suyo materno. La certeza de poder volver en cualquier instante a mi país natal acabó librándome del peso amargo de la nostalgia. Después se inventó Internet y ya ni siquiera pienso que vivo lejos.

No me quiero despedir por hoy sin lamentar que no hayas recibido ninguna de mis obras. Poco pierdes no conociendo mi defectuosa literatura, aunque es verdad que algo hallarías en ella que te pusiese en antecedentes sobre la persona con la que intercambias estas cartas. Tus libros, por fortuna, están bien difundidos en España y varios de ellos han encontrado albergue en mi biblioteca.

Correspondo con gusto a tu abrazo,

Fernando

Wessenaar, 7 de marzo de 2016

Querido Fernando:

Tengo que empezar pidiéndote perdón por este largo silencio. Podría perder todo este párrafo explicándotelo con disculpas y detalles, pero prefiero acudir a tu indulgencia y a tu imaginación. Hace poco más de un mes estoy en Holanda –donde voy a estar hasta finales de junio– y lo que demuestra mis intenciones firmes de seguir escribiéndote es que me traje desde Colombia este papel, esta pluma y esta tinta. Los uso solo contigo por una extraña sed de correspondencia antigua, como si esta pudiera ser más sólida que la moderna (el e-mail) pero en realidad veo que es más frágil, porque es más difícil, y más sujeta a los vaivenes de la vida y de la intemperie. Hay que tener un estado de ánimo muy especial y unas circunstancias muy tranquilas para poder escribir así.

Creo que ya no vale la pena fingir que retomo el hilo de nuestra conversación. En un desmemoriado como yo, cuando se dejan pasar meses en silencio, todo vuelve a ser un principio. Así que quiero empezar quejándome: tu editorial no me ha mandado todavía un libro tuyo. Así que siento que te sigo escribiendo a ciegas. De ti conozco solo tus cartas que son magníficas y muy bien argumentadas, pero que en estas circunstancias tienen que tener algo impostado, por lo impuesto, así no sean postizas. Pero quisiera conocerte en tus escritos impresos, que es donde los que nos dedicamos a este oficio dejamos nuestra sangre y nuestra alma (perdona que use esta palabra

anticuada) o al menos es lo que dejo yo en mi intento de algo que quizás es imposible: la autenticidad.

Creo recordar vagamente que en las cartas anteriores también te hablé de la sangre y de los sitios y que tú me respondiste —con mucha razón— contra el nacionalismo de la tierra y de la sangre. Yo creo que soy escritor para poder entender, para intentar plasmar, mi mente contradictoria: cuando sostengo algo ya estoy pensando en lo contrario y siempre me siento inseguro de si debo mantener A, o mejor no A, o incluso mejor B o C o Z. Pero lo que te quiero decir hoy que vivo alejado de mis montañas, de mi sangre (estoy viviendo solo) y de mi país, es que aquí vivo mucho más sereno. Allá escribo demasiado involucrado en lo que pasa y casi con ira, y en cambio aquí puedo mirarlo todo con cierta distancia e ironía. Escribo una novela que se va a llamar, creo, *El Centro*. Y uno de sus temas es ese síndrome de todos los pueblos, de todos los países, de creerse el centro del mundo. “Omphalos Mundi” creo que se llama este egocentrismo de los países: creerse el ombligo del mundo. Es una enfermedad infantil, una tontería o una ilusión de la adolescencia: creerse muy importantes. Una bobada. Y sin embargo (y aquí ves mi manera de razonar, o de no poder razonar, porque difícilmente estoy de acuerdo conmigo mismo) es difícil vivir sin la ilusión de que tu vida, la de tu familia o la de tu tribu es importante. Es asombroso e inmoral, pero no es mentira, que nos importe más un dolor intenso en nuestro dedo meñique que la muerte de mil niños por hambre en África, o de cien mil personas por un terremoto en la China. Es al mismo tiempo odioso y real que vivimos pendientes de nuestro ombligo.

Aquí abro por internet la edición de diarios españoles, alemanes, colombianos, italianos, y veo en la calle periódicos holandeses: todos están pendientes de la política local. Todo es una pelea de egos locales. Y en Estados Unidos la noticia cotidiana son las primarias de sus candidatos, que además, por ser el Imperio actual, es un espec-



táculo (no muy edificante) para todo el mundo. En Estados Unidos llegan al extremo de llamar “serie mundial” a los campeonatos nacionales de béisbol y de baloncesto. Pero tal vez en su caso sea real que un triunfo de A o B tenga implicaciones para todo el planeta. Y sin embargo nos portamos igual en el País Vasco y en Antioquia, esa especie de País Vasco colombiano, incluso con su propio acento lingüístico muy marcado. ¿Nos servirá de algo ser conscientes de que en realidad no somos el centro de nada? Que la Tierra no es el centro del Universo ni la Vía Láctea una galaxia muy (relleno el tintero) importante, ni el ser humano el centro de la creación, ni tú ni yo el centro de la literatura en castellano. La madurez personal y la madurez de la humanidad tal vez consista en un progresivo descentrarse, en un permanente aprendizaje de humildad, de periferia, de marginalidad. A mí me gustaría decirle a Donald Trump: “tú no eres importante; eres un ser humano minúsculo e insignificante que ni siquiera es capaz de aceptar sus propias canas”. Y sin embargo, y sin embargo, y sin embargo, podría pasarme la vida escribiendo “y sin embargo”. En este caso mi sin embargo es que este hombre minúsculo e insignificante podría ser nefasto para lo que más nos importa: el mundo, la tierra entera, el planeta.

Hoy es 7 de marzo y por primera vez me siento en invierno: la calle, los árboles, los techos, el prado, amanecieron cubiertos de nieve. Hay un cielo gris y pesado. Ahora voy a coger la bicicleta y voy a ir a mi oficina en el NIAS (Netherlands Institute for Advanced Study) con un aire helado en la nariz y en la frente. Un aire que me encanta porque es un aire inexistente en el trópico –salvo que vivas a más de 3.000 metros–. En la cabaña que tengo en las montañas hace meses que no llueve; esa cabaña es mi cordón umbilical con Colombia. Y mi termómetro del devastador cambio climático, del calentamiento global. Lo que más me ha indignado de Trump no son sus comentarios xenófobos, misóginos o racistas, que también, sino ese día

que se hizo tomar una declaración mientras nevaba para negar el calentamiento global y burlarse en las narices de científicos y ecologistas. Ahí me di cuenta de que ese personaje tan insignificante y tan ridículo como Hitler podía ser muy peligroso también.

\* \* \*

Estoy viviendo en un pueblo felizmente aburrido de los Países Bajos. Tengo lo que más quiero y lo que más necesito para escribir: silencio y tiempo. La calefacción es buena y la pluma se desliza bien sobre el papel. Tomo café. Le escribo a Fernando Aramburu una carta a mano, con tinta sepia, para fingir que estoy en el siglo XIX o antes y que desde la tierra de Erasmo y de Espinoza mi carta llegará al país de Lichtenberg y de Einstein. Trato de no crearme el centro de nada y al mismo tiempo trato de pensar que lo que hago —escribir— tiene algún sentido y alguna importancia. No escribo para mí mismo. En este momento escribo para ti una carta que sé que otros podrán leer, si quieren. No serán muchos ojos, ni va a ser nada muy importante para nadie. Tal vez por eso escribo lo que me va saliendo, sin volver atrás, sin corregir, sin hacer un borrador y luego una copia limpia. De mis neuronas a mis dedos pasando por mis ojos hasta llegar a tus ojos. Tendrás la dificultad de descifrar mi caligrafía, la tolerancia de pasar por alto mis “lapsus cálami”. Tal vez a finales de este año, si no ocurre nada extraño, nos veamos y nos demos un abrazo en San Sebastián, si eres de los que se dejan dar un abrazo. No somos el centro de nada y sin embargo creo que vale la pena el esfuerzo.

Siempre me preguntan para qué añadir más libros a este mundo lleno de libros y para qué traer más hijos a este planeta lleno de gente. Racionalmente es verdad que no vale la pena. Lo que pasa es que nosotros no somos seres racionales. Intentamos ser racionales, pero no somos capaces. No somos, al ser racionales, el centro de la creación,

no: pero seguimos siendo mamíferos instintivos, irracionales, y por eso nuestra alegría (mi alegría) es tener hijos míos y libros y cartas salidas de mi mano. No porque sean los niños más altos, más lindos y más inteligentes. No porque sean los mejores libros ni las mejores cartas, sino porque son nuestras versiones del mundo, el reflejo de nuestros genes y de nuestra experiencia. Tal vez sea eso. No estoy seguro, pero te dejo con esta conclusión provisional.

Te pido perdón una vez más por el largo silencio. Y va un abrazo estrecho de tu futuro amigo,

Héctor

El cielo, 19 de marzo de 2016

Apreciado Héctor:

Tienes razón al afirmar que tu largo silencio nos fuerza a un comienzo nuevo en la correspondencia. Yo siento dicho comienzo como una pérdida. Me parecía haberle tomado el pulso a nuestra conversación escrita y que el intercambio de ideas y pareceres empezaba a discurrir por un rumbo estructurado. Se me ha olvidado por dónde íbamos y se me ha quedado lejana la lectura de un libro tuyo que efectué en diciembre pasado. No anda mi despensa mal abastecida de indulgencia. Te la ofrezco en las cantidades que juzgues oportunas. Por favor, sírvete.

No puedo subscribir, en cambio, el reproche que diriges nuevamente a mi editorial, puesto que ella no está atada a obligación ninguna con respecto al proyecto en que nos hemos implicado. Te aseguro que Tusquets es una editorial que practica la generosidad con eficacia.

Pero ya que has abierto la puerta de la queja, recogeré el guante para confesarte la incomodidad que me supone leer tus cartas en versión manuscrita. Ahora mismo te estoy escribiendo con luz escasa en un avión que me traslada de San Juan de Puerto Rico a Miami (continuaré más tarde en otro que me llevará de regreso a Europa); uso un ordenador portátil de pantalla reducida y es un dolor de ojos continuo tratar de descifrar tu letra. Tampoco me es posible hacerme el ánimo de leer un texto de apariencia decimonónica, como sugieres,

puesto que me llega fotografiado. De hecho, yo estoy respondiendo aquí a seis fotos, las que abarca tu última carta, y me es imposible tenerlas todas juntas a la vista en la pantalla. No pierdo la esperanza de que en adelante te compadezcas de mis pupilas. Te cambio indulgencia por piedad.

Lo que sí comparto contigo es esa convicción tuya que concibe la literatura como un espacio para la verdad personal o, como tú dices, en el que nos dejamos la sangre y el alma. De hecho, suelo abandonar la lectura de cualquier libro tan pronto como noto en sus páginas la mano de un artífice impostor, y es raro, por no decir imposible, que dejen huella en mí las obras literarias que no combinan la calidad de la escritura con cierta vibración emocional del hombre que se expresa. Sobra decir que me exijo lo mismo. Otra cosa es que por falta de talento no logre consumir escritos dignos de la atención ajena. Seguramente es lo que sucede todo el tiempo; pero, aun en tal caso, me tengo prohibidos el fingimiento y la mentira. Quiere esto decir que me acepto como soy, con mis limitaciones, mi ignorancia en tantas disciplinas, mis opiniones frágiles y cambiantes.

Meses atrás, a un amigo de juventud le fueron probados varios plagios que le habían servido años antes para obtener diversos premios literarios en España. El bochornoso asunto fue difundido ampliamente por la prensa y en las redes sociales, unas veces con acritud, otros con sorna y sarcasmo. Me invadió un sentimiento de vergüenza por más que hace años que no mantengo trato con ese hombre que fingió la literatura para fines espurios a costa del trabajo de otros, hizo trampa, mintió y sacó un beneficio material de sus fechorías. Sentí que manchaba nuestro pasado juvenil compartido y que ahora hay un hombre más en el mundo en quien no se puede confiar.

Yo, amigo Héctor, al término de cada jornada me presento ante un juez implacable: mis ojos que me escrutan desde el espejo. Sería incapaz de sostenerme la mirada en el caso de haber hecho lo mismo

que el hombre al que he aludido y cuya identidad no me parece necesario revelar aquí. Debe de ser penoso en extremo (no he tenido, por fortuna, la experiencia) verse examinado y juzgado tan negativamente, y con razón, en público.

Puede que la autenticidad que mencionas en tu carta no pase de constituir un valor moral del cual los lectores no acaban de tener nunca constancia plena. No existe un aparato para medir la sinceridad de las palabras. Ojo, no estoy postulando aquí el sacramento de la confesión por vía literaria. No se trata de decir la verdad a toda costa y caiga quien caiga. Basta con un mínimo respeto a los destinatarios de nuestros textos. Yo puedo fallar como ser humano en innumerables momentos y situaciones. Nos pasa a todos y a mí con particular frecuencia. Pero cuando hago uso público de la palabra no puedo obviar que otras personas están ocupadas con lo que yo escribí para ellas, aunque no las conozca personalmente; quizá gastaron dinero en la compra de un libro mío; en fin, merecen no ser engañadas. Me niego, pues, a difundir una sola línea escrita que no sea reflejo directo o, si prefieres, auténtico del hombre (defectuoso, torpe, ignorante, lo que quieras) que yo soy. El error involuntario me lo puedo perdonar; la falsedad, jamás.

Entiendo que ahora que te has establecido en los Países Bajos estés en condiciones de observar los asuntos de Colombia desde una distancia que es tan geográfica como mental, la cual favorece, como bien dices, el discurso sereno y la ironía. Yo llevo más de tres décadas domiciliado lejos de mi tierra natal. Quizá por ello no acostumbro escribir sobre ella con ira ni en caliente. Antes de la invención de Internet, en mi situación era absurdo darse prisa. Por supuesto que uno se indigna y enoja por tantas cosas lamentables que ocurren; pero, a solas en tierras extrajeras, los gritos que uno pudiera proferir no tienen mayor relevancia ni efecto que el trino de los pájaros en los árboles de la vecindad.

Años atrás, para cuando un texto mío llegaba al periódico, a la revista o a la imprenta transcurría un tiempo considerable. Esta circunstancia, que pudiera verse como una desventaja, se reveló desde un principio como altamente favorecedora de la reflexión. Permite asimismo estudiar con sosiego lo que dicen unos y otros, y proporciona una perspectiva abarcadora, panorámica, de la que con frecuencia carecen los que están peleándose a gritos ahí abajo, en el centro de la plaza. Un escritor vasco que dedica excesiva energía a criticarme y que cree saber lo que pienso a pesar de no haber conversado nunca conmigo, llegó a afirmar que, por vivir lejos, yo no estaba al corriente de los acontecimientos de mi tierra. No sabe el pobre hasta qué punto se equivoca. Como si para cerciorarse de que llueve hubiera que salir a la calle y mojarse. Por nada del mundo estoy dispuesto a sacrificar la serenidad alcanzada. Vivimos, amigo Héctor, cuatro días.

Un poco disiento de tu reprobación del egocentrismo. Yo procedo de una clase social baja. Dudo que mis padres (él, obrero en una fábrica; ella, ama de casa) conocieran el significado de la palabra *egocentrismo*. Con trabajar y sacar los hijos adelante ya estaba el día completo. Carecían de tiempo y medios económicos para el cultivo del yo. Pienso que las dictaduras se caracterizan por el vaciado de individualidad de los ciudadanos. Por eso no tengo empacho en identificar la singularización de los individuos con un movimiento centrípeto dentro de ellos, encaminado, por medio de la educación y el conocimiento, a proporcionarles un soporte sobre el que ejercer la libertad, entendiendo por esta la facultad de dar forma a la propia vida.

A mí me preocupa poco que Miguel de Unamuno fuera un hombre ególatra a más no poder. ¿Qué me va a importar si no he tenido nunca que vivir con él en una misma casa? Pero su egolatría, por él mismo reconocida, practicada sin freno, lo llevó a escribir una serie de obras memorables de las cuales nosotros nos beneficiamos

ahora. ¿Qué se me da a mí del egocentrismo vehemente de Beethoven si lo llevó a componer las piezas musicales que compuso?

Los mayores crímenes de la humanidad se cometieron a partir de pulsiones colectivas. Dicho de otro modo, en nombre de abstracciones: el pueblo, la religión, la patria, la clase obrera, etc. A menudo hemos escuchado que los terroristas de ETA se sacrificaban por su pueblo, en lugar de haberse quedado en sus casas esforzándose por su bienestar egoísta, cosa que habría sido para otros infinitamente menos dañina. ¿Y qué decir del yihadista que se inmola? ¿Cabe acaso un acto mayor de desprendimiento que matarse a sí mismo en nombre de una causa? En cuanto una idea, un concepto o un proyecto colectivo se antepone a los individuos se abre automáticamente el camino de la tiranía. Imagina las posibilidades de egocentrismo que tiene hoy día un norcoreano. Y, sin embargo, la cantidad de yoes no disminuye; es que los acapara el faraón, el líder, el *Führer*; en fin, el caudillo de turno. El poeta Juan Ramón Jiménez consideraba que la poesía era la vía para la formación del propio yo. Pues bien, nunca mató a nadie, tuvo un comportamiento ejemplar durante la guerra civil española y legó a la posteridad una obra notable. Era un egocéntrico de tomo y lomo. Y te aseguro que he visto de cerca a redomados egoístas postular la supresión de las clases sociales, la igualdad y todo eso, en no pocas ocasiones con la mira puesta en ocupar puestos de mando en su utopía. O en ganar una plaza vitalicia en la presencia del Señor.

El ser humano, amigo Héctor, te guste o no, es el centro del universo por una razón muy sencilla: sólo dispone de un punto para observar cuanto existe. Todo lo visible, pues, se halla a su alrededor. De hecho, yo considero que dicha centralidad es una condena, además de una limitación de la que la astronomía trata de librarnos a toda costa. Así quedó demostrado cuando se difundieron las primeras fotografías del planeta Tierra hechas desde el espacio. Por primera vez



nos fue posible hacernos el ánimo de vernos desde una perspectiva externa. Aquello, como recordarás, causó una enorme impresión. Y los filósofos tuvieron de nuevo trabajo.

En cuanto al señor Trump, siento una viva repugnancia cada vez que su cabeza repeinada y su tez morena de solarío asoman a la pantalla de mi televisor. Yo te invito de todo corazón a no ensuciar con su nombre nuestra correspondencia. Ahora bien, te equivocas al considerar que no es un hombre importante. Lo es o pudiera serlo en una magnitud hartó preocupante. Yo al menos no dormiría tranquilo pensando que este señor de maneras ineducadas y estilo agresivo tuviera bajo su responsabilidad los arsenales atómicos de EE.UU.

No estoy de acuerdo contigo cuando pones en duda la condición racional del ser humano. Y discrepo frontalmente de tu afirmación: “No vale la pena traer más hijos a este planeta”. Yo he traído de común acuerdo con mi esposa dos hijas a este mundo. ¿Con qué gesto podría yo pronunciar tu frase ante ellas? Enredando en Internet, he encontrado una entrevista reciente contigo, publicada en el diario *El Espectador*. En ella te preguntan y respondes lo siguiente:

*¿Qué le han enseñado sus hijos?*

*Me han dado ejemplo de cómo podría ser mejor persona.*

*¿Qué quisiera que sus hijos aprendieran de usted?*

*Mis hijos saben mucho más que yo. Solo quisiera no dejarles un mal recuerdo.*

No sé qué me da que el día en que redactaste tu última carta te levantaste con el pie izquierdo.

Y en cuanto a la pregunta de si soy de los que se dejan abrazar, te diré que no hay cosa que me guste más en esta vida.

Va, pues, aquí un abrazo fuerte. Bueno, dos.

Fernando

Wassenaar, 23 de marzo de 2016

Ya nunca escribo a mano, querido Fernando, o al menos nunca lo hago para los demás: tomo apuntes para mí, que me entiendo. Tienes razón, escribirte a mano es sádico, infame. Yo lo hago (lo hacía) por motivos estéticos: me parecía tan feo imaginar una exposición de cartas que fueran e-mails. En cambio, el papel, la caligrafía, todo eso que ya no se usa, podía darle a esta correspondencia un marco más viejo, un disfraz respetable. Pero bueno, renuncio. Y te hago caso porque, además, sin releer mis cartas (no sabes lo que me aburre leerme a mí mismo) creo que –por culpa de mi caligrafía– a veces no has entendido lo que digo. O me he expresado mal por distracción.

Por ejemplo: no soy de los que piensan que no vale la pena traer hijos al mundo. Al contrario, a todos los que me preguntan les recomiendo que tengan hijos, sin dudarlo, sin pensarlo, sin sopesarlo, pues para mí es la única cosa que le da algún sentido a la vida. Sé que al decirlo soy injusto con los estériles, o con quienes no quieren tener hijos, y punto, pero bueno, uno a veces tiene que ser capaz de ser injusto. Creo que tener hijos es como obstinarse en escribir libros en un mundo lleno de libros: no serán los mejores, tampoco los más inteligentes ni los más bonitos, ni los mejor escritos, pero son lo nuestro, lo que pudimos hacer. Es como el río de la aldea de Pessoa, que a él le gusta, aunque no sea tan bello ni tan caudaloso como el Tajo, simplemente por ser el río de su aldea.

Ahora que lo pienso, sé que odias lo aldeano. También sé que tienes razón. Pero a veces me canso tanto de lo cosmopolita, del desprecio por lo local, que vuelvo a mi aldea, no para reivindicar lo provinciano, sino para comer morcilla, y ya, como Góngora, sin decir que la morcilla de mi pueblo es la mejor del mundo. Aunque fuera la peor, qué importa, no hago alarde de nada, y me la como. No me preguntes para qué, y por qué entonces mejor no como de la de Burgos, que es mejor. Bueno, no me gustaría un mundo en el que la única morcilla posible fuera la de Burgos. Yo sé, por ejemplo, que el pan es mejor que la arepa. Pero prefiero un mundo donde haya pan, y también arepas.

Hay una novedad, que no te he dicho, en esta correspondencia: te conocí en Ávila, sin planearlo, sin que tú lo superas, sin anestesia, de repente. Un amigo tuyo, Juan Martínez de las Rivas (muchos apellidos), mientras me mostraba un jardín increíble contra la muralla, durante una granizada que azotaba mi paraguas y me mojaba los zapatos, dijo que uno de sus mejores amigos de juventud era un tal Fernando Aramburu. Que habían pertenecido a un movimiento que hacía cosas duras en San Sebastián, o en alguna parte del País Vasco. Que habían organizado una lluvia de esquelas de muerto que tú mismo, creo, habías recortado durante meses y luego lanzaron por las calles como aleluyas. Y me dijo también que, al principio de tu vida como escritor, escribías poemas contando sílabas, porque creías que antes de innovar debías ser capaz de hacer lo clásico. Después vi una foto tuya, enmarcada. Finalmente, en Salamanca, compré un libro tuyo de cuentos, el que más me recomendó Juan, ese amigo tuyo tan elegante que parece un hidalgo inglés, o un lord alemán, si esto no es un oxímoron.

Habrás pensado que soy un avaro al hacerle reclamos a Tusquets por no enviarme tus libros. Tienes razón. Por egocentrismo me estoy acostumbrando a que me regalen lo que publican, en vez de comprarlo.

Acabo de darme cuenta de que, cada vez que te muestras en desacuerdo conmigo, te doy la razón. Yo siempre prefiero que mi interlocutor tenga razón. No es por pereza; tampoco por evitar el conflicto. Simplemente es más sencillo, y todo lo que yo digo no lo digo porque esté convencido, sino porque en ese momento lo pensé. Así que cuando me dicen que no están de acuerdo, no me obstino.

Escribiste en un avión. Yo estoy sentado en el comedor de la casa que alquilo en este pueblo holandés, silencioso, amable y aburrido. Anoche, día de los atentados en Bruselas, llegó mi hijo. Hoy fuimos hasta La Haya en bicicleta, tomamos cerveza, y volvimos. Nos hicimos juntos una pasta con almejas, al estilo italiano, y tomamos vino tinto. Después dátiles con nueces. Para terminar, queso con porto blanco, helado. No sabes lo que me gusta estar con mi hijo, así que esa frase mía, la que me criticaste, tuviste que entenderla mal. Seguramente yo estaba citando a otro, para no estar de acuerdo. O algo pasó que me hizo escribir lo que no pensaba.

Como ves, hoy he optado por lo que antes no hice: te contesto al instante, a vuelta de correo, de modo que no perdamos el hilo. Para cuando me contestes ya habré leído algunos de tus cuentos, quizá todo el libro, y así, además de tu cara, sabré muchas más cosas de ti, o de tu escritura. A propósito, Juan me dijo que tienes una esposa alemana; tú mismo me acabas de escribir que tienes dos hijas. También supe que hiciste una guía de Alemania, fingiéndote mujer, o algo así. Voy a ir a varias ciudades alemanas en junio: ojalá una de ellas sea la tuya, y así nos vemos, antes del viaje a San Sebastián.

Abandono, pues, mi papel, mi estilógrafo, mi tinta sepia, toda la parafernalia de la correspondencia decimonónica que me traje hasta Holanda. He notado que los colombianos de veinte años, salvo que hayan ido a colegios privados, ya no son capaces de descifrar la letra cursiva escrita a mano. Solamente son capaces de leer y de escribir en letra de imprenta, despegada. Un día la caligrafía de

nuestro siglo será tan abstrusa como nos resulta hoy, qué sé yo, la del Siglo de Oro. Así que para qué seguir con estos ideogramas que asfixian tus pupilas. Llegará incluso el día en que esto que aquí parece tan claro (en la escritura) le parecerá chino a alguien que lo mire dentro de mil años.

Fernando, ya ves, aquí estoy, haciéndote caso en todo y dándote siempre la razón. Qué aburrido. Lo de ser el centro me interesaba por mi novela. Pero también en esto dices la verdad: uno está ahí, en un sitio, y es inevitable que para uno todo quede alrededor, y uno sea el centro. Pero mirarse siempre el ombligo, negar a Galileo, a Copérnico, no querer ver que nuestro planeta azul es una cosa minúscula situada en una posición periférica de una galaxia común y corriente, ni siquiera de las más grandes... Esto debería volvernos más humildes, pero tú dices que tal vez Beethoven y Unamuno necesitaron su egocentrismo para poder crear algo importante y que, si uno es muy pobre, o está muy sometido a un tirano, el yo desaparece, o debe esconderse. Dices, pues, que el egoísmo es casi un atributo de la libertad. Puede ser. Pero entonces también lo es la crítica de ese egoísmo.

Ya esta carta está muy larga, perdóname. Divago, me voy por las ramas. En vez de corregir y revisar y sopesar, la mando ya mismo, con un fuerte abrazo,

Héctor

Hannóver, 24 de abril de 2016

Querido Héctor:

No puedo menos de recordar de nuevo el verso de Jorge Luis Borges, aquel que sitúa en la fila de los hombres justos al que “prefiere que los otros tengan razón”. Que tú pertenezcas a esta no muy populosa especie te honra. Te coloca, además, de lleno en el foco de mi admiración. Creo que la renuncia a imponer las propias razones y criterios a los demás constituye una de las formas más elegantes de la bondad. Desde que nos ataron a los dos (con nuestra anuencia, claro está) a este proyecto epistolar, diversas personas que te conocen personalmente y con las que yo he coincidido en momentos distintos de los últimos meses me han hablado de ti y todas, sin excepción, resaltaron tu calidad humana.

Mi padre estaba hecho de una pasta parecida. A dejar que los otros tuvieran razón él lo llamaba, en su lenguaje llano de obrero fabril, “ceder”. Estaba (lo menciono en pasado, puesto que ya falleció) exento de todo afán por imponerse a los demás mediante palabras. En consecuencia, nunca gritaba. Medio instante antes de la colisión frontal de opiniones, hacía un gesto con las cejas. Las levantaba como diciendo: bueno, si insistes, si estás tan convencido, allá tú. Durante largo tiempo pensé que era un hombre débil. Puede que lo fuera. ¿Quién no lo es? Hoy comprendo que era sobre todo un hombre afaible a quien hacían feliz la amistad y la concordia entre las personas. Ignoraba el odio. Dicho esto, me basta que me dieras la razón en ya

no sé qué puntos de mi carta anterior para considerarme derrotado en la afectuosa escaramuza dialéctica que sostuvimos. Mis ojos, no obstante, proclaman su óptica victoria y me piden encarecidamente que te agradezca de su parte que no les sigas arrojando la arena de tu escritura manual.

Ya que he sacado a colación a mi padre, me atrevería a rogarte que en tu próxima carta te explayaras hasta donde lo juzgues conveniente sobre el recuerdo que conservas del tuyo. Quienes te hemos leído, conocemos gracias a tus libros (principalmente por *El olvido que seremos*, pero también por *Traiciones de la memoria*) no pocos por menores relativos a tu experiencia de hijo de un hombre asesinado. ¿Cómo se vive esto? ¿Cómo se lo transmites a tu propio hijo? ¿Corre uno el riesgo de caer prisionero de la memoria, de impedir que la herida cierre de tanto hurgarla, o se hace uno en cierta forma cómplice de la muerte por no tener presente en las conversaciones familiares, en los aniversarios o porque sí al ser que le fue arrebatado con violencia?

Yo te confieso que no me costó interiorizar la muerte de mi padre. Sigo evocándola con una pena no contaminada de amargura. Él, que no fue especialmente hábil en el arte de sacar provecho a la vida, supo en cambio morir. Lo hizo por causas naturales a la edad de 88 años, con plena lucidez mental, en casa, acompañado, sin dolor, sin agonía, de súbito. Alguna vez, siendo niño, oí decir de un difunto reciente que había tenido una “muerte bella”. Semejante manera de expresarse me parecía entonces monstruosa. ¿Cómo va a ser bello morir? Hoy me parece, a pesar de la intención consoladora con que se decían tales palabras de pésame, una sandez. Pero, con eso y todo, reconozco que mi padre, que era muy aficionado a las partidas de naipes, supo jugar bien su última baza. Es curioso: en vida apenas fue un modelo para mí, pero pagaría por fallecer como él lo hizo, a la misma edad, con la misma rapidez y calma.

He conocido a familiares de asesinados por ETA que no podrían afirmar lo mismo. Me acerqué a ellos, a los que pude encontrar en presentaciones de libros, en homenajes a víctimas o esporádicamente en el trato privado. Había leído con un sentimiento agudo de vergüenza que estas personas se sienten solas. En varias ocasiones me reprocharon algunas de ellas que los escritores vascos no les dedicáramos la suficiente atención. La última vez que me ocurrió esto fue el año pasado, en Bilbao. Una madre a quien ETA había dejado sin hijo con un coche bomba me hizo la objeción. No me la hacía personalmente. De hecho, yo estaba allí, en la Universidad de Deusto, para exponer ante el público mi idea de cómo se puede o acaso se debe abordar el tema del terrorismo desde la literatura, y ella y su marido asistieron al acto. Al dirigirme el reproche, la mujer me convirtió en representante de los escritores. La cogí de la mano. Es todo lo que se me ocurrió. A veces, muchas veces, las palabras sobran. Ya en su día declaré públicamente que los autores de literatura, a diferencia de los historiadores, los sociólogos o los periodistas, no hemos sabido estar a la altura de las circunstancias. El patio literario se exaltó. Algunos no tuvieron empacho en exhibir su dolido narcisismo. Uno, que es famoso, no me saluda. Coincidí el año pasado con él en un festival literario. Estuvo tres días atareado en el empeño de no mirarme a la cara.

A mí me condujo hasta las víctimas del terrorismo la solidaridad, desde luego la compasión en el sentido cristiano que se me inculcó de niño y que procuro practicar de adulto, aunque ya no soy creyente; también, por supuesto, la voluntad de hacerles a las víctimas un hueco digno en mi defectuosa literatura. Me da igual si son víctimas de derechas o de izquierdas, elegidas o accidentales, y me niego a considerarlas en montón, omitiendo los rasgos personales de cada una, su particular circunstancia, su intransferible desgracia. La mala fe de algunos quiso adscribirme a este o el otro partido político para



mejor lanzarme sus tristes tópicos. Vana tentativa. Me equivoque o acierte, siempre he procurado pensar por mi cuenta desde la soledad serena. Nunca he declarado en público a quién concedo mi voto, no participo en mítines, no sondeo programas electorales para saber lo que debo opinar y lo que no. Otro que ha dejado de mandarme felicitaciones de Navidad es uno que me preguntó si tenía inconveniente en que su partido usara mi fotografía (y la de otro amigo escritor) en su publicidad electoral. No accedí a la petición y el hombre, antaño tan cordial, ya no me escribe.

Niego que existan razones políticas que hagan moralmente bueno un crimen. En su día, aún joven, me prometí no abrazar convicciones en nombre de las cuales, en cualquier lugar del planeta, alguien se sintiera autorizado a liquidar a un semejante. Que yo sepa nadie mata para imponer la voluntad de consenso entre los diferentes, la templanza en el trato y en las palabras, la tolerancia, la mejora de la educación, el cuidado del lenguaje en público o el sufragio universal como procedimiento único para la elección de los representantes políticos de la ciudadanía.

Y no es, como dices en tu última carta, amigo Héctor, que yo odie lo aldeano. Ni lo odio ni lo amo, aunque reconozco en mí una antigua suspicacia ante el menor asomo de localismo. Sucede que entre mis compatriotas vascos se daba y se sigue dando una tendencia a proyectar las peculiaridades locales en abstracciones y, por tanto, en mitos. Esta operación prevé la colectivización de los sentimientos. En el caso del País Vasco dicha operación es claramente agonista y no concuerda ni de lejos con el alto nivel de vida de los ciudadanos. La idea inicial del referido agonismo es que un pueblo está en peligro de desaparecer. Otra versión aún más paradójica postula la existencia de un pueblo antiquísimo que aspira a constituirse como tal pueblo. Quien dice un pueblo, dice una lengua, unas costumbres, unas esencias. De ahí a establecer la selección de los puros hay

menos de un paso, e idéntica distancia corta separa el filtro selectivo de la exclusión de quienes no se ajustan a la imagen uniforme, obligatoria. Esta forma de racismo, que recuerda mucho a la idea romántica de los pueblos germánicos, base de la historia calamitosa de la primera mitad del siglo XX en Europa, ya estaba en los orígenes del nacionalismo vasco.

Creo, no obstante, que el asunto va más lejos y que, en el fondo, a lo que de verdad se aspira es a la posibilidad de cada cual de eternizarse en una construcción colectiva. El poeta Aresti la llamó la “casa del padre”. Defender la casa del padre como antes se defendía la casa de Dios. Los de aquí frente a los de fuera. Mi patria, nosotros, los nuestros. El alma vasca. O lo que el poeta Francisco Javier Irazoki denomina acertadamente “una cárcel que sigue de moda: la identidad colectiva”. No se trata, pues, de degustar arepas o, en mi caso, de beber sidra o comer bacalao al pil-pil, sino del juego perverso de otorgar un valor ontológico a cualquier minucia susceptible de servir a la conformación de una identidad.

Dicho de otro modo, se vive cuatro días, pero el poema que yo escribí o la canción que compuse en la lengua vernácula perdurarán si la lengua perdura; las señas que supuestamente me constituyen o con las que me identifico no se perderán para siempre si después de mi fallecimiento esas mismas señas persisten en otros de mi misma condición. El individuo se anula, pues, por propia voluntad o inducido por la propaganda, en el grupo a cambio de la ilusoria recompensa de una prolongación infinita de aquello que lo hizo ser como era y donde era. De ahí que todo se mida en vastos tramos temporales: el pueblo milenario, el idioma más antiguo de Europa, los vascos ya cazaban ballenas en Terranova antes que Colón descubriera América, etc.

La misma vara de medir se aplica al futuro. Y así, la gente se afana por sobrevivir en los símbolos patrios. En la bandera, en el verde del

paisaje, en las danzas, en las formas culturales fijas que considera definitivas de su identidad. No tiene nada de extraño, por tanto, que el mismo hombre que acariciaba por la mañana al perro, besaba a su madre o festejaba con los amigos empuñase por la tarde un arma para salvar a costa de vidas ajenas la perpetuidad del grupo al que pertenece. Interviene aquí el egoísmo y exacerbación del nosotros, cuyo resultado, en mi tierra natal, fueron más de ochocientos muertos, miles de heridos y una sociedad dividida sin más expectativa de reconciliación que la que acaso le pueda proporcionar el olvido. Hay que olvidar, dicen ahora los que no conocieron el sufrimiento en primera persona. Y se camuflan en metáforas: hay que pasar página, mirar hacia delante, partir de cero, no podemos hipotecar el futuro de nuestros hijos, etc. No me imagino que aquella madre a la que le mataron el suyo y se quejaba de soledad pudiera expresarse en tales términos.

En fin, Héctor, perdona el sermón. Hace más de treinta años, mediada la década de los ochenta del siglo pasado, me establecí en Alemania, todo hace indicar que hasta el final de mis días. Vine con lo puesto, sin conocer la lengua alemana, sin perspectivas laborales. No te oculto el fuerte deseo que yo tenía entonces de abandonar una tierra en la que a cada paso uno se topaba con alguien que justificaba e incluso aplaudía el reguero incesante de asesinatos. En un momento determinado llegué a pensar que me había ido del todo. Ahí os quedéis con vuestra furia y vuestros bailes tradicionales, me decía. Luego he comprobado que no resulta tan sencillo cortar ciertos hilos. Por ejemplo, el que nos une a la infancia. Otro que a mi pesar me ha unido hasta la fecha al País Vasco es el del terrorismo, aunque mal que bien me las he ingeniado para que no se convirtiera en un monotema de mi literatura.

Termino. Supe a su debido tiempo de tu estancia en Ávila. Juan Martínez de las Rivas, cuyo jardín espléndido visitaste, me envió

fotos en las que se te ve en diversas poses, en una de ellas ejerciendo de comensal ostensiblemente satisfecho. A finales de los años setenta, Juan participó desde Madrid en un proyecto al que denominamos Grupo CLOC de Arte y Desarte, fundado en San Sebastián. Eran los años con el mayor número de muertos por violencia política. Y a nosotros, unos cuantos chavales ingenuos, pero llenos de energía y amor por los libros, se nos ocurrió levantar un tinglado provocador, surrealista, contestatario, que sacase la literatura del ámbito privado del escritorio y la llevase a la calle. A veces practicábamos en la vía pública la poesía o lo que nosotros entendíamos por tal; a veces, el humor. El profesor Juan Manuel Díaz de Guereñu contó la historia del grupo en un libro que publicó hace unos años la editorial Hiperión. A mi juicio, aquella iniciativa, origen de un copioso anecdotario, supuso una magnífica escuela contra el fanatismo, en una edad, además, en que uno, debido a su juventud y a su falta de experiencia, es más vulnerable a las doctrinas.

Llegado a este punto, querido Héctor, me temo que me he alargado en demasía. Disculpa.

No quiero acabar esta carta sin antes corresponder complacido a tu fuerte abrazo.

Fernando

Wassenaar, 25 de abril de 2016

Querido Fernando:

Ahora que ya he dejado la elegante cursilería de escribirte a mano, y ahora que ya he leído algunos de tus cuentos, me siento mucho más cómodo. Es muy bello el título, *Los peces de la amargura*, y muy amargos, efectivamente, los peces y los cuentos. También ahora siento que te conozco algo mejor, y que al fin voy a escribirte con más soltura, sintiéndome en igualdad de condiciones, porque creo que uno a los escritores, a los colegas, los conoce más en sus libros que en el balbuciente comienzo (hablo por mí) de estas cartas, cuando yo no sabía bien con quién me iba a cartear o me estaba cartear, pues tú eras solo un nombre, Fernando, y un apellido, Aramburu, que no me puse a googlear y a quien no había leído.

Ya he leído una parte de tus escritos, pues, y no acepto que seas tan modesto con ellos, que insistas en llamarlos imperfectos, o algo así. Todo lo que hagamos será imperfecto, así busquemos inútilmente quitarles todas sus imperfecciones. Pero lo tuyo está muy bien escrito, tiene humor y dolor al mismo tiempo, cosa nada fácil de combinar sin que salga algo demasiado extraño. Hay compenetración, hay un entendimiento profundo de la gente sencilla y de la gente perdida por la propaganda, por el espíritu gregario del grupo. Han llegado a conmoverme algunos de tus cuentos, hasta sentir los ojos encharcados y tener que dejar de mirar la página para mirar los árboles húmedos que se ven por la ventana. La humedad, mejor, afuera.

Ya sé un poco más de ti y sé también que la palabra que mejor te define es una en la que has insistido varias veces, y que a mí también me gusta, quizá por nuestro común origen (ni bueno ni malo, irremediable como la nacionalidad) cristiano: compasión. Estoy convencido de que sin compasión y sin empatía, sería imposible ser escritor de ficciones, pues escribir ficción consiste, precisamente, en salirnos de nosotros mismos y ponernos en faldas y pantalones ajenos. Eso en tu cuento lo logras con hombres, con mujeres, con viejos, con adolescentes. Y eso se siente, ese milagro de ser muchos se siente.

Hay un trozo de tu última carta que me ha llamado la atención pues yo he pensado mucho en el tema sin encontrarle solución: *... una sociedad dividida sin más expectativa de reconciliación que la que acaso le pueda proporcionar el olvido. Hay que olvidar, dicen ahora los que no conocieron el sufrimiento en primera persona. Y se camuflan en metáforas: hay que pasar página, mirar hacia delante, partir de cero, no podemos hipotecar el futuro de nuestros hijos, etc. No me imagino que aquella madre a la que le mataron el suyo y se quejaba de soledad pudiera expresarse en tales términos.* Yo, como sabes, conozco el sufrimiento de la violencia y el asesinato injusto en primera persona, y me he debatido siempre entre el recuerdo y el olvido. Uno necesita olvidar para recomponerse; y también recordar, para lo mismo. Yo tengo la impresión, por este párrafo tuyo, de que tú prefieres (como suelen querer la mayoría de las víctimas) mucha dosis de recuerdo y poca dosis de olvido. Pero fíjate en esto: si hemos de sentir compasión por las víctimas (y eso es lo primero), lo más difícil es lo que viene después, y lo que el cristianismo que mamamos predica (así ya ni tú ni yo creamos en él como religión o como consuelo metafísico para soportar la muerte), es que también debemos sentir compasión por los asesinos. Y como tal vez eso no podemos sentirlo, quizá lo único que podemos ofrecerles es olvido. Por esto no estoy en contra,

a priori, del olvido, “la única venganza y el único perdón”, que dijera Borges.

Yo no olvido a la víctima, mi padre, pero no quiero recordarlo solamente como víctima, sino como persona viva, llena de vida, de entusiasmo, de alegría, no llena de sangre y de balas y de frío y de horror. Que eso le ocurrió, que eso le hicieron, no puedo ni debo olvidarlo. A quienes lo mataron no les ofrezco simpatía, tampoco soy tan hipócritamente cristiano como para ofrecerles perdón o compasión (“perdónales porque no saben lo que hacen”). No puedo amar a mis enemigos, no soy tan bueno. Lo que sí puedo ofrecerles es olvido, es decir, no emperrarme en la venganza o en el castigo.

Cuando en un país han matado y han sido asquerosamente sanguinarios los blancos y los rojos, digámoslo así, tal vez la perspectiva de reconciliación única posible solo sea el olvido, el pasar por alto que X o Y o Z fue el asesino. Y dejar de señalárselo hasta el final de sus días. Allá él con su conciencia, con su remordimiento o con sus justificaciones ideológicas de cualquier tipo. Que se mire en el espejo y decida. No podrá mirarse tranquilo, como tú y yo, si le queda algo de vergüenza. Pero yo no quisiera ser toda la vida un dedo índice que lo señala. Prefiero, sí, pasarlo por alto, volverlo transparente, ignorarlo, y no exigir una justicia plena que, si se exige de parte y parte, impide seguir. Cuando los muertos son demasiados, 800, pero no incontables (cientos de miles, como en el caso de Colombia, y durante medio siglo), es posible buscar el castigo, aun exigirlo. Cuando millones fueron culpables (es el caso de Alemania, quizá de Colombia) no alcanzan las cárceles ni la memoria ni el dinero para castigar a todo el mundo.

Creo que la llegada de la democracia a España significó que muchas víctimas de la derecha, o del franquismo, y muchas víctimas de la República (comunistas, anarquista, liberales), decidieron no seguir en la espiral de memoria y venganza, ni siquiera de justicia, por los

asesinatos de sus padres o abuelos. A veces ciertos gestos iracundos de los vascos, creo yo, ocurren por un exceso de memoria, por no querer olvidar ofensas o humillaciones sufridas. En tus mismos cuentos se ve: no solo se inculca un tonto orgullo de sangre o de pueblo, también un amorfo resentimiento por ofensas sufridas (reales o no, no sé bien). Y una madre en tus cuentos preserva a su hijo de una información innecesariamente resentida, para que no llegue a ser “el hijo de todos los muertos”.

Me contaste en tu carta la bella muerte de tu padre, y que quisieras morirte así. Como él, como tu padre, habría querido morirse también el mío, “cercado de su mujer y de sus hijos y hermanos”, y no pudo. Yo no quisiera morir como mi padre, no, por mucho que para algunos la muerte heroica (“un bel morir tutta una vita onora”, de Petrarca) sea algo digno, honroso. A veces me pregunto si esa voluntad de martirio de mi padre no fue también un exceso de dignidad, de valentía, que vino a infringirnos a los familiares una pena excesiva. Pero estoy siendo injusto. Frente a ciertas humillaciones e injusticias (estoy de acuerdo contigo), uno no puede justificar el derecho a matar a otros; pero frente a ciertas humillaciones e injusticias tal vez sea preferible dejarse matar, incluso hacerse matar, que esconderse o quedarse de brazos cruzados. Amos Oz no está de acuerdo; él dice que lo único que es peor que matar es dejarse matar, y que por eso (es muy israelí en esto), a veces se dispara al que nos va a disparar.

La opción de Cristo fue dejarse matar, y la de Gandhi, y la de otros. No matar, pero seguir adelante con la frente alta, hasta la muerte. Dejarse matar por una causa justa está bien. Pero ¿deberíamos admirar incluso a aquellos que se dejan matar por una causa injusta? Eso también podría ocurrir. No es el caso de mi padre, pues su causa era justa y era precisamente una lucha pacífica para que no mataran a nadie. Pero también ha habido comunistas pacifistas, o



nacionalistas inermes que, sin disparar ni un tiro, muy valientemente, se han hecho matar por una causa equivocada. No es que por tener razón quienes los mataron no tengan culpa (una equivocación ideológica no debe castigarse con la muerte), pero quizá la única compasión que podemos sentir por su culpa sea el olvido. Y espero haberme explicado, entre tantas palabras. Tal vez doy tantas vueltas porque yo mismo no sé.

En realidad, no sé. Dijo Multatuli, un escritor neerlandés que me tiene encantado: “Nadie lo sabe. Y los que dicen que saben, no están de acuerdo entre ellos”. Cada vez casi todo me deja más perplejo. Tiendo a dar la razón, o a conceder, tal vez, sí, por ser manso, o por debilidad, o por una inclinación a la concordia, como tu padre, pero también tiendo a dar la razón porque muy pocas veces estoy realmente convencido de nada. Cuando tengo una idea, muy pronto se me ocurre lo contrario. Así crecí en mi casa, en una eterna dialéctica entre mi madre creyente y capitalista y mi padre no creyente y socialista. A veces, en las acciones, él era el cristiano y ella la materialista. Pero también al actuar frente a las personas, era ella la compasiva y él el más egoísta. A veces la simpatía por el dolor de la humanidad nos hace insensibles al dolor de las personas una por una.

Y no me extiendo más, Fernando, pues pienso que esta carta no va para ninguna parte. Divaga. Una última cosa, quizá. Conuerdo contigo en que no hay motivos ideológicos que justifiquen matar a otros. Sí. Pero al mismo tiempo no es lo mismo matar a una mujer por robarle, por violarla, y ocultar el cadáver, por codicia o ganas de imponerse a toda costa, no es lo mismo eso, o es más grave eso, creo, que dispararle a alguien que sabemos que ha matado mucho y que seguirá matando. También esto está mal (matar a Bin Laden a sangre fría, o matar a Pablo Escobar, si estaba indefenso y levantó las manos —que no fue el caso—), pero menos mal que matar y violar a esa

mujer indefensa, en todo caso. Por eso el crimen político recibe menos cárcel que el asesinato por robo, supongo.

En mi próxima quisiera hablar mucho menos de estos problemas, y mucho más de literatura.

Un fuerte abrazo,

Héctor

Hannóver, 1 de mayo de 2016

Amigo Héctor:

Agradezco mucho la franqueza y hondura de tus palabras, aún más sabiendo que el rumbo epistolar nos ha llevado a terrenos delicados, si no directamente dolorosos. Hay una serie de puntos en tu reflexión última que me han interesado sobremanera. Y desde luego no seré yo quien incurra en el abuso, bastante común en mi país, de tutelar a las víctimas de la violencia. Una cosa es la solidaridad, sentimiento noble donde los haya, y otra la suplantación.

Las revelaciones que viertes en tu carta anterior confirman lo que he leído en algunos tratados de psicología a los que acudí en busca de ayuda para dotar de volumen humano a mis figuras de ficción, y es que la experiencia asociada a la pérdida por asesinato de un ser querido es intransferible. Cada afectado la vive a su manera, dependiendo de innumerables factores que resultaría prolijo enumerar ahora en detalle, aparte de que yo no estoy para dar lecciones a nadie y menos a ti, que conoces la cuestión de primera mano.

Alguna que otra vez he tenido ocasión de conversar con víctimas del terrorismo de ETA. No pocas se quejan con razón de que se habla mucho de ellas, pero poco con ellas. A mí me pareció que, antes de lanzarme a escribir relatos y novelas donde se tratasen casos similares a los suyos, me convenía conocer de su propia boca lo que les ocurrió y qué secuelas físicas, psíquicas o de cualquier otra

índole dejó la agresión en ellas y en su entorno laboral o familiar. He conocido gente serena como tú, capaz de objetivar su infortunio, de ponerle límites (por ejemplo, desde la literatura testimonial) y gobernarlo sin rencor de forma que no se adueñase por entero de la persona. Y he visto a gente destrozada después de tantos años, traumatizada, hundida en un pozo de desolación del que dudo yo que logre salir jamás. En todas estas personas hallé, no obstante, un elemento común, consistente en una especie de porfía interior entre el deseo o la necesidad de olvidar (“para recomponerse”, como bien dices) y la dificultad o la incapacidad de hacerlo.

Recuerdo a este respecto que, hace años, el hijo de un asesinado declaró en público a raíz de la muerte de su padre: “Ni olvido ni perdono”. Está en su derecho. A fin de cuentas, no fue elección suya convertirse en víctima. La frase, a mi juicio, es terrible no tanto por el mensaje que envía a los agresores. ¡Se dicen tantas cosas en el momento inicial del dolor y la emoción! Lo terrible, creo yo, es el voto de mantener abierta para siempre la herida, renunciando de antemano a eso que, para entendernos rápidamente, pudiéramos denominar paz interior o paz con uno mismo.

Admito tu postulado: hay que olvidar para recomponerse, para no cerrarse al menos a ciertas formas cotidianas de la satisfacción y convivir con nuestros semejantes desde una posición de equilibrio emocional, por más que uno, de vez en cuando, tenga sus momentos bajos, sus ráfagas de tristeza. Se trata, si bien se mira, de un olvido personal. Dicho olvido compete al individuo que busca el mejor acomodo posible en la vida. Es legítimo, incluso recomendable para la salud mental. Si vas a seguir viviendo, hazlo lo mejor que puedas, por tu bien y por el de los que están en el área de tu convivencia.

Sin embargo, de igual modo que existe variedad en los motivos de la agresión (no es lo mismo que a uno lo ataquen para imponerle unos fines políticos que para robarle el teléfono móvil o la billetera,

aunque sea idéntica la gravedad de las heridas), hay asimismo olvidos de distinta naturaleza. Que un hombre borre de su mente, pongo por caso, el agravio que le hicieron, entra de lleno en el área de su libertad personal. La cosa cambia cuando el daño causado fue de índole colectiva y afectó, por tanto, a toda la sociedad entendida como espacio donde los ciudadanos se interrelacionan. Entonces el olvido favorece escandalosamente al agresor, pues oculta sus atrocidades y su culpa, y le permite perseverar por otros cauces en las intenciones que cimentaron su crueldad.

La violencia ejercida con fines políticos nunca es individual. La mayoría de las víctimas mortales de ETA lo fueron por vestir de uniforme, pertenecer a un partido determinado, ocupar ciertos cargos o porque pasaban por allí. A veces, sí, al pistolero le mandaron liquidar a fulano de tal; pero con mayor frecuencia no hizo falta señalar a nadie. El caso era matar. Policías, jueces, concejales, periodistas, quienquiera que cumpliese con un modelo previo que lo convertía en objetivo fuera quien fuese, se llamara como se llamase. Al respecto hay numerosos testimonios. *Dar caña*, esa era la expresión que se usaba en la jerga de la banda terrorista. El asesinato cobraba de este modo un carácter simbólico. Ha muerto este, pero podías haber muerto tú. Ese y no otro era el mensaje, un paradigma que se repetía en cada atentado. De ahí que encuentre justo el calificativo de terrorista para denominar a este tipo de violencia. Se quería difundir el terror para estrechar el campo de actividad y de pensamiento de los ciudadanos, privarlos de sus libertades democráticas y deshacerse del adversario y de los custodios de la ley vigente. Era como disputar una partida de ajedrez, no según las normas convencionales del juego, sino destrozándole las piezas al adversario en la esperanza de que al final quedasen únicamente las propias encima del tablero. En el caso de ETA, el enemigo, huelga decir, eran la democracia y sus representantes.

¿Debemos olvidar la larga serie de crímenes? Los que fuimos cómplices de tanto horror, ¿debemos privar de respuestas, datos, descripciones, testimonios, a las generaciones venideras? Yo, querido Héctor, me niego a ser cómplice de esta modalidad del olvido que es como el cubo de la basura en el que el agresor puede arrojar tranquilamente sus responsabilidades y su culpa. En este punto estoy con Hannah Arendt, quien propugnaba la utilidad moral del relato incesante.

Pero dicho esto, reconozco que tengo que matizar, pues soy consciente (y al respecto expusiste algunas reflexiones profundas en tu carta anterior) de que lo mismo que el individuo necesita, siquiera temporalmente, perder de vista su dolor para no amargarse la vida ni amargársela a quienes lo rodean, la sociedad no puede ni debe detener la historia y dedicarse a todas horas, sin descanso, a darle vueltas a un periodo vergonzoso de su pasado. Me opongo, pues, al recuerdo vengativo. En este punto acepto de pleno tus palabras con las que expresas tu rechazo al emperramiento en la venganza y el castigo. Lo contrario del dolor que A infirió a B no es el dolor que B le pueda a continuación inferir a A, sino un abrazo entre ambos. O, para no ponernos solemnes, un estrechamiento de manos.

Somos pasajeros. Al final el olvido, con la ayuda del tiempo, triunfa por vía natural. Yo tuve un abuelo miliciano. Murió en la guerra civil española. Nací veintidós años después de su muerte. ¿Qué sé de él? Muy poco. Conservo la copia de una foto, la única que de él quedó. Por no saber, no sabemos ni dónde lo enterraron. En el cementerio de Cangas de Onís, Asturias, decían. Lo poco que yo sé de él se reduce a nada en el caso de mis hijas. Ni preguntan. Y, además, si preguntaran perderían el tiempo. Yo podría a lo sumo mostrarles la foto, no muy nítida por cierto, y contarles las cuatro imprecisas bagatelas que sé de aquel hombre que abrazó el socialismo y fue un eslabón remoto de la cadena de la que mis hijas y yo formamos parte.

De joven leía textos sobre la guerra civil y, ya antes de fijar la mirada en el primer renglón, me daba cuenta de que no podía resistir la tentación de posicionarme en el bando de mi abuelo. No sólo eso. Llegué a notar indicios de resentimiento frente a personas que no participaron en aquella guerra, pero de las que yo creía que, de haber sido jóvenes entonces, determinadas por su ideología lo habrían hecho en el bando contra el cual luchaba mi abuelo. Esta forma vicaria de participar en los hechos del pasado todavía se da en España. Yo la juzgo insensata. Prefiero el acuerdo a que llegaron los representantes principales de la clase política durante la transición española: pongamos fin al prolongado agravio entre hermanos, acordemos unas reglas de juego comunes para todos y que gobierne el más votado; seguiremos siendo rivales, pero sin matarnos. Ese olvido, que hoy, más de treinta años después, critican algunos, a mí me parece que ha sido provechoso para la democratización del país.

También apruebo las palabras de Gaizka Fernández Soldevilla, especialista en la historia del País Vasco. ¿Pasar la página?, se pregunta. De acuerdo, pero leámosla primero. Y este es un compromiso de decencia no sólo con las víctimas, a las que tantas veces se ha arrumbado en un sótano de soledad y de menosprecio, sino con las generaciones futuras que merecen crecer y desarrollarse en una sociedad exenta de violencia, donde las cuestiones históricas no se arrastren irresueltas y donde a uno, por el mero hecho de expresar su opinión, no le caiga encima un enjambre de avispa furiosas.

Y termino, no sin antes referirme a un punto por demás sutil de tu carta, el que alude a la *compasión por los asesinos*. Yo te agradecería que la próxima vez me contaras cómo se vive esto en primera persona. Entiendo que no se trata de la misma compasión solidaria, con ingredientes de afecto, que pueden inspirar a las personas de buen corazón las víctimas del terrorismo. No niego que sea digno de lástima un hombre fallido en cuanto posibilidad de hombre, atiborrado

de doctrina deshumanizadora, imbuido de dogmas que le fueron inculcados a edad temprana por tipos astutos que lo manipularon para persuadirlo de que haría un bien a su pueblo empuñando armas y usándolas para liquidar a presuntos enemigos. Un chaval culpable de horriblos delitos de sangre que luego ha tenido que pagar con una larga condena de cárcel, pasando su juventud en prisiones alejadas de su tierra natal, con familiares hundidos en la depresión y el cargo de conciencia por las atrocidades que su hijo cometió. No es en el castigo justo donde yo pudiera compadecerme de él, sino mucho antes, cuando se vació de humanidad y en el hueco instaló la fiera. ¿Quizá esta compasión por el asesino sea un recurso útil para impedir que el odio corroa por dentro al damnificado? No tengo respuesta. Te paso, querido Héctor, la pregunta.

Algunos activistas de ETA, antiguos asesinos (si es que esta condición puede perderse), han mostrado su arrepentimiento en público. Unos pocos han pedido perdón. Recibieron críticas e insultos por ello. De sus antiguos camaradas, de los familiares de las víctimas que no creen en su sinceridad. Hay que tener arrestos para pedir perdón, seguramente muchos más que para accionar el detonador de una bomba. A mí, no lo puedo negar, las palabras de estos terroristas arrepentidos me causaron viva impresión. Me impresiona su ardua lucha solitaria por congraciarse con la mirada que les devuelve el espejo, y no tengo la menor duda de que su historia también merece ser contada. No hace falta amarlos, como bien dices; pero tampoco tenemos por qué negar a nadie, por muy bruto que haya sido, y quizá a prudente distancia, su condición de ser humano.

Aquí paro por hoy, querido Héctor. Te dejo con mi abrazo,

Fernando



París, 29 de mayo de 2016

Querido Fernando:

Te escribo desde el aeropuerto de París, puerta 32E, sentado en el suelo, mientras embarcan el vuelo de Air France para Berlín. El aeropuerto está lleno y vi a los orientales sentarse cómodamente en el suelo, por la falta de sillas, así que decidí imitarlos. Al fin y al cabo faltaba media hora para el embarque. Saqué de mi bolsa tu *Viaje con Clara por Alemania*, que estaba reservando para esta ocasión, y acabo de llegar, después de un capítulo hilarante sobre los ácaros en los chécheres de la tía Hildegard, a una frase que me obligó a subrayarla, detenerme, y empezar esta carta. Dice así: “Y allí pasaba [se trata de una ventana con buena vista] largos ratos de codos sin pensar en nada, libre de deseos, de ambición y preocupaciones, entregado al disfrute del presente, que es una de mis actividades predilectas, mientras Clara se aperreaba en la habitación contigua tecleando durante horas con la persiana bajada”.

Creo que lo bonito de tu libro, al menos de este principio de tu libro, consiste en el contraste de la escritura profesional y la escritura por el placer de contar lo que se mira, lo que se siente, lo que se ríe. El placer de la vista sin ocupaciones ni preocupaciones, hacia afuera, y la molesta lucha de la escritura para vivir, para ser reconocidos, para ganar dinero y alcanzar algún renombre. Quisiera proponerte estos temas para el final de nuestro intercambio público de cartas. Hasta ahora, me parece, nos hemos ocupado más de la cuenta de ciertos

aspectos políticos de nuestro compromiso con la escritura y con el sufrimiento, con las víctimas de nuestros países y regiones. Pero encontré una frase, que ahora cito de memoria, en uno de tus cuentos, tal vez en el primero del libro de los peces: “les gustaba tanto discutir, que discutían incluso cuando estaban de acuerdo”. Creo que ya nos estaba pasando eso, querido Fernando, seguíamos rizando el rizo y discutiendo incluso cuando estábamos de acuerdo. No creo que pensemos muy distinto en el tema que ya abordamos largamente y que tú, en tu última carta, concluyes con inteligencia y con preguntas. Creo que hay un momento en las discusiones en que ya no hay respuestas: solo preguntas, y yo estoy completamente de acuerdo con tus preguntas, es decir, con tus dudas, con todo eso que, creo, no podemos resolver del todo, o, mejor dicho, eso que solo puede resolver cada uno en su intimidad. Ahora te propongo abandonar para pasar a escribir más sobre esto que hacemos, sobre nuestro humilde y bello oficio de escribir.

Leyendo tus libros tú me has hecho pensar, me has conmovido y, ahora con este último del viaje a Alemania, me diviertes, me haces reír. Disfruto con la escritura, con las palabras bien escogidas, con los giros naturales y sin embargo hermosos de las frases en castellano, tan capaces de evocar en mi mente las situaciones que cuentas, las sensaciones que tienes, las paradojas que relatas. También me hace pensar eso de la falta de ambiciones y la cantidad de felicidad y de vida que Clara sacrifica con tal de escribir un libro.

Ya están llamando a bordo para Berlín, así que suspendo esta carta aquí, para seguirla pronto en Alemania, en tu país de acogida, en el país que dos veces me ha invitado a escribir allí. Bis bald, entonces, amigo, hasta pronto.

Wassenaar, 15 de junio

Ya ves, Fernando, que este “hasta pronto” se convirtió en 15 días de silencio. Todo por culpa de esa parte que antes era ajena a nuestro oficio y que ahora, en cambio, se ha convertido en una rutina sustancial de nuestra actividad, como si fuera necesaria: la promoción de los libros. En este caso mío, de las traducciones. En París presentaba dos traducciones, y luego en Alemania estuve en siete ciudades distintas, durmiendo cada noche en una nueva cama, en un nuevo hotel, para presentar *La Oculta*. Y cuando terminé en Zúrich con mis ocho ciudades de lengua alemana, al día siguiente tenía una presentación más en Utrecht, y mañana tendré otra en La Haya, de la traducción neerlandesa.

De hecho, antes de salir, le escribí a un amigo que vive en Alemania que ahora a los escritores nos tocaba ir de sitio en sitio, como toreros pobres, para ganarnos el pan. Él me corrigió y dijo que estaba toreando en las mejores plazas de Alemania. Pero el asunto es que nosotros no toreamos en las presentaciones, sino cuando estamos enfrentados a la historia, a los personajes, a las palabras. El problema es que como cada día es más difícil conseguir que se lean los libros, entonces nuestros editores nos piden, con razón, que correspondamos a su esfuerzo con giras, entrevistas y presentaciones, pues esa es también la forma de que haya prensa y reseñas, algún interés en los diarios o las tv locales y por consiguiente una venta que al menos pague el anticipo que nos dieron.

Yo antes hacía mis viajes de escritor (ferias, además de promociones) más por el placer de conocer nuevos sitios que por el libro mismo. Ahora que ya estoy cansado de tanto viajar, lo hago para apoyar a mis editores, de modo que su fracaso no sea tan grande como para no seguir apoyándome. Aun cuando mi editorial alemana sea cualquier cosa menos comercial, de todos modos, uno se avergüenza de hacerlos perder dinero. Pero no estoy seguro de que los viajes, en

últimas, resulten tan provechosos. En general uno tiene sus lectores, y estos son casi siempre del propio país. Y por ejemplo en Alemania, salvo en Frankfurt y en Friburgo, la gran mayoría de los asistentes a los eventos públicos eran colombianos, es decir, lectores que yo ya tenía y que no estaban interesados en comprar el libro en alemán. Yo diría que el contacto con más gente de lengua alemana ocurrió solo en las dos ciudades que acabo de citarte y luego en Zúrich. Tal vez, más que a toreros, ahora nos parecemos a esos cantantes que, desde que hay internet, viven más de sus conciertos que de sus discos, pues estos ya se consiguen piratas en la red, o en todo caso gratis. Las presentaciones son más un performance.

Con la maravilla de internet, y con su gratuidad, se ha vuelto cada vez más difícil de financiar el trabajo del buen periodismo, de la música popular y de la escritura literaria. Y como de algo tenemos que vivir (salvo que seamos académicos o herederos), entonces aceptamos estos viajes de presentaciones.

O este otro tipo de viaje, más largo y con mucho más sentido, que es el de las becas o residencias de escritores para avanzar en un proyecto. En estos cuatro meses y medio que llevo en Holanda –y a ratos viajando para presentar traducciones– he percibido las tres situaciones de mi vida como escritor: en Colombia me cuesta mucho escribir por exceso de estímulos reales, por la rabia incontenible que me producen la política o las atrocidades del conflicto, o por la situación general del país, un país pendenciero y resentido. Pero allá me nutro de la realidad, me hundo en la experiencia de una vida vivida intensamente. En los retiros para escribir, elaboro esa misma experiencia a través de la ficción, y es un momento ideal, sereno de la vida. Es cuando soy más creativo y cuando estoy más tranquilo. Hasta mi cuerpo lo agradece. Y luego en las presentaciones, giras, congresos, ferias del libro, encuentros, pese al contacto amable con algunos colegas y lectores, de nuevo me encuentro con una situación

de inestabilidad o de precariedad que no me permite concentrarme para escribir. Muy de vez en cuando me llega una idea, quizá muy breve, que apunto de prisa en un cuaderno. Pero escribir un nuevo capítulo de la nueva novela, por ejemplo, me resulta imposible.

Hasta leer se vuelve muy difícil, salvo en los aviones o en los trenes, cuando el exceso de estímulos del mundo contemporáneo al fin se apaga (al menos mientras no estemos conectados también en los vuelos y en los trenes). El nuestro es un oficio lento, más parecido a la forma de vivir de los siglos 17, 18 o 19, pero muy difícil de practicar con toda la dedicación y seriedad en el frenesí del mundo contemporáneo. ¿O me lo estaré tomando como Clara, demasiado en serio? No deberíamos perder ni el goce del presente ni el goce de escribir porque sí, y por gusto.

No quiero que entiendas todo esto como una queja. No me quejo, es una vida que tiene mucho encanto, que me da muchos estímulos y alegrías. De hecho, es la que vivo, la que he escogido vivir, y uno no debe fijarse tanto en las palabras de los demás, sino en lo que hacen. Y yo, además de escribir y vivir, viajo. Así que no me debe de molestar tanto, ni tengo derecho a quejarme. Pero hay días en que estoy tan harto de todo que entro en una especie de depresión y quisiera no levantarme de la cama y quedarme dormido tres días, para al fin descansar.

Lo que disfruto de verdad son las muchas horas al día pasadas escribiendo, o mejor, reelaborando mi experiencia, mis recuerdos, organizando mi mente y las historias que quiero contar a través de la escritura. Yo gozo tanto leyendo que aspiro a que unos cuantos lectores puedan gozar también con algunas historias escritas por mí. Aspiró a que mi meditación sobre el mundo contemporáneo resulte interesante para otros, y quizá los haga pensar en cosas distintas a su propia rutina. También aspiró a no enloquecer, gracias a esa especie de deshielo de la locura que es escribir.

Y no quiero alargar más esta carta pues nos prometimos escribirnos dos más en junio y ya se ha ido la mitad de este mes en blanco. Antes escribí poco porque estaba escribiendo otras cosas. Luego escribí poco porque viajaba a presentar lo que había escrito. El tema que te propongo es bien sencillo, como ves, la vida y la escritura. Escribir o vivir. Yo no puedo escribir sin haber vivido, en buena medida, lo que escribo. Pero luego me desvivo escribiendo, y de alguna manera siento que me pierdo algo de la existencia. Y no tanto cuando escribo, sino cuando me dedico a las arandelas del oficio: los viajes, las presentaciones, las conferencias. ¿Las cartas, estas cartas? Bueno, estas cartas me sirven, me han servido, para aclarar mis propias ideas, a través de las tuyas y de la sostenida ficción del desacuerdo.

Un fuerte abrazo,

Héctor

Hannóver, 17 de junio de 2016

Amigo Héctor:

Leo en Valladolid, en cuya Feria del Libro acabo de participar, tu carta escrita lejos de casa. Es curioso esto que hace la literatura con nosotros. Tan pronto nos obliga a encerrarnos como nos saca a recorrer el mundo. Yo te confieso que con frecuencia me gustaría ser dos personas. La que va de ciudad en ciudad reuniendo experiencia de la vida y la que, atada al escritorio, transforma dicha experiencia en textos. Quizá, ahora que lo pienso, albergo ambas personalidades y lo que en realidad busco o necesito son dos cuerpos. Como sólo dispongo de uno, cada vez más metido en años y desengaños, me las arreglo como puedo. Eso sí, he renunciado definitivamente a dormir bien en las camas de los hoteles.

Precisamente me llevó a Valladolid un acto de recuerdo del novelista Rafael Chirbes, que falleció el año pasado. Es, a mi juicio, uno de los autores más valiosos que tenemos. Y lo menciono aquí porque él habría respondido mucho mejor que yo a tu última carta. Chirbes reflexionó con profundidad sobre el sentido de la escritura en la sociedad actual, vio los peligros a que se expone el escritor que cultiva en exceso su faceta pública e incorporó a la definición de novela la lucha incesante contra el lenguaje hegemónico, aquel que los poderes políticos y económicos de una época determinada emplean para narrarse a sí mismos y, en consecuencia, promocionarse, justificarse, adornarse con la versión que les conviene.

Yo dudo de que se puedan establecer límites precisos entre la vocación y la profesión, entre la actividad literaria privada y la pública, entre el arte y el comercio. Suelo dedicar poco esfuerzo a la reflexión de estas cuestiones. No por desinterés, sino porque me parece que son todo lo contrario de productivas. De vez en cuando salen al mercado libros claramente destinados a desalojar a los intelectuales más sobresalientes de su presunto trono. Y ahora que en España se está produciendo un cambio generacional, con nuevos y jóvenes políticos deseosos de conducir la barca, mucho más. Algunos autores, rara vez de primera línea, aprovechan para desempolvar viejos rencores y ajustar cuentas. No veo que se pueda aprender nada de todo esto.

Para mí, querido Héctor, la literatura ha sido ocasión de conocer gente estupenda, hacer amigos y visitar lugares a los que por mi sola iniciativa no habría ido jamás. Tampoco olvido que los libros y, en fin, el aprendizaje exhaustivo del idioma, me ofrecieron un camino por el que escapar de las condiciones desfavorables de vida propias de la clase social en que me crie. No me siento mercader de mis libros cuando participo en las campañas de promoción que el editor me prepara. Quizá me vuelve tolerables dichas campañas una circunstancia. Con el tiempo, he desarrollado la facultad de escribir en aeropuertos, aviones y trenes. Saco mi pequeño ordenador portátil, me entono con una taza de café o con un poco de vino, me aílo de cuanto me rodea, me pongo a hablar conmigo sin voz y trabajo con no menor concentración que si estuviera recluido en mi casa. He llegado a despachar relatos o capítulos enteros de novela en el transcurso de la ida y vuelta de un viaje. Una vez, en el aeropuerto de Múnich, en el que me toca hacer transbordo con frecuencia, estuve a punto de perder el avión, en parte porque me hallaba abismado en el trabajo, en parte porque la empleada que decía mi nombre por el altavoz, con amenaza de última llamada, no lo pronunciaba de forma



que yo, a cinco metros de ella y a seis de la puerta de embarque, lo pudiera comprender. Bueno, esto sólo es una anécdota.

Dices en tu última carta que estás cansado de viajar. No obstante, entiendes el sentido de estos viajes promocionales y sigues embarcándote en ellos. Compruebo que eres hombre provisto de paciencia. A mí los viajes me cansan (unos más que otros), pero se conoce que yo aún no me he cansado de viajar. Tampoco lo hago cada semana, ni siquiera cada mes. Si estuviera harto de viajar, estoy seguro de que no viajaría por mucho que el editor patalease. Viajes fatigosos y en apariencia anodinos me han sido tiempo después, cuando menos lo esperaba, de gran provecho literario. Por lo demás, el paladar es la parte de mi cuerpo que más a gusto viaja. Él sí que se pasaría la vida entera yendo de un lado para otro, probando incansable estas comidas, aquellas bebidas. No sé a ti, pero a mí me gusta mucho comer. No comer en exceso, sino probar sabores y conocer nuevas costumbres culinarias, todo ello, por supuesto, en cantidades razonables.

Estoy seguro de que en el curso de las presentaciones, lecturas públicas o conferencias se te ha acercado más de vez una persona que leyó emocionada alguno de tus libros y te lo cuenta y aun puede que te dé las gracias. Soy particularmente sensible a este tipo de encuentros que por regla general duran poco. A mí me justifica el esfuerzo comprobar que mi trabajo suscitó un efecto positivo en alguien. También puede suceder lo contrario, en cuyo caso asumo con resignación los reproches. Conocer algún pormenor de quien nos lee, ver su cara, escuchar su nombre, es la parte más grata, a mi entender, de los viajes de promoción.

Hace treinta y un años que resido en un país extranjero. ¿Extranjero? No del todo para mí, por más que aún no poseo su nacionalidad. Ya veremos por cuánto tiempo. De hecho, he recibido en

dos ocasiones sendas cartas del Ayuntamiento de mi ciudad de residencia, Hannóver, en las que se me invita a dar el paso. Cumpló todos los requisitos. Nacionalizarme alemán me facilitaría enormemente los trámites burocráticos en que a menudo me veo envuelto; pero hay algo que todavía me frena. No sé muy bien qué. Quizá la sensación desazonante de negar lo que fui y acaso sigo siendo, y de cerrar para siempre una puerta, al otro lado de la cual se quedarán familiares, amigos y tantos bienes culturales que me ayudaron a formar al hombre que arrastra mis señas de identidad. Otras cosas no me importaría perderlas de vista para siempre.

Pero lo que quería decir con todo esto es que no vivo en el país sobre cuyas gentes escribo; con escasas salvedades, como el *Viaje con Clara por Alemania*, una de las pocas ocasiones en que he situado una novela en mi país de residencia. Mi situación personal difiere, pues, de la tuya. A mí no me ocurre como a ti, según declaras, que trabaje sometido a un “exceso de estímulos reales”. La distancia me protege de las repercusiones negativas de la mala política gubernamental española, y de disputas y de dimes y diretes. Es la misma distancia que, además, me proporciona una visión panorámica, propicia al sosiego, que a menudo falta a mis compatriotas. Pero, por otro lado, no es bueno vivir alejado de la realidad que uno quisiera describir en sus escritos. He aquí otra razón que me estimula al viaje. La solución, el término medio, me los procura Internet, un invento oportuno que ha cambiado de raíz la forma de relacionarme con mi país natal y sus gentes. Veo a diario, en la pantalla, los noticieros de televisión, leo los periódicos, sigo los debates; estoy sin estar, no sé si me entiendes. Me faltan la calle, el bar de la esquina, la conversación de circunstancias con el vecino; pero no la información diaria relativa a la sociedad española. Ignoro si esta es la situación ideal para un novelista; pero, en todo caso, es una situación preferible a la de hace unos años,

cuando el corte con respecto al país de origen (y a la materia prima de mis escritos) era completo y sólo disponía de unos pocos días al año para ponerme al corriente de las novedades lingüísticas, los últimos libros publicados, la vida de la calle, los nombres de los cantantes famosos del momento o la inevitable lista de difuntos de los últimos meses.

Volviendo a Rafael Chirbes, en cierta ocasión, cuando lo conocí personalmente, me reveló mientras caminábamos por la calle que la escritura no le causaba placer. Prefería la lectura, a la que dedicaba muchas horas. Cuando ya no le quedaba más remedio, se sentaba a escribir como la mujer que, transcurridos los nueve meses de embarazo, no puede retener por más tiempo la criatura y la expulsa. Tú confiesas disfrutar las horas que pasas escribiendo. Tal es asimismo mi caso. Incluso cuando el trabajo no progresa como me gustaría, no me angustio. Lo que no me sale por la mañana ya me saldrá por la tarde y, si no, al día siguiente. Escribo sin interrupción. No físicamente, pero vamos a decir que cuanto hago y veo y leo y oigo y me sucede atraviesa un filtro en la mente, de tal manera que someto toda la experiencia vital a un control continuo por si me fuera dado extraerle jugo literario.

Escribir o leer son para mí, en el fondo, variantes de una misma actividad. Esta actividad consiste en convivir estrechamente con el idioma y en participar en el acto gozoso de la creación mediante palabras, tanto si las escribe uno mismo como si se las encuentra en un libro nacido de la inventiva y el empeño de un semejante. Claro que lo que hago yo lo cobro yo, y por mi trabajo me alaban, me denigran o me ignoran; pero vamos a decir que en ambos casos se produce una vivencia creativa intensa.

En fin, ya ves que he seguido tu recomendación de explayarme sobre los asuntos que sugeriste en tu carta anterior. También a mí me

ocurre que para saber lo que pienso sobre tantas cosas necesito ponerme en claro por escrito y ni siquiera entonces estoy libre de desacuerdo conmigo mismo.

Te mando un abrazo fuerte.

Fernando

Wassenaar, solsticio de verano, 2016

Amigo Aramburu:

Esto de los encabezamientos de las cartas ha sido siempre un quebradero de cabeza en castellano. Pasamos del “muy señor mío” de hace dos siglos al “hola” de hoy. Prefiero el primero. Yo he optado por un “querido” o “querida” para casi todo el mundo, si bien reconozco que el verbo querer es demasiado para casi todo el mundo. Así que opto, en esta última o penúltima carta (pública) que nos escribiremos, por tu fórmula de “amigo”. También es una palabra grande y fuerte, pues ya somos amigos por escrito, pero todavía no nos hemos visto como para saber si habrá esa química corporal, visual, que hay ahora en las afinidades electivas del verbo. Y la palabra “Amigo”, para mí, se tiñe también de cierta melancolía, pues así se llamaba mi primer caballo, Amigo, que mi padre me regaló cuando yo tenía, creo, diez años, y fue mi dicha por cinco. Después vendí a Amigo para comprarme una bicicleta y después mi mejor amigo de carne y hueso, Daniel Echavarría, se pegó un tiro en el oído, y de ahí en adelante todo fue más difícil. No fui ciclista y abandoné la poesía, que era el género que cultivaba con Daniel. Demasiada información y demasiados temas en un párrafo, ¿verdad? Pero uno a los amigos les cuenta todo rápido, y ellos entienden. Tratamiento, afinidades electivas, amistad, caballo, ciclismo, poesía, amistad, suicidio. Miro esta breve lista y es casi todo lo que me interesa. Me faltan la familia (hermanas, madre, esposa, hijos), el campo, y tal vez la tragedia y la

violencia política. En ese coctel están todos mis libros, mis obsesiones, mi vida.

Dices que quisieras ser dos. Yo soy dos, aunque tampoco disponga de dos cuerpos, y así lo escribí hace poco, cuando llegué a Holanda. En mi charla de ingreso a los “fellows” de la beca aquí en Wassenaar, en el Nias, les dije exactamente eso, que yo era dos, y que a veces era Héctor, sobre todo en Colombia, en la pasión y la lucha política, en la agitación sin tregua de los días, y a veces era Abad, en el retiro monacal del mundo, en el silencio, en el ensimismamiento, aquí, lejos de todo. Siento que en ese péndulo se me va la vida, y siento que ese péndulo describe muy bien nuestro ejercicio como escritores: enajenarse, ensimismarse. Enloquecerse en el campo de batalla del mundo (las bombas de ETA, los disparos de los paramilitares y los secuestros de la guerrilla, nuestra indignación y nuestro dolor, nuestra locura), luchar así sea contra semidioses que nos van a matar, y luego encerrarse, enclaustrarse en una celda, luchar tan solo con lo que se esconde —ese misterio— detrás de las duras paredes del cráneo, y en ese proceso mental producir algo, dejar que las palabras digan lo que no pueden decir nuestros actos. Lo que soy lo describe muy bien un verso de Quevedo: “un cobarde con nombre de valiente”. Porque no creas, en la lucha, no entro de lleno como Héctor, y temo.

Yo no sé muy bien, querido Fernando, qué significa esa expresión que algunos usan, sobre todo a la izquierda: “lenguaje hegemónico”. No he leído a Chirbes, que quizá me ayudaría a entenderlo. Supongo que hay unos vicios, una degradación del lenguaje mediático, un uso indebido de verbos y sustantivos (una lengua orwelliana), pero yo creo que incluso en el tal lenguaje hegemónico, si existe, uno puede decir lo contrario, algo demoledor, algo que no sea eso. Que nadie es dueño de ninguna palabra y que uno puede, incluso con palabras gastadas y feas, expresar lo que es propio, darles un uso irónico

o auténtico. Tal vez la purificación del lenguaje es algo que le corresponde más a la poesía que la novela.

Es curioso, no hemos hablado de poesía en estas cartas, y sin embargo creo que la poesía fue nuestro primer amor, y sospecho que para ambos, todavía, la poesía es lo más venerado: la diosa, la virgen madre, la maravillosa puta, la concubina, la esposa, la amante. No sé por qué me salen puras cosas femeninas, y algo eróticas, pero la poesía es mujer ¿no? Tal vez no lo sea la muy masculina poesía de Neruda. Pero lo es la poesía de Szymborska, tan risueña y alerta como tu prosa, tan inteligente como la de ninguno. Te dije en el primer párrafo que con mi amigo Daniel escribía poesía. Malos poemas adolescentes, en realidad, pero escritos con una devoción y una seriedad que uno solamente tiene –tal vez– en la adolescencia, o en la infancia cuando juega. Escribíamos poemas encaramados al tejado de su casa en el barrio Laureles de Medellín. Tomábamos vino por primera vez y el vino nos parecía más fuerte de lo que hoy me parece el orujo. Torcíamos los labios como si fuera ajeno, y caíamos borrachos con pocos tragos.

Daniel era noctámbulo y dormía muy poco. Toda la noche teclaba poemas en una Olivetti, como poseído por un demonio. Escribía poemas como un enajenado. Una tarde se tomó todas las pastillas que había en su casa y le hicieron un lavado gástrico para salvarlo. Por la mañana sus padres se fueron a la clínica con el hermano mayor, el preferido de todos (Daniel era el mal estudiante, el poeta, el inútil). Y entonces él fue al armario de su padre, sacó la escopeta, la apoyó detrás de su oído, y tiró del gatillo. Recuerdo muy bien la mancha de sangre sobre la estera de fique a los pies de su cama, los ojos verdes de Daniel, su risa un poco histérica, su pasión por el chocolate, su desaliño. Y entonces abandoné la poesía porque pensé que si seguía por ese camino me iba a matar yo también, y eso no se les hace a unos padres como los míos.

Pero yo llevo por dentro heptasílabos y endecasílabos; llevo por dentro madrigales infinitos; llevo por dentro muchos alejandrinos para decir cosas serias y festivas; llevo por dentro los naturales octosílabos de nuestros romances (porque los romances de España son también los míos), “Gerineldo, Gerineldo, paje del rey más querido, quién te tuviera esta noche en mi jardín florecido, válgame Dios, Gerineldo, cuerpo que tienes tan lindo”. Tan directa, tan erótica, tan Julieta esta infanta de España. “Pondré mi espada por medio, que me sirva de testigo”, dice el Rey, incapaz de matarlos cuando los encuentra dormidos en la cama. Ah, es como esa espada de la tumba de Borges en Ginebra, es la misma. El padre que interfiere en el amor de los hijos. Algo oscuro y hermoso que en el romance de Gerineldo no queda resuelto. ¿Matará el rey a Gerineldo y a la Infanta, o solo al primero, o a ninguno de los dos? No lo sabemos: no sabemos cuál es el amor permitido y el amor prohibido. La poesía se suspende en el momento preciso. Saber parar, ese es el gran asunto de la literatura, saber dónde empezar y dónde parar en el flujo continuo de la vida.

Como ves, Fernando, me gusta la poesía formal. Y creo recordar que tú hacías sonetos como ejercicio de aprendizaje. Yo creo que si uno no sabe hacer un soneto, tampoco sabe ni tiene derecho a escribir en castellano. Y si no ha leído el Quijote, tampoco. No que eso sea condición suficiente, ni mucho menos, pero sí necesaria. Yo tengo en Medellín un taller de escritura, en la Universidad Eafit, donde trabajo. Y la única condición, el requisito para seguir asistiendo al taller, es que los nuevos integrantes consigan escribir un soneto o un madrigal siguiendo las reglas. Porque creo que solo las reglas, después de dominadas, nos dan la libertad. Las reglas de la prosodia, de la sintaxis, de la gramática, de la ortografía. La escritura es hermosa, como el ajedrez, porque tiene reglas. Mi hijastro, Benjamín, cuando le estaba enseñando a jugar al ajedrez, y como siempre



perdía conmigo (no uso el método de dejar ganar al otro, para animarlo), me propuso un día: “juguemos ajedrez, pero sin reglas”. Y se dio cuenta de lo tonta que es una partida sin reglas. Como unas matemáticas sin reglas. Sí, después del dominio de todas las reglas es cuando llega la libertad que te permite no respetar todas las reglas, o al menos cambiar algunas, conseguir ir un poco más allá de las reglas. Pero no puedes ir más allá de las reglas si no las conoces.

Hace poco, en Pre-Textos, publicaron mi primer y último libro de poemas. *Testamento involuntario*, es el título. Hace tres años, cuando tuve una sequía de escritura tan grave que pensé que me iba a suicidar (al menos a suicidar como escritor, es decir, a dejar de escribir), saqué mis viejos cuadernos y desempolvé los versos menos malos que había escrito en secreto, de un modo vergonzante, en los últimos decenios. Junté lo que pude, añadí algo más, e hice el libro. A mis 55 años, salió, en el umbral de la vejez, ahora que ya no tengo miedo de suicidarme porque ya la edad es en sí misma un lento suicidio. Y no ha pasado nada, en Colombia casi no hubo reseñas. Los poetas forman un gremio cerrado, al que no dejan entrar sin pagar no sé qué peaje a un novelista. Solo recibí una hermosa y dura carta de un inmenso poeta de verdad, Joan Margarit, en la que me dice cuáles poemas son muy malos (mera retórica), cuáles son proyectos de un cuento (poemas narrativos), y cuáles, muy pocos, podrían ser o son buenos poemas. Y yo estoy de acuerdo con él. La poesía es tan difícil, y casi todos los poemas son tan malos, que lo único que uno debe hacer, como poeta, es oponerse al mal poeta que todos llevamos dentro, no dejar salir al cursi, al oportunista, al manido, al flojo. Y dejar que al fin brote la voz, la oscura y profunda voz que no se sabe de dónde viene. Una voz escasa, que por un momento no es un eco.

Llovizna en este junio de días largos que no me dejan dormir por demasiada luz. No hace el calor que me esperaba aquí en el norte, y dentro de diez días se termina mi aventura en los Países Bajos. Han

sido cinco meses maravillosos para mi vida y para mi escritura. No quiero decir con esto que haya escrito cosas maravillosas, ni mucho menos, pero sí que he escrito liberado, alado, sin miedo de nada, volando sobre las techas de este aparato, despreocupado y casi feliz, aun cuando estuviera describiendo, a ratos, lo horrible. A veces pienso que Colombia no podrá salvarse, que seguiremos con nuestras cobardes guerras cíclicas de terror, de injusticia, de desidia. Y que nos veremos obligados a seguir escribiendo sobre el horror de las víctimas, de tantas víctimas. Regresar, tal vez por eso, me resulta tan duro. Volver a ser Héctor, dejar de ser Abad, ponerme la armadura, el yelmo, sacar la espada de la lengua y luchar contra gigantes que me van a arrojar al suelo desde mi Rocinante, desde mi Amigo, hasta que se me partan los huesos del cráneo. Quisiera tal vez seguir aquí, en este refugio europeo, en esta anomalía del mundo que es Europa, la pacífica Europa de los últimos 70 años, ese sitio frágil en que quizá por primera vez en la historia del mundo la inmensa mayoría de la población vive bien, y segura. Incluso los más pobres, porque los más pobres de aquí, en Colombia serían de la clase media, con este nivel de vida. Pero no se dan cuenta, aquí creo que no se dan cuenta. Se les olvida en Europa lo horrendo que puede ser el mundo, y lo sereno y plácido que es el mundo que habitan. ¿Con Charlie Hebdo, con las violadas de Colonia, con las bombas de Bruselas, con los asesinados de Eta? No, esto no se lo puedo decir a las víctimas, pero incluso así, los índices de homicidios de Europa son mínimos, su tasa de inseguridad es la más baja conocida. No existe el paraíso, pero nunca la tierra se había parecido más al paraíso que esto aquí, hoy, y antes del desastre de un tsunami, un mar furioso que entre en las planicies, una invasión bárbara, un cataclismo ambiental, no sé qué. Un instante frágil de gran paz, de poca injusticia, de mucha comida, sin pestes, de mucha libertad. No, ustedes no lo ven, pero yo que vengo del otro mundo, del sur, del trópico, de la sangre caliente, sí

lo digo y lo veo. Y la miseria que veo, que la hay, no es nada comparada con la que nosotros vemos y vivimos.

Cuántos temas te he propuesto, Fernando. Mi cerebro, como ves, hierve de demasiadas cosas al mismo tiempo. Casi deliro como un moribundo. Y entonces mis cartas son casi verborrea, porque te escribo rápido, y sin volver atrás. Pero me conformaría con que me hablaras de tu relación con la poesía, la de la juventud y la presente. Y de cómo la poesía entra en la prosa y la fecunda y hace sus injertos, y la vuelve mejor, más densa y más hermosa, con más estratos de profundidad, y con un sonido más terso que quizá así consiga penetrar en el duro cráneo cerrado de nuestros semejantes, los lectores.

Un fuerte abrazo de tu viejo, nuevo amigo,

Héctor

Hannóver, 23 de junio de 2016

Amigo Héctor:

Jamás tuve un caballo. De joven ni siquiera se me habría ocurrido que se pudiera ser dueño de uno y ponerle un nombre. En mi barrio del arrabal había un casero (un campesino vasco) que tenía un burro, lo ataba a un carro cuando iba a segar hierba al monte y le arreaba unos palazos brutales. Mi madre y yo, que vivíamos en la última casa de la ciudad, lo mirábamos desde la ventana. A mi madre le parecía que el hombre era más burro que el burro. El único animal que poseí de joven fue una araña. Apareció un día colgada de las cuerdas en las que mi madre ponía la ropa a secar. La llamé Francisca. Le arrimaba moscas a la tela. Yo habría hecho una gran fortuna si la caza de moscas hubiera sido una actividad remunerada. Francisca envolvía frenéticamente las presas en un burujo de hilos y se las llevaba a su escondrijo. Aquello era un pequeño ejercicio mío de surrealismo doméstico. He escrito al respecto. En realidad, yo saco jugo literario de lo que sea. Ten precaución, pues, en noviembre, cuando me conozcas en persona. Cualquier cosa que digas o te suceda en mi presencia puede acabar en uno de mis textos.

En cambio, sí fui ciclista, incluso con bicicleta propia, aunque comprada de segunda mano. Llegué a federarme y a participar en una carrera. Sólo en una. Fue uno de los episodios más penosos de mi vida. Hoy me río. Entonces me dio bastante coraje. Me acompañaron al lugar de la salida, en un lugar llamado Ventas de Irún, mi padre

y mi difunto cuñado, así como un verdulero amigo que nos transportó a todos en su furgoneta. Me recuerdo sentado con mi bici de poca calidad entre sacos de naranjas. Luego vi a los otros participantes, algunos con coche propio y ruedas de repuesto sobre la baca. El director de la carrera me expulsó al poco de la salida por no llevar la cabeza cubierta. No me retiré. ¡Pues eso faltaba! Para una vez que competía... No he olvidado el dorsal que me asignaron, el 28. Como telespectador de las grandes carreras ciclistas internacionales, me pica de costumbre la curiosidad de averiguar quién lleva dicho dorsal. Durante aquella competición provincial en la que yo participé con dieciséis o diecisiete años, el corredor que iba delante de mí se equivocó de ruta en una bifurcación. Yo fui ciegamente tras él. El que venía a mi zaga me siguió. Íbamos los últimos y acabamos los tres en un paraje solitario, mirándonos unos a otros con cara de huérfanos. No volví a competir. Tuve más tarde otra bicicleta, también usada en el momento de comprarla. Cuando ya me había decidido por los estudios y los libros, la cambié por una motocicleta destaralada cuyo tapón del depósito tenía un pequeño orificio. Yo llegaba a la universidad con la pechera de la camisa salpicada de gasolina. Me costó descubrir el motivo. Para resolver el problema, tapé el agujerito con una espina de rosa. La moto, al poco rato, dejó de funcionar. Se conoce que el orificio cumplía una función, además de la de mancharme la ropa.

Esta desidia mía por acumular propiedades quizá me haya protegido, sin yo saberlo, de la melancolía. Soy hasta cierto punto inmune a la sensación de pérdida. He reunido, sí, libros a lo largo de los años; pero estoy por afirmar que habré leído más del noventa por ciento de los que alberga mi biblioteca. Sólo compro libros que sé con certeza que voy a leer. No colecciono nada. Ni fotografías, ni sellos de correos, ni discos. Nada. De niño, sí. Hasta que un día caí en la cuenta de que el coleccionismo es una ilusión de eternidad. No tengo

el menor problema para tirar cachivaches viejos a la basura. Mi mujer ya ni me pregunta. ¿Qué hacemos con esto? ¿Lo tiramos o lo guardamos? Sabe de antemano que me une una estrecha amistad con el cubo de los desperdicios. No siento veneración por el dinero. No llevo a la espalda un museo de vestigios sentimentales. No creo que haya nada perdurable.

Lo malo es que esto que digo de las cosas también me pasa con la gente. No es que tire a nadie a la basura. Por razones para las que no hallo una explicación adecuada, siempre que cambié de colegio o de ciudad cambié de amigos y perdí de vista, con raras excepciones, a los anteriores. Es un fallo mío que reconozco. Y si alguno, tiempo después, con ocasión de un encuentro casual en la vía pública, me hizo objeto de un reproche por esta causa, entonces se rompió la última hebra del hilo que nos unía. No olvido a nadie. De muchos de mis antiguos amigos guardo un grato recuerdo. Y si se reanudara la convivencia volvería la amistad, al menos la parte de la amistad que de mí dependiera. Pero ahora aquellos viejos amigos son como figuras vagas de otro mundo, de un tiempo y un lugar en los cuales ya no estoy. Curiosamente, cada vez que llegué a un lugar nuevo, me costó poco trabar amistad intensa con una persona, a lo sumo con dos. Yo, en grupo, desconecto. Me dedico a observar, escucho, examino semblantes y palabras; pero apenas doy algo de mí o muy poco. Huelga decir que nada de esto es calculado. Es simplemente mi manera de ser. Lo descubrí de joven y no ha representado nunca un problema importante para mí. Mi mujer dice que paso demasiado tiempo solo. Me temo que esto, de aquí al final, ya no va a tener remedio.

Una vez avecindado en Alemania, abandoné la práctica de la poesía. No la abandoné de golpe. Me costó un año despoetizarme. Conseguirlo supuso para mí una liberación. Lo hice mediante la escritura de un libro de prosas breves, no en vano titulado *El artista y su cadáver*. Está publicado. Ese libro me ayudó a desprenderme de las manías

de poeta. No sabía escribir sin contar sílabas. Me horrorizaban como a un niño espantadizo, agobiado por los escrúpulos, las cacofonías, la repetición de palabras en tramos consecutivos de texto, las rimas internas. Decidí que mi libro terapéutico, según el plan inicial que cumplí a rajatabla, consistiría en lo que yo escribiese durante mi primer año de docente en Alemania. Una casualidad determinó que Borges falleciera la víspera del término de dicho plazo. A Borges está dedicada, en consecuencia, la última pieza del libro. Fue un año de feroz conflicto matrimonial con la poesía. Durante un tiempo llegué a creer que me había sido dado abandonarla. Ahí te quedas, muchacha rítmica y solemne. Hoy creo que más bien ella me abandonó a mí. Quizá la separación fue de mutuo acuerdo. Luego la he tratado como a un trapo y me he mofado de ella sin compasión. Algunos cultivadores del género que desconocen la historia escondida detrás de mis palabras, al leer lo que he escrito sobre la cuestión, se ofenden.

Pero, mira por dónde, como esas parejas antiguas que rompieron su relación y andando el tiempo se reencuentran en un recodo de la vida, me he reconciliado con la poesía, aunque sigo negándome a la escritura de versos. Ahora mismo leo más libros de poemas que novelas. También paso los ojos con frecuencia por las páginas de ensayos de teoría poética. Y el primer sábado de cada mes publico en el suplemento *Territorios* de *El Correo*, periódico con sede en Bilbao, una reflexión dedicada a un poema por mí elegido. La serie se titula *Vetas profundas*. No descarto la idea de reunir algún día los artículos en un libro y publicarlos. En ellos me abstengo de hacer comentario de textos, escribir crítica o dar lecciones. De hecho, me tengo prohibido cualquier atisbo de lenguaje académico. Lo que hago es relatar de la forma más nítida posible mi pequeña y personal historia de lector de poemas. No oculto que me mueve el propósito de hacer a otras personas apetecible la poesía. Sé que ha habido escritores que en el último trecho de su vida regresaron a la religión. A veces

pienso que, quizá impulsado por un movimiento parecido, yo acabe mis días componiendo poemas a la vieja usanza.

En cuanto al llamado *lenguaje hegemónico*, es un concepto que tomé de Rafael Chirbes con vistas al homenaje/evocación que le consagramos unos cuantos escritores la semana pasada en Valladolid. Dicho concepto sirve para entender el mundo mental de aquel novelista extraordinario, pero no le concedo ninguna vigencia. Se trata de desarrollar un discurso narrativo que no se ponga al servicio de los poderosos, como si a los poderosos (los políticos que mandan, los bancos, las multinacionales) les interesara un pimiento la literatura o modelaran el idioma de un modo propio. No hay más que mirar un rato los debates parlamentarios en España para darse cuenta de que la clase política tiende al habla popular, la misma que algunos postulan en sus libros para distanciarse del poder y atacarlo. No abundan los diputados españoles que hablen con elocuencia y respeten las normas de la gramática.

Mientras se escribe en soledad, uno actúa como si fuera dueño de sus palabras. Al menos dispone de la opción de elegir las a su antojo. Ahora bien, en cuanto la obra terminada se convierte en libro, por tanto en una mercancía, adiós muy buenas. Un libro, sea cual fuere su contenido, presupone una fábrica de papel con su consejo de administración, una industria editorial, una red de distribución y de librerías, lectores que previamente son compradores y el fisco, que saca tajada de todos los participantes de la cadena productiva y de venta. Ningún escritor puede decidir la repercusión social de sus escritos. Puede, a lo sumo, manifestar sus intenciones a menudo ingenuas. A mí, durante un congreso, se me acercó un ministro del Gobierno español, al que, por cierto, en un primer instante no reconocí, y alabó mi *Viaje con Clara por Alemania*. ¿Qué hago? ¿Me tiro por el acantilado? Y acaso el ministro, como yo, como tú, como Chirbes, como quien tal vez lea estas líneas, ¿no es más que un pobre y pasajero ser humano?



Discrepo de quienes cuestionan el estilo en literatura, justo aquello que determina la singularidad de un texto. Del estilo no depende tan sólo el relieve artístico de una obra, cosa a veces discutible, sobre todo cuando el escrito incurre en desagradables excesos ornamentales o no contiene un mensaje digno de fatigar los ojos de un lector. Es mucho más. Es la prueba incontestable de que el autor trabajó con libertad. Desarrolló, por consiguiente, criterios propios, no se dobló a tópicos, buscó tonos y formas nuevos, inauguró una perspectiva para observar y entender los asuntos humanos; ofreció, en suma, algo que sin él no habría existido en el mundo.

De esto carecíamos por completo en mi barrio obrero de la infancia. Y esto es lo que yo me propuse conquistar un día, de manera que nadie me tutelase y nadie hablara por mí en la plaza pública, megáfono en mano, como le dije en cierta ocasión al poeta Gabriel Celaya, hijo del dueño de una fábrica, que hablaba, según creía, con conciencia social en nombre de los obreros. No, mire, Celaya (le dije cariñosamente), no hace falta que remede en sus poemas las limitaciones lingüísticas de los de mi clase; le aseguro que nos aprovecharía más adquirir dominio de la lengua alta por medio de la educación.

Y es que no hay mente totalitaria que soporte el estilo. El tonto de turno, resentido contra los hombres que descuellan, lo equipara al elitismo. Hace poco un escritor español arremetió con argumentos superficiales contra Luis de Góngora en un libro. Uno que va de izquierdista y que, no obstante, sostiene sobre uno de nuestros poetas mayores el mismo parecer que Marcelino Menéndez y Pelayo, paladín del tradicionalismo y la ortodoxia católica. No está de más añadir que el libro en que se denigra a Góngora y se postula la literatura antielitista cuesta 19,50 euros, y una buena edición comentada del poeta clásico y oscuro, 11 o 12.

Estoy de acuerdo contigo en que las reglas representan para el escritor el cimiento de su libertad creativa. Las reglas que uno mismo

se impone y que puede conculcar una vez conocidas y dominadas. Por los días en que fui estudiante de filología en Zaragoza, a finales de los setenta y principios de los ochenta del siglo XX, vivía en un piso de alquiler alejado de la facultad. Por el camino, que recorría a pie, ideaba un soneto diario en susurrado monólogo callejero. Lo transcribía después en el aula, durante las clases. Equivocadamente presumía por entonces de haber sido el primer hombre que había compuesto un soneto en prosa. No fue un trabajo fácil. No valía cualquier ocurrencia. Para empezar, redacté un soneto canónico con sus cuartetos, sus tercetos y sus rimas. Le siguió otro en el que introduje una leve excepción, y un tercero con nuevas y agregadas anomalías, hasta llegar por dicha senda a la veintena de piezas, la última de las cuales consistía en un texto en prosa. Podía haber empezado por el final, pero entonces yo no habría tenido la sensación del soneto. Años más tarde encontré por casualidad una composición en un libro del poeta Luis Felipe Vivanco titulada precisamente *Soneto en prosa*. Me sentí como Scott al llegar al Polo Sur y encontrar la bandera de Amundsen.

Aquí paro, amigo Héctor, no sin antes confesarte que ha sido un gusto no pequeño haber mantenido correspondencia contigo. No tengo la menor duda de que un sinnúmero de asuntos a cuál más interesante se habrá quedado en el tintero, aun cuando hace mucho tiempo que yo no escribo con tinta. Si el tiempo y la ocasión lo hubieran permitido, habría prolongado nuestro intercambio electrónico-epistolar *sine die*, latinajo este que sospecho me ha venido a la mano por la alusión al tintero.

Mi amistad y mi abrazo fuerte sean las últimas palabras que te escribo,

Fernando

# Korrespondentziak

Itzultzailea: Iñigo Roque Eguzkitza



## HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

(Medellín, 1958). Idazlea, itzultzailea eta kazetaria. Medellínen jaio zen 1958an. 1998. urtean, Kolonbiako Simón Bolívar Kazetaritza Sari Nazionala eskuratu zuen, iritzi-zutabeen atalean; 2006an ere jaso zuen sari hori. 1999an, *Cambio* aldizkariaren berriemaile aritu zen Estatu Batuetan, Boston hiritik. 2000n, *Basura* eleberriri esker, Casa de Américaren Narratiba Berritzailerako Saria irabazi zuen; 2004an, *Angosta* lana Txinan saritu zuten, Atzerriko Urteko Eleberririk Onena izendaturik; 2006an, DAADen beka bat lortu zuen, eta Berlinen bizi izan zen urtebetez.

2006ko azaroan, bere libururik arrakastatsuen argitaratu zuen, *El olvido que seremos*, non aitaren, Héctor Abad Gómez doktorearen, bizitza eta haren hilketaren ingurukoak aletu baitzituen. Lisboan eta Washingtonen saritua izan zen.

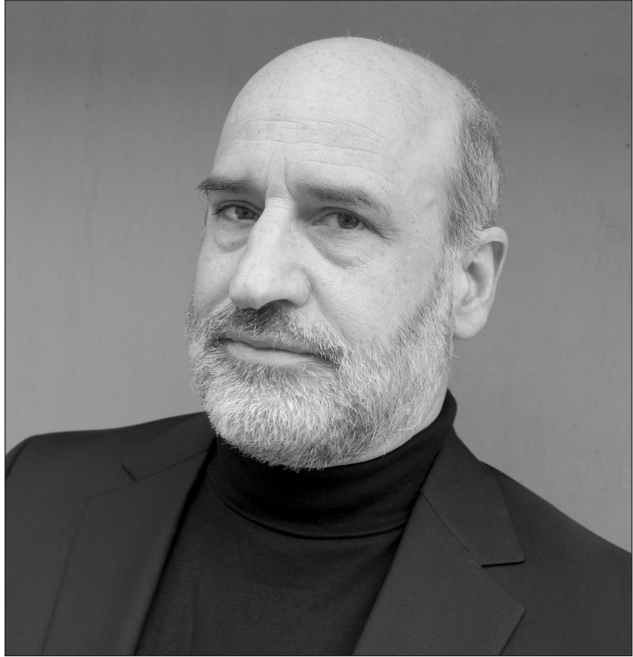
Gaur egun, zutabeak idazten ditu *El Espectador* egunkarirako, eta hango aholkulari editoriala ere bada. Orobat kolaborazioak idazten ditu Madrilgo *El País*en, Zuricheko *NZZn* eta Kolonbiako nahiz atzerriko beste hedabide batzuetan. Haren eleberriak hainbat hizkuntzatan argitaratu dira, hala nola ingelesez, portugesez, italieraz, txineraz, frantsesez eta alemanez.

## FERNANDO ARAMBURU

Donostian jaio zen 1959an. Arte eta Desarteko CLOC Taldea sortu zuen, beste kide batzuekin batera, ekintza kontrakulturalak eta umore surrealista uztartuz. Hispaniar Filologian lizentziatu zen Zaragozako Unibertsitatean. 1985az geroztik Alemaniako Errepublika Federalean bizi izan da. Luzaro pedagogia-lanetan jardun ondoren, gaur egun idaztea du bizibide bakar.

Poesiaren bidez hasi zuen literatura-ibilbidea. Euskal Herriko Unibertsitateak bere poesia ia osoa argitaratu zuen 1993an, *Lanbroa eta kontzientzia* izenburuean, edizio alde elebidunean. Gerora, 2010ean, bere poemen beste lagin bat aurkeztu zuen, *Yo quisiera llover* izenburuean bildurik.

Haren lehen eleberria, *Fuegos con limón*, 1996an agertu zen. Ordutik beste liburu batzuk etorri dira: *Los ojos vacíos* (Euskadi saria, 2001), *El trompetista del Utopía*, *Vida de un piojo llamado Matías*, *Bami sin sombra*, *Viaje con Clara por Alemania*, *Años lentos* (Eleberrietarako Tusquets saria, 2011), *Ávidas pretensiones* (Biblioteca Breve saria, 2014) eta *Patria* (2016). Halaber, idatzi ditu prosa laburren liburu bat, *El artista y su cadáver*; literaturari buruzko gogoeta-bilduma bat, *Las letras entornadas*; eta zenbait ipuin-liburu: *No ser no duele*, *Los peces de la amargura* (Espainiako Errege Akademiaren 2008ko saria, NH Vargas Llosa eta Dulce Chacón sariak) eta *El vigilante del fiordo*. Haur-literaturan ere jardun du, eta autore alemanen liburuak itzuli ditu. Egunkarietarako idazten du maiz. Haren lanak hainbat hizkuntzatarara itzuli dira. *Las letras entornadas* (2015) izenburuean, kulturari eta literaturari buruzko gogoetazko saiakerak bildu ditu.







## ATARIKOA

ITZULTZAILEA: KORO NAVARRO

*2016ko abuztuak 7. Amoz Oz bere etxean dago, Arad-en; XABIER PAYA, Donostia 2016 Europako Kulturaren Hiriburuko Programa Zuzendariak aireportu batetik deitu dio. Berriketarik gabe, zuzen-zuzenean doaz harira.*

*XABIER PAYA.* - Liburu hau *Txekhov vs. Shakespeare* izeneko proiektuan sartzen da. Proiektu horretan, 16 idazlek urtebetez luzatu den gutun-truke bati heldu diote, literatura eta gatazken arteko harremanaz jarduteko. Zuk Txekhoven eta Shakespeareren artean aurkitu duzun lotura berezitik dator izenburua. Hitz horiek israeldar-palestinar gatazkaren ikuspegi bana eskaintzen omen dute. Azalduko dizkiguzu ikuspegi horiek?

*AMOS OZ.* - Lehendabizi, esan behar dut ohore bat dela niretzat zuen proiektua Shakespeare-Txekhov ideian oinarritzea. Ideia hori, jakina, irribarre txiki batekin sortua izan zen, zeren, denok dakigun bezala, Shakespearek tragediak idatzi baitzituen, eta Txekhovek, berriz, komedia deitzen ziren beti bere antzezlanei. Baina, bizitzak aurrera egin ahala, ulertu dut tragedia eta komedia ez direla bi planeta bereizi. Ulertu dut tragedia eta komedia bi leihorekin bereizteko beste modu batzuk ez direla, paisaia bera ikusten baitugu bietatik, gure bizitzaren perspektibak berak.

Hala, bizitzaren ikusmolde shakespearearraren eta ikusmolde txekhovtarraren artean dagoen alderik handiena da Shakespearek gizabanako oso boteretsuen arteko txokeak ikusten zituela bere inguru osoan, eta gizabanako haiek justiziaren sen indar handiko batek,

debozio-sen indar handiko batek, eta, inoiz, anbizio indar handiko batek motibatzen zituen. Eta txoke jotzen duten ideia horiek, txoke jotzen duten anbizio horiek, txoke jotzen duten sineste horiek, askotan, erabateko suntsiketara eraman dute jende hori. Elkar suntsitu dute eta beren burua suntsitu dute. Txekhoy, berriz, ez zen konzentratzen pertsona indartsuetan, baizik eta gizabanako oso ahul eta zalantzaz beteetan. Gizabanako ahul horiek anbizioak ere bazituzten, baita ideiak eta helburuak ere, ez gutxiago Shakespeareren pertsonaiek baino. Baina, Txekhoven antzezlanetan, konprometitu behar dutela konturatzen dira. Batzuetan amore eman behar dute. Beste batzuetan lorpen partzial batekin behar dute konformatu. Hala, Shakespeareren tragedia baten eta Txekhoven komedia baten arteko alde nagusia da Shakespeareren tragedia baten bukaeran agertokia gorpuz betea dagoela, pertsonaia hilez, eta beharbada justizia nagusituko dela, beharbada. Txekhoven antzezlan baten bukaeran, protagonista guztiguztiak daude desilusionatuak, guztiz joak, atsekabetuta, adoregabeta, baina bizirik. Eta nik bizitza osoan sinetsi izan dut borroka egin behar genukeela, ez gatazka baten amaiera zoriontsu bat izateko, nik ez dut sinesten-eta gatazken amaiera zoriontsuetan. Nik soluzio txekhovtar baten aukeran sinesten dut, ez soluzio shakespearetar baten aukeran. Eta soluzio txekhovtar batek ez du nahitaez esan nahi zeure idealak bertan behera uzten dituzula edo guztiz desilusionatua geratzen zarela; konpromisoa esan nahi du maiz. Ni konpromisoen aldekoa naiz oso. Eta badakit konpromiso hitzak oso konnotazio txarra duela idealista gazteen munduan, edo, gaur deitzea nahiago duten bezala, aktibista gazteen munduan. Konpromisoa ez dela zintzoa pentsatzen du jende horrek. Pentsatzen dute konpromisoa biguna dela. Pentsatzen dute konpromisoa oportunitismoa dela. Baina nik uste dut oker daudela. Gizabanako desberdinek eta xede desberdinek eta pentsamolde desberdinek, hala uste dut nik, bide bakarra dute elkarrekin bizitzeko, eta konpromisoak dira bide hori. Hori bai, konpromisoa esaten dudanean ez dut kapitulatzea esan nahi, inoiz

ez. Ez dut inoiz esan nahi beste masaila eskaintzeko zure etsaiari, Jesukristok gomendatu zuen bezala. Ez! Honako hau iradokitzen dut, besterik ez: saia zaitez, erdibidean nonbait ere, bestearekin elkartzen.

Erljioen, ideologiaren, sinesmenen eta elkarri traba egiten dioten anbizioen arteko txoke etengabeak izan dira Europaren historiaren milaka urteren ezaugarria. Azkenean, Europako parte batzuk, ez Europa osoa, elkarrekin modu plural batean bizi behar dutelako ideia heldu dira. Elkarren arteko diferentziak ametituz behar dutela elkarrekin bizi. Eta horixe da formula txekhovtarraren oinarria. Inork ez du lortuko ehuneko ehunean berea ateratzea. Elkar topatu behar dugu, ibaiaren gaineko zubian nonbait ere, ez zubia behera bota eta ibai-bazterretatik elkarri tiroka hasi. Laburtuz, horrexegatik nahiago dut nik bukaera txekhovtarra shakespearretarra baino. Eta, berriz ere, oso-oso argi adierazi nahi dut, ez naiz kapitulazioa proposatzen ari. Nik ez dut errenditzea proposatzen, edo, bestearen aurrean makurtuta, zeure xedeak edo zeure sinesmenak bertan behera uztea, bakearen eta ez-biolentziaren amoregatik. Ezta inondik ere. Bestearen topo egiteko eginahalean, erdibidean nonbait ere, horretan sinesten dut nik. Horixe da elkarbizitzarako formula, ez nazioena bakarrik, ez erlijioena bakarrik, ez talde etniko edo ideologiena bakarrik. Horixe da elkarbizitzarako izan litekeen formula bakarra, baita gizabanakoena ere, bikoteko kideena, gizon eta emakumeena, guraso eta haurrena, anai-arrebena ere bai batzuetan. Konpromisoa. Hortaz, konpromiso hitza, niretzat, ez da negatiboa. Ez du ahultasuna eta zintzotasun-falta adierazten. Bizitza adierazten du. Eta konpromisoaren kontrakoa ez da idealismoa. Konpromisoaren kontrakoa ez da debozioa edo konsistentzia. Fanatismoa, heriotza dira konpromisoaren kontrakoak. Eta nik bizitza osoa eman dut fanatismoa eta heriotza uxatzeko eginahalean. Fanatismo-modu guztien kontra aritu izan naiz ni beti borrokan.

*XABIER PAYA.* - European mende askoan izan diren gatazkak israldar-palestinar gatazkarekin alderatuz, zuk diozu badela diferentzia

bat oso-oso handia: Europa manikeoagoa izan da, edo zuri-beltzagoa, eta israeldar-palestinar gatazkak gehiago egiten omen du grisaren aldera. Israeldar-palestinar gatazkaz duzun esperientzian eta gatazka horretan bizitzean oinarritzen da zure ikuspegia, gatazkaren soluzio shakespearetar eta soluzio txekhovtarraren hori. Zer iritzi duzu Europako kasuaz eta nola lotzen da israeldar-palestinar gatazkarekin?

*AMOS OZ.*- Bi galdera dira eta banaka saiatuko naiz erantzuten. Etorkizunaz galdetzen didazun neurrian, ez dakit. Ni profeten lurtean bizi naiz, eta munduaren parte honetan oso zaila da profeta izatea. Lehia handiegia dago nire herrian profezia-kontuetan, eta, hortaz, ezin dizut esan bihar zer gertatuko den. Baina badut pare bat gauza esatea gaur egun gertatzen ari denaz. Eta oso kezkatua nago Europako toki batzuetan gaur gertatzen ari denarekin, hainbat eratako erradikalizazioak ikusten baititut, kasu batzuetan erradikalizazio biolentoa, hitzezko erradikalizazioa besteetan. Gorroto etniko gehiago ikusten dut. Arrazismo gehiago. Estremismo gehiago. Litekeena da, litekeena besterik ez, Europa, mundu osoa hain zuzen ere, urruntzen ari izatea, gero eta gehiago, hogeigarren mendearen lehen erdiko izugarrikerietatik, eta aipatu dudan erradikalizazioa urruntze horren emaitza izatea. Gauza paradoxiko bat kontatuko dizut, eta irribarre batez hartzea nahi dut.

Nik uste dut Hitlerrek eta Stalinekin opari handi bat eman zigutela denoi, halako asmorik batere ez izan arren. Hitlerren eta Stalinen izugarrikerien ondoren, jendea, Europan bereziki, baina baita munduaren beste toki askotan ere, arduratsuagoa egin zen nik uste, uzkurragoa, estremoaren auzian. Nik uste dut jendea toleranteagoa egin zela, erruz ikasi baitzen Hitlerren eta Stalinen izugarrikerietatik. Nik uste dut pertsona arrazistak lotsatu egiten zirela pixka bat Hitlerren ondoren, eta ez zutela beren arrazismoa hain erraz onartzen. Nik uste dut oso erradikal biolentoak ziren pertsonen, Stalinen ondoren, zalantzak sortu zitzaizkiela beren gizarte-erradikalismo biolentoaz eta iraultzaz. Hala bada, horixe izan zen Hitlerren eta

Stalinen nahi gabeko oparia: eragozpenak. Baina beldur naiz opari hori ez ote den agortzen ari. Desagertu egin dela uste dut, belaunaldi berri bat etorri baita, eta belaunaldi horrek urruneko oroitzapena besterik ez du Hitlerren eta Stalinen izugarrikeriez. Horren emaitza da, Europan eta beste tokitan, formula sinpleek gero eta jende gehiago erakartzen dutela, izan formula sinple horiek formula arrazistak edo formula erradikal iraultzaileak, edo formula fanatikoak, edo formulak huts-hutsik. Eta hori oso kezkarria da, formula sinpleek baztertu egiten baitute giza izaeraren konplexutasun mugagabea. Dostoievskiren lanean, Ivan Karamazovek *Karamazov anaiak* nobelan esaten dituen hitz batzuk dira nire aipurik kutunena. Halaxe dio Ivan Karamazovek: “Giza arima, giza psikea, zabalegia da. Nahiago nuke zertxobait estutu ahal bagenu”. Bueno, ezin dugu giza arima estutu, eta nik ez nuke halakorik egin nahi. Oso zabala da, bai. Zabalegia, formula sinpleentzat. Eta larritasunez ari naiz ikusten, baita ikaraz ere, formula sinpleen erabilera ari garela sustatzen, Europan eta beste nonahi. Formula sinple horiek beti existitu dira pertsonen errailetan. Ez burmuinean, errailetan baizik. Formula sinpleak. Nola birrindu morroi gaiztoak eta nola defendatu morroi zintzoak. Nola arazo oro soluzio sinple, bizkor, gordin batekin konpondu. Baina jendea lotsatu egiten zen horretaz eta beldurra izan dio horri berrogeita hamar edo hirurogei urtez, Hitlerren eta Stalinen oroitzapenagatik, Hitlerren eta Stalinen eraginagatik.

Orain, beldur naiz, sinplifikazioak itzultzen ari dira. Itzultzen ari dira harridura-oihuak. Itzultzen ari dira eslogan sinpleak. Itzultzen ari da erantzun esaldi-bakarra izatea gauza guztientzat. Zenbat eta konplikatuagoak bihurtu gure arazoak, orduan eta irrika handiagoa jendeak soluzio oso, oso sinpleak izateko. Lerro bakarreko soluzioa. Birrindu morroi gaiztoak. “Immigraziorik ez” edo “Bota dezagun gobernu”. “Gizarte-sistema irauli”. “Europar Batasuna hautsi”. Edozer gauza. Eslogan asko dira, asko, era askotakoak. Baina eslogan horiek badute gauza bat guztietan agertzen dena. Oso sinpleak dira

denak. Eta gizatasuna ez da sinplea. Baliteke literaturaren ekarpenik handiena –niri ez zait gustatzen “literaturaren betekizuna” esapidea, ez baitut uste literaturak betekizun bat duenik, poliziak edo ospitaleak betekizun bat duten bezala–, baina opari bat bada literaturak eman diezagukeena. Eta opari hori da literatura onak behin eta berriz gogorarazten digula zeinen konplikaturatua den giza psikea, zeinen zabala den giza arima eta, hortaz, zeinen okerrak diren erantzun sinple lerro-bakarrak, direnak direla. Gauza guztietarako balio duten erantzun lerro-bakarrak oso arriskutsuak izaten dira maiz. Ezkerretik edo eskuinetik datorrela, edo erlijioetik datorrela edo politikatik datorrela, edo nonahitik datorrela, erantzun jakin bat eskaintzen badiu norbaitek nire arazo guztientzat, lerro bakarreko botika bat, segituan urrunduko naiz botika horretatik.

Horrek zure galderaren bigarren partera nakar: Ekialde Hurbilari buruz Europak dituen ikusmoldeak, Israeli eta Palestinari buruz Europak dituen ikusmoldeak. Behin eta berriz, harrিতua geratzen naiz, baita ikaratu ere, ikusirik nola europar intelektualek, Hollywoodeko filmak mespretxatzen dituzten horiek, morroi zintzoenak eta morroi gaiztoenak, film sinpleak, non morroi zintzoak zoragarriak baitira eta morroi gaiztoak munstroak baitira, auzia Ekialde Hurbila denean, israeldarrak eta palestinarrak, europar intelektualek segituan jakin behar dute zein diren morroi zintzoak, zein diren morroi gaiztoak. Irrikaz ere egoten dira morroi zintzoen aldeko manifestazio bat antolatzeko, eskaera bat sinatzeko morroi gaiztoen kontra, eta lasaituta eta poz-pezik joateko gero lotara. Puntu bateraino ulertzen ditut, zeren, hogeigarren mendean, auzi ugari egiaz ziren zuri-beltzak. Faxismoa eta askatasuna, hori zuri-beltza zen. Kolonialismoa eta askatasuna, zuri-beltza kasik. Hegoafrika, Apartheida, bai, hori ere, funtsean, morroi zintzoen eta morroi gaiztoen auzia zen. Vietnam, zuri-beltza kasik. Gatozen israeldarren eta palestinarren auzira, ez da zuri-beltza. Ez da Hollywoodeko film bat. Historia triste bat da, ongiaren eta ongiaren arteko txokearena, aspaldi honetan gehiago

badirudi ere gaizkiaren eta gaizkiaren arteko txokea. Israeldarren eta palestinarren historia tragedia bat da, tragedia hitzaren zentzu zaharrean: bidezkoaren eta bidezkoaren arteko txokea. Nik uste dut grekoak Grezian dauden arrazoi berberetatik daudela palestinarrak Palestinan. Palestina da haien lurra, eta beste lurrik ez daukate. Baina gauza bera gertatzen da israeldar juduekin. Ez daukate beste lurrik. Inoiz ez dute beste lurrik eduki. Gizabanako gisa, bai, batzuek eduki zuten, baina ez herri gisa.

Hala, lurralde txiki-txiki hau, Belgika baino txikiagoa, Danimarka baino txikiagoa, hauxe da palestinarren aberri bakarra, eta orobat da israeldar juduen aberri bakarra. Lurralde bera aldarrikatzen dute biek, eta biek dute aldarrikapen hori egiteko eskubide osoa. Konpromiso mingarri bat da irtenbide bakarra. Etxe txikia hartu eta bi apartamentu are txikiagoetan zatitu, hori da irtenbide bakarra. Etxe atxikia esaten zaiola ingelesez uste dut. Errepara iezaiozu Txekoslovakia ohiari. Adibide zoragarria da niretzat. Konturatu zirenean txekiarrek eta eslovakiarrak ezin zirela elkarrekin ondo bizi, Txekoslovakia ohia zatitzea erabaki zuten, Txekiar Errepublika eta Eslovakiar Errepublika sortzea, odolik isuri gabe, eta horixe da, niretzat, Israelen eta Palestinaren tragediak izan lezakeen erantzun bakarra. Alabaina, zerbaitengatik ere, europar intelektual askok ez diote auziari horrela begiratu nahi. Morroi zintzoen eta morroi gaiztoen bila dabilta beti. Musulmanen edo arabiarren kontra-koak direnean, % 120an dira musulmanen edo arabiarren kontra-koak. Israelen kontra jartzen direnean, % 120an deskribatuko dute Israel kolonialismo edo faxismo edo nazismo gisa. Sinpleegia, eta esan dizut jadanik aurreko erantzunean sinplifikazioek ikaratu egiten nautela. Sinplifikazioek ikarak airean jartzen naute, giza izaera ez baita sinplea, eta giza psikea ez da sinplea, Ivan Karamazovék estutu nahi badu ere.

*XABIER PAYA.*- Gatazka bat duten komunitateetan, zer espero genezake literaturatik, liburuetatik, idazleengandik? Eginkizun

bereziren bat bete behar lukete? Eman didazu dagoeneko erantzun zoragarri bat, esanez liburuek gogoraziko digitela gatazkak ez direla errazak, eta sinplifikazioa ez dela posible egunotan. Baina erantzun hori gehixeago zabaltzeko eskatu nahi nizuke.

*AMOS OZ.*- Zabalduko dut. Zabalduko dut guk biok akordio erraz-erraz bat egiten badugu. Ipin dezagun, “literaturaren eginkizuna” esapiderearen orde, “literaturaren oparia” edo...

*XABIER PAYA.*- Primeran. Guztiz konforme.

*AMOS OZ.*- Begira, ginekologiaren eta sexuaren artean alde handi bat dago; ginekologiak eginkizun bat du; sexua oparia da. Literaturak antz handiagoa du sexuarena ginekologiarena baino. Nik jakinminean sinesten dut. Denok dakigu jakin-mina dela garapen intelektualaren, garapen zientifikoaren aurreko baldintza, funtsezko baldintza. Jakin-minagatik ez balitz, zuhaitzetan edo kobazuloetan bizituko litzateke jendea oraindik. Baina nik beste urrats bat egin nahi dut. Nik uste dut jakin-mina bertute moral bat ere badela, eta oso bertute moral garrantzitsua. Sinetsita nago pertsona jakin-nahia hobea dela jakin-nahia ez den pertsona baino. Sinetsita nago pertsona jakin-nahi bat lagun hobea dela, senar edota emazte hobea, guraso hobea, baita maitale hobea ere, jakin-nahia ez den pertsona baino. Eta hementxe dator literaturaren oparia: gure jakin-minari eragiten dio, beste pertsonen lekuan jartzeko desirari, baita beste pertsonen larruan jartzeko desirari ere. Nobela bat edo istorio labur bat irakurtzen dugunean, edo antzezlan bat ikusten dugunean, denborapuskak batez Hamlet edo Macbeth edo Ivan Karamazov edo Raskolnikov edo dena delakoa bihurtzen gara. Jende horren parte bihurtzen gara. Haien larruaren barruan sartzen gara. Eta hori eginez, nolakoa den beste norbait izatea imajinatzen dugu. Pertsona hobea egiten zaitu, berriz diot, ez erabat aldatzen zarelako, ez berriz jaiotzen zarelako, baizik eta istorio on bat irakurriz zabaldu egiten zarelako. Sakonagoa eta hobea egiten zara. Zeure burua beste pertsonen esperientziara zabalduz, beste pertsonen sentimenduetara, beste pertsonen



ikaretara eta anbizioetara, gizaki hobea bihurtzen zara. Pertsona hori hobeto ulertzen duzu ordu arte ulertzen zenuena baino, eta zeure buruari buruzko jakintzaren bat ere eskuratuko duzu agian. Gaztetan, literatura irakurtzen nuelako ulertu nuen nik zeinen mingarria eta tragikoa den israeldar-palestinar auzia; ez gizarte-zientzietan aditua nintzelako, ez historialaria edo arabista edo estratega nintzelako, baizik eta literatura irakurtzen nuelako. Eta palestinar eta arabiar literatura irakurriz ulertu nituen beste aldearen sufrimendua, irainak, oinazea. Horrek ez nau palestinarren aldekoa egin. Ni ez naiz palestinarren aldekoa. Horrek ez nau eraman nire etsaiekin guztiz identifikatzera. Ez naiz haiekin identifikatzen. Baina zein diren ulertarazi zidan. Imajinarazi zidan, geneen edo gorabehera sozialen bestelako konbinazio bat izan banu, konbinazio apur bat bestelakoa, ni haie-tako bat izan nintekeela. Beste norbait izan nintekeela.

Eta horixe da literaturaren oparia, Paya jauna. Badakigula zer den aldi batez beste norbait izatea, beste norbaiten esperientzia bizitzen dugu. Eta beste norbaiten esperientzia bizitzeko trebetasunak hobekak egiten gaitu, modu askotara. Gizon batentzat emakumea izateko esperientzia bizitzea, edo emakume batentzat imajinatzea zer den gizona izatea, edo kristau batentzat zer den judua izatea, edo europar batentzat zer den hirugarren munduko ume bat izatea. Bestea imajinatzea, edonorentzat. gizaseme gazte batentzat zenbait orduz, baita ordu gutxiz ere, zer den oso zaharra izatea imajinatzea: horrek konpromisora zabaltzen digu bihotza eta arima. Konpromisoaren ideia itzultzerik baldin badut, orduan literaturaren oparia da geure larrutik ateratzera, gutxienez zenbait orduz, gutxienez irakurraldiak dirauen bitartean, beste norbait garelako imajinatzea gonbidatzen gaituela; geure burua jartzera une batzuetan beste norbaiten labirintoan, gure arerioaren, gure antagonistaren, gure etsaiaren larruan, baina ez etsaia maite behar dugulako. Ez da maitasun-kontua. Nik ez dut sinesten etsaiarenganako maitasunean. Besterik gabe, jartzan bazara zure antagonistaren, zure arerioaren, zure etsaiaren larruan, edo zure

auzokoaren larruan batzuetan, auzoko hobe bihurtzen zara, senar hobe edo emazte hobe, guraso hobe bihurtzen zara. Maitale hobe ere bihurtzen zara, maitasunaren jolasaren beste aldean zaudela imajinatuz. Literaturak zehazki, eta arteak oro har, gure nortasuna zabaldu dezakeela, hori da Literaturaren opari handia. Gure lurralde emozionala zabaltzen du. Geure buruaren eta besteen nortasunen mugak gurutzatzen bultzatzen gaitu.

*XABIER PAYA.*- Baina imajina ezazu ez dagoela, gatazka batean, etsaiaren sentimenduak edo bere auzokoarenak adierazi nahi dituen idazlerik. “Eginkizun” hitza saihestuz, ba al dute idazleek zeregin bereziren bat egoera mota honetan, edo opari horiek berez gertatu behar lukete?

*AMOS OZ.*- Bi erantzun emango dizkizut osteraren ere, baina oraingo honetan nahiko laburrak izango dira.

Lehenengo erantzuna da horixe egiten duela literatura onak. Halaxe egin du eta ari da egiten historia osoan zehar. Literatura onak mugen gainetik garamatza beti. Shakespearek Veneziako Merkatariaz idazten duenean, judu guztiz itsusi eta nazkagarri bat deskribatzeko asmoa zuen hasieran seguruen, mailegu-emaile bihozgabe bat, Shylock, baina Shakespeare zenez gero, bere burua eta Veneziako Merkatariairen ikusleena judu ikaragarri horren barruan jarri zituen punturen batean, eta, bat-batean, halako enpatia bat garatzen du irakurleak “gizon ikaragarri” horrengana. Gauza bera gertatzen da Dostoievskik bi atso hiltzen dituen ikasle bati buruzko nobela bat idazten duenean. Ia-ia sinpatia sentitzen dugu ikasle harengana. Ulertu egiten dugu. Literatura onak mugak gurutzarazi izan dizkigu beti eta ezin irudikatuzkoa irudikarazi digu, eta bai, bada gauza bat idazleek egin behar luketena. Nik behintzat egiten dut. Ezin naiz idazle guztien izenean mintzatu. Ni hitzekin tratuan jarduten naiz egunero zenbait orduz. Goizean oso goiz jaikitzen naiz, katilukada bat kafe hartu eta hainbat hitz lantzen hasten naiz. Izenak, aditzak, adjektiboak. Nik uste dut hitzei buruzko halako sentikortasun bat garatu

dudala nire negozio-moduan, eta horrek betebeharraren baten zama dakarkit. Neure buruaz ari naiz orain, ez idazleez oro har. Zein naiz ni, esateko idazleei zer egin eta nola idatzi? Baina neure artean, nik sentitzen dut hizkuntzaren ke-detektagailua, edo hizkuntzaren suhiltzaileen brigadako kidea izateko betebeharra dudala. Jendeak gizakiez hitz egiten duenean “jendilajea” direla esanez, badakit horrek odola isuraraziko duela. Jendeak beste gizakiez esaten duenean “parasitoak” direla, badakit horrek esespena, diskriminazioa eta odol-isurtzea ekarriko dituela. Jendeak beren arerioei, beren kontrakoei, beren etsaiei “gaitza” edo “izurritea” deitzen dienean, badakit horrek odol-isurtzea eta biolentzia ekarriko duela. Eta ahotsa jaso eta protesta egiten dut.

Nik ehunka artikulua idatzi ditut batere gustatu ez zaizkionak jende askori, neure herriko jendeari, neure herrikideei. Ehunka artikulua idatzi ditut, eta horietako asko hizkuntzari buruzko, hitzei buruzko puntu batekin hasten dira. Adibide bat edo bi emango dizkizut. 1967an, Sei Eguneko Gerran, Israel borrokan ari zenean Egipto, Siria eta Jordanen kontra, defentsazko gerra bat zen hura nire ustez. Baina gerra bukatu orduko, Mendebaldeko ibai-bazterraz (Zisjordaniaz) eta Gazaz hizketan “lurralde liberatuak” esaten zuten israeldar askok eta askok. Hortaz, nik artikulua bat idatzi nuen, oso gogorra eta eztabaida-sortzailea, honako hau esanez: “Iritzi desberdinak izan genitzake lurralde horien etorkizunaz, baina liberatuak ez dira. Liberazio, ‘askapen’ hitza ezin zaie inoiz lurraldeei aplikatu. Gizakiei bakarrik aplikatzen zaie. Lurraldeak ezin dira liberatu. Nahi duzun bezala esan, baina lurra ez da liberatzen. Jendea bakarrik libera liteke, eta, argi dago, guk, israeldarrok, Zisjordaniko eta Gazako palestinarrek ez ditugu liberatu. Konkistatu egin ditugu. Baina hori egitea beste auzi bat da. Bakoitzak bere iritziak ditu, eta besterenak ez bezalakoak izan daitezke. Baina ez berriz erabili ‘lurralde liberatuak’ esapidea”. Horra hor adibide bat, nola sentitzen dudana nik hizkuntzaren ke-detektagailua izatea, edo hizkuntzaren suhiltzaileen

brigadakidea izatea dela nire betebeharra. Gizagabetzearen usaina aditzen dudanean, garrasi egiten dut. Garrasi horrek laguntzen duen edo ez, hori beste kontu bat da. Hori ez da neure kontua. Kontua da zer egin egiten dudan nik idazlea naizen aldetik. Pertsona batzuei jendilaje deitzen badiezu, pertsona horiek gizagabetu egiten dituzu. Parasito deitzen badiezu, gizagabetu egiten dituzu. Gaitz edo izurrite edo inbaditzaile edo bazter-kutsatzaile deitzen badiezu, gizagabetu egiten dituzu. Gizakiak gizagabetzen dituzun unean bertan, opresioaren, diskriminazioaren, eta, azken batean, biolentziaren eta hilketaren bidea ari zara prestatzen. Hizkuntza kutsatuz, hitzak gizagabetuz hasten da krimen hori ere. Hortaz, nik hizkuntza zaintzen dut. Hori egiten dut. Idazle bakoitzak bere egitekoa definitu behar du. Nik neure buruaz baizik ezin dut hitz egin, eta hori ere, egun onetan bakarrik.

*Hizketan jarraitzen dute pixka batean, beste hitz batzuk trukutzen dituzte, eta solas gogo-pizgarri bati amaiera ematen diote.*

Medellín, 2015eko irailaren 15a

Fernando Aramburu adiskidea:

Ez dakit nor zaren, baina barrukotasunez tratatuko zaitut. Erraz egin nezake bilaketa bat Googlen, Facebooken, Twitterren, eta zutaz gauza asko ikasi. Ez dut halakorik egingo oraingoz. Bi emakumek, Palomak eta Ruthek, esan didate idazlea zarela, hau da, lankide bat. Esan didate orobat Tusquetsek –argitaletxe ona– argitaratu dizkizun liburu batzuk bidaliko dizkidatela. Horien zain nago. Bitartean, euskal abizeneko mamu bati idazten diot, eta izen ederreko proiektu bati ekiten: *Txekhov vs Shakespeare*.

Aramburu abizeneko neska baten laguna izan nintzen; euskal abizenak eta RH negatiboa ohikoak dira hemen Antioquía-n. Nire odola A tipokoa da, eta RH+ daukat. Zuk? Has gaitzke hatz-marka moduko horretatik. Bitxia da: batzuetan batek ezin die odolik eman seme-alabei, eta ezezagun arrotz batek, Afrikan edo Euskal Herrian, bai. Demagun nire semea O- tipokoa dela eta zu ere bai. Hala baltz, nik ezin salba niezaiokie bizia hemorragia larri bat edukiz gero, baina beharbada zuk bai, edo zure familiako baten batek, zure urrutiko lurralde horretan. Batzuetan, odola dela bide, hurbilen daude urrunen daudenak.

Uste dut horretan datzala Donostiatik proposatu diguten ariketa hau: odolean. Shakespeareren antzezlanen amaieran odolez beterik geratzen diren agertokiak, eta Txekhoven antzezlanen amaieran, berriez, zalantzaz beterik.

Duela ia urtebete Berlinen bizi nintzen, zu orain bizi zaren lekutik hurbil. “Indarkeria eta literatura”ri buruzko ikastaro bat ematen ari nintzen Freie Universität-en. Indarkeriazko eleberriak irakurtzen genituen, hala nola Gabriel García Márquezen *Heriotza iragarritako baten kronika* edo Coetzeeren *Lotsaizuna*. Kolonbiararren eleberrian, oso Shakespeareren estilokoa, kalea odolez beterik dago amaieran. Coetzeerenean, bada sexu- eta arraza-indarkeria lasgarri bat.

Ikastaroak iraun bitartean –seihileko bat–, eleberri bat idatzi nuen egun libreetan, eta eleberri horretarako Txekhoven antzezlan bat irakurri nuen, *Vishniovy sad* [Gereziondoen lorategia]. Nire eleberriko gaia landa-eremuko etxalde bat zen, galzorian zegoena. Garaitsu hartan, Shakespeareren lanik handiena datekeen *Hamleten* antzeppen bat ikusi nuen, Brechten antzoki zahar ederrean, Berliner Ensemble-n. Gogoko dut antzerkia irakurtzea, baina gorroto diot antzokira joateari. *Hamlet* horretan, benetako odola erabiltzen zuten, benetako erraiak, eta Hamletek eskuan benetako garun bat, animalia batena-edo, zeukala errezitatzen zuen bere bakarrizketa (“Ser o no ser, de eso se trata”, Tomás Segovia-ren gaztelaniazko itzulpen berraren arabera). Ez dut gogoko antzerki interaktiboa, eta aktore horrek berorrek benetako bihotz taupakari bat –txerri batena-edo izango ahal zen– ibili zuen hara-hona, nire aurpegiaren aurrean.

Ez dut gogoko indarkeria, gorroto diot odolari. Hala ere, aitak Medellíngo gorputegira eraman ninduen behin: uste zuen odola, erraiak, hildakoak ezagutu behar nituela. Hesteak, hezurak, zauriak ikusi nituen; ikusi nuen nola zerratzen zuten burezur bat eta agertzen zen burmuin bat. Zorabiatu egin nintzen. Handik urte batzuetara, aitaren odola ukitu behar izan nuen atzamarrekin. Hori guztia ez da ona. Nahi nuke nire seme-alabek nire odola inoiz ikusi behar ez izatea. Eta halere odolez eginak gaude. Ezinbestekoa da. Ez naiz katolikoa, eta aldi berean, Croce-k zioenez, “non possiamo non

dirici cristiani”, ezinezkoa zaigu, kultura dela-eta, kristau ez izatea. Eta Jesusek bere odola isuri zuen “gizon-emakumeak salbatzeko”. Nik nahiago nuke odolik gabeko salbamenik balego. Beharbada horixe ikasi behar izan dute euskaldunek, eta ikasi behar dugu kolonbiarrok: historia ez dela aldatzen odola isuriz: norberarena edo besterena.

Uste dut horrenbestez zenbait gai ekarri dizkizudala. Alemania baketsuan zaude, zeina duela 70 urte hilkontza hutsa baitzen. Beharbada 70 urteok erakusten dute gizakiok izugarrikeriatik atera eta zentzu onez jokatzeko saia gaitzkeela. Har dezakegula, Borgesek zioenez, “zentzudunak izateko erabaki bitxia”. Lor al daiteke gizateria zentzuduna izatea? Nik uste bai Shakespearek bai Txekhovek, gure zentzugabekeria ikusirik, bide bat iradoki nahi digutela akordiorako, bihotzezko hitzarmenatarako.

Lieber Freund, adiskide berri hori, doakizula nire diosala Deutschland maite horretaraino.

Héctor

Hannover, 2015eko irailaren 18a

Héctor estimatua:

*TxeKhov versus Shakespeare* egitasmo honetan parte hartzeari baiezkoa eman nion atsegin berberaz onartzen dut zuk eskuzabalta-sunez eskainitako barrukotasuna. Zeharo poztu nintzen jakitean prest zeundela nirekin gutun-harremana izateko. Nire literatura kamutsarekin zuri gertatuaz bestera, nik ezagun nituen zure zenbait liburu, bereziki *El olvido que seremos*, gure artean merezimendu osoz ospea eman zizun lana. Tamaina ezbairik gabe apalago batean, sarritan liburu bakarreko idazletzat hartua izan naiz, eta ez, nire aburuz, literatura-kontuak direla-eta, ezpada liburu horren edukiak behiala izandako gaurkotasun, esan dezagun, politikoagatik. Ez dakit egoera berean zauden. Nolanahi dela ere, neure buruari debekatu diot jendaurrean erostaka aritzea. Badakit gure inguruan gertakari milatan larriago eta mingarriagoak izaten direla, iritzi-emaile batek nire idatziez esan litzakeenak baino.

Ohartu naiz odol talde berekoak garela. Aitor dizut odolaren kontua, abizenak, jatorria eta herri bateko ustezko kidetza ez zaizkidala sekula askorik axola izan. Ez dut halakoetara jotzeko ohiturarik munduaren taxua eta munduko biztanleena irudikatzeko, eta hainbat gutxiago norbanako gisa neure burua definitzeko. Ez zaizkit harrotzekoak zoriaren apetak, hainbat gutxiago halakoek norberaren aburua baztertzea badakarte tribuaren pregoilariena hartzeko.



Behin eta berriro ikusi dut hezkuntza-maila eskaseko herritarrek taldearen hurbiltasunaren premia handiena daukatela pertsona gisa osoak izateko.

Nire sorlekuan, adiskide, ehunka krimen obratu dira sineste kolektiboen izenean. Inor ez da jaiotzaz nazionalista, katoliko edo poeta. Aise sar dakizkioke ume bati kaskoan pentsatzeko manera jakin batzuk, etxetik, eskolatik, kaletik. Umeak iragana du ments, eta, beraz, eskarmentua eta oroitzapenak. Haren gogamena helduen borondatearen mende dagoen orri zuri bat da. Umeak entzundako guztia sinesten du, eta gero, nola bestela, horren arabera jokutzen. Gure artean, arruntean, doktrinatu izan dira adingabeak ustekizun batzuetan, doktrinatu ere erru-sentimendua indargabeturik hazteko eran. Ordainetan, tribuak onartu egiten ditu bere barruan. Halakoxea da sineste kolektiboen jaidura: kausa baten inguruan jarraitzaile itsuak biltzea. Tamalgarria da ikustea nire aberkideen artean zeinen gutxik pentsatzen duen bere gisara.

Ongi pentsaturik, eta bizipenaren gordinkeria gorabehera, zure aita zenaren burutazioa ez zen txarra izan egun batez Medellíngo gorputegira eraman zintuenean. Ez dakit zer sentitu zenuen giza haragi zirtzikatu hura guztia ikustean. Gogora datozkit, ordea, terrorista horiek, presondegiko bakardadea behar izan zutenak egindako kaltearen tamainaz ohartzeko; gauza itxura batean hain ageriko horretaz ohartzeko, alegia, tiroen jomugaren atzean bazela gizon konkretu bat, beharbada seme-alabak zituena, eta aitaren hilketak babesik gabe utzi zituela ekonomikoki nahiz emozionalki; gizon horrek, horratik, bizitza pribatu bat zuela, eta zaletasun batzuk eta usadio batzuk eta esperantza batzuk. Besterenganako enpatiarik ezean ezinezkoa iruditzen zait pertsonen arteko harmoniazko bizikidetzeta.

Erljio katolikoaren bi printzipio moral egin nituen neure, erlijio horretan hezi baininduten zuk bezala hura alboratu aurretik.

Batak galarazten dit besteren zoriarekin inola ere atsekabetzea. Besteak aurreko paragrafoan aipaturiko enpatiarekin du zerikusia, edo, nahiago baduzu, errukiarekin, hau da, besteren mina norberarena baltiz bezala hartzearekin eta hura arintzen saiatzearekin, besterik ez bada ere elkartasunaren eta kontsolamenduaren bidetik. Ni oso goizik agertu nintzen, batez ere idazle naizen aldetik, terrorismoaren biktimen alde. Berdin, haiek eskuinekoak edo ezkerrekoak izan, poliziak edo okinak, altuak edo txikiak. Haien zoritxarreko amaierak, haien bizipen osoak, hasierako mehatxu posiblean hasi eta krimen bururatuaren buka, askoz gehiago hunkiarazi naute biktimarioaren zuribideek baino.

Gogoan dut *El olvido que seremoseko* orrialde batzuetan idatzi zenuela liburua min baten lekukotza zela. Halako adierazpenak irakurtzen ditudan bakoitzean, ez bat ez bi, fidatu egiten naiz idazlearekin. Jabetzen naiz zerbait pertsonala partekatu nahi duela irakurleekin, eta ez dogma xorta baten bikaintasunaz edo beharraz inor gogatzan saiatu temati. Iruditzen zait erdiz erdi zuzen daudela uste dutenak minarekiko elkartasunak konplexuago eta sentiberago bihurtzen gaituela, eta areago hobeak egiten gaituela, esperientzia horrek balio positiboetan trebatzera gonbidatzen gaituen heinean. Esate baterako, ontasunean, afektuan, neurritasunean, edo Jorge Luis Borgesek “Los justos” poemari aipaturiko hartan, alegia, bestek arrazoi izatea nahiago izatearen dotorezian.

Alemaniatik jartzen ari naiz lerro hauek zuretzat, duela hogeita hamar urte bizileku hautatutako herrialdetik. Tira, esan dezagun neuk egin nuela hautua, baina gero itxaron egin behar izan nuela Alemaniak abegi egin arte. Gaztaroan, txantxetan esan ohi nuen ez daukadala zuhaitz-bokaziorik; zuhaitzak, jakina denez, jatorrizko hazia hozitu zen leku berean ematen du bizialdi osoa. Neure erabakiz, libre nago lurrarekiko eta odolarekiko atxikimendu neurritz

gaindikotik. Aspalditik bakea ematen didate nostalgiaren mamuek. Atzetua al naiz? Ezta hurrik eman ere. Kontua da saiatzen naizela nire bizitzaren gobernuaz ni neu arduratzen, oinordetzan hartutako nor-tasun-ezaugarrien esku utzi beharrean.

Besarkada estu bat hartzazu.

Fernando

Medellín, 2015eko azaroaren 18a

Fernando estimatua:

Badira ia bi hilabete zure gutuna jaso nuela, estreina, gure proiektuaren abiaburukoa. Ez da erraza hariari berriro heltzea hainbeste denbora pasatu ondoren, eta barkadazu otoi isilaldi luze hau. Ez da interes faltagatik izan, nahi baino gehiago bidaiatu behar izan dudalako baizik: Donemiliaga Kukula, Amsterdam, Mexiko Hiria, Barichara (Kolonbiako herri bat) eta Washington. Hemezortzi urtetan, gure herrialde tropikaletik artean irten gabea nintzelarik, bidaiaz beteriko bizitza batekin egiten nuen amets. Izeba batek jakituria handiz zioenez, Jainkoak gizakiak zigortu nahi dituenan men egiten die haien eskariei.

Halere, ni ere ez naiz erostaka hasiko jendaurrean, eta hainbat gutxiago atsegingarriak diruditen –eta tarteka hala diren– kontuengatik. Gure (gu bion) aurreko gutun bietan zirriborraturiko hizpideak agerraldi konkretu eta lazgarri bat izan du errealtatean asteen, ostiralean: Parisko atentatuak, islamiar fanatikoek obratuak. Halako gertakarien aurrean, ni lehenik txunditzen naiz, gero amorratzen, hurrena urrikaltzen, etsitzerainokoan. Egun batzuen buruan saiatzen naiz gogoeta egiten: zein da aukerarik onena hilkintza zentzugabe horri buru egiteko?

Gobernu eta estatuek, noski, egin beharra daukate egiten duten hori: poliziaren bidez erantzun, errudunak bilatu, errepresio-neurriak eta ekintza militarrek baliatu, eta inteligentzian aritu. Zu eta ni beza-

lako jende moduak –idazle publikoak biok– zer egin behar dugu, ordea? Uste dut gure eginbeharra dela ideiak pentsatu eta proposatzea munduan (gure hurbileko munduan, zurean European eta nirean Kolonbian) halako pasadizo gero eta gutxiago izan daitezen.

Parisko atentatuez baliatu dira, hain zuzen, Kolonbiako bake-prozesuaren aurkakoak, konparantzak eta ironiak egiteko aitzakia gisa. Diote, esaterako, gure negoziatzaileek Siriako edo Irakeko jihatistengana jo behar luketela hitz egitera. Hollanderi aholku eman behar lioketela fanatikoak “baretzeko”. Pentsatzekoa da gatazka guztietako, gerra guztietako tarteren batean ezinezkoa dela hitz egitea: aurrena, beti, besteari dagokion ordaina ematea da. Eta dagokion ordaina ematea da *tit-for-tat* estrategiari jarraitzea. Nire odola isurtzen baduzu, nik zurea isuriko dut. Ni harako kristau-printzipio haren aldekoa naiz, beste masaila eskaintzekoa masailan jotzen bazaituzte. Ez dago, baina, beste bularrik eskaintzerik labanaz edo balaz jotzen bazaituzte. Frantziako polizia zenbait terrorista hil edo atzeman ditu. Haren eginbeharra da. Eta Frantziaren hegazkin militarrek Elren posizioak bonbardatu dituzte Sirian. Han, seguruenik, militante armatuen ondoan zibilak ere eroriko ziren, gerran ari ez diren adineko, emakume eta haurrak. Estatu arauzkoei ez zaie terrorista esaten, baina estatuak terrore-dosi batekin erantzun ohi diote terrorismoari. Izugarria da, baina hala izaten da. Kolonbiako estatuak, FARC gerri-llaren kanpalekuak bonbardatzeko agindu zuenean ere, errugabeak ere hilko zituen, segurutik: jaki-hornitzaileak, edo baita bahituak ere, alde batekoen eta bestekoen biktimak. Indarkeriaren tragedia da. Milimetrora doitutako gerra nahi genuke, mikroskopikoa, zeinean etsaiaren gudulariak soilik hilko bailirateke, baina halakorik ez da ia inoiz gertatzen, nik uste. Eta, gerraren logika beti hain negargarria denez, elkarrizketak (hots, politikak) hartu behar du gerraren lekua, goiz edo berandu. Hamarraldi batzuen buruan, Erresuma Batuak Begin terrorista onartu zuen solaskide gisa. Israelek eta Estatu Batuek

Arafat, ingelesak IRAko terroristekin mintzatu ziren, Espainiako gobernu euskal terroristen eledunekin elkartu zen sekretuan, eta Kolonbiako gobernu FARCeko terroristekin. Nire iritzian, ia ezinezkoa da etsaia zeharo suntsitzea, batez ere horretan dihardutenak gobernu demokratiko baten ordezkariak badira. Gure kontzientzia moralak dagoeneko ez du onartzen, zorionez, etsaia erraustea, haren hiriak, haurrak, ahaideak, dena txikitzea. Estatu Islamikoarekin ere, halako batean, hitz egin eta nolako edo halako akordio batera iritsiko da, musulman moderatuak direla bitarte.

Kolonbian, hainbeste odol isuri ondoren, une horretantxe gaude; alegia, gaur asteartean, atentatuak gertatu eta lau egunera, Frantzian bizi duten une horretatik oso urrun. Euskal herrietan ere gatazka mehetuz doa, eta terroristak ohartu dira hori ez dela bidea. Horri esker gaurko munduan, izugarrikeriak izugarrikeria, ez dugu atzoko munduan bezainbeste bortizkeria.

Tira, bada, Fernando, gehiegi idatzi dizut bortizkeriaz, eta hizpide horrek politikara eramaten gaitu ezinbestean. Gure gutunetan aipatutako beste hizpide batzuk ekarri nahi nituzke. Asko gustatu zait aipatzen duzularik ez garela zuhaitzak: munduan barrena ibiltzen gara, eta gusturen gauden lekuan laketzen gara. Ni, nola edo hala, landare europar bat naiz tropikora aldatua, hemengo barietateekin gurutzatu dena. Egiaz, denok gara mestizoak, edo ia denok. Ohiko koktel genetiko espainiarra izaten da: mediterranea, iparreko europarra, hego-ekialdeko asiarra. Eta enbor afrikar batetik gatoz denok, zeinak zuhaitza baino transhumante izan nahiago izan baitzuen. Amerikarrak etorkinen iloba edo hereniloba gara.

Ni ere ez naiz zuhaitza izan. Urtebete baino gehiago eman ditut oso bestelakoak diren hirietan: Mexikon, Turinen, Milanen, Veronan, Madrilen, Bostonen eta Berlinen. Gero Medellínara itzultzen nintzen uso mezulari bat bezala. Uste dut zurekin ados nagoela, jatorriak ez dakarrela holako edo halako paturik. Nomadak gara,

gizakiok, eta zuhaitzak ere bagara, aldika. Hala ere, ezin ukatuko duzu kontu batzuk aldagaitzak direla ume-burmuina edukitzeari utziz geroztik (umeez, gutunean ondo zenioenez, dena barneratzen eta sinesten baitute): hizkuntza, oroz gain, eta halako atxikimendu bat paisaia batekin, zenbait jakirekin, tenperatura batekin. Urte berriaren erdia Herbehereetan emango dut, eta niretzat kezkarriena, kanbiamendua atsegin dudan arren, klima eta hizkuntza dira. Orobat beldur naiz ama hilko ote zaigun kanpoan nagoela.

Uste dut nire beldurrak oso arrunt eta ulertzekoak direla. Oso apalak. Duela gutxi Agota Kristof-en eleberri labur bat irakurri nuen, *La analfabeta*, non idazleak hungariar iheslari gisa Suitzan bizi izandakoak aletzen baitzituen. Fabrika batean aritu zen lanean, eta nahikoa irabazten zuen jateko eta ondo bizitzeko, Hungarian baino hobeto. Hizkuntza galdu zuen, baina: analfabetoa zen. Ovidiok, Dantek, espainiar errepublikanoek, milaka txiletar eta kolonbiarrek jo behar izan zuten erbestera. Nik, zuk bezala, hastio diot nostalgiari, herri-minari, eta beti patxadan egon nahi izan dut edozein lekutan. Atzerritarra izateak badu bere xarma. Nik askoz hobeto idazten dut kanpoan nire herrialdean baino; beharbada, kanpoan nire hizkuntza, espainiera, begietatik, sudurretatik eta ahotik ateratzen zaidalako (beharrietatik sartzeari uzten baitio).

Erbestea, konfinamendua, deserria... gobernuek ezarritako zigorrak ziren. Bat, alde egiten duenean, babesik gabe egoten da, neurri batean, aldi batez. Geure borondatez alde egiten dugunok ere egokitu beharra izaten dugu. Zuhaikekak sustrai batzuk egiten ditu, oso mengelak izanda ere. Pertsonak aterpe bat behar izaten du, etxe bat, ogia gaziegi saltzen ez duen okindegi bat (Dante). Noski, ez da gauza bera Aljerren preso egotea (Cervantes) eta Parisen edo Londresen bizitokia edukitzea (Cortázar, Conrad). Espainiako errepublikanoei Ameriketako herrialdeek gauza bat eskaintzen zieten, gutxienik: hizkuntza bat bera. Ni patxada handiagoz bizi naiz Espainian

Alemanian baino. Tira, bistakoa da esaten ari naizen guztia, eta beharbada zuk, hain zuzen, bistakoaren kontra bizi nahi izan duzu.

Italiako erbestera jo nuenean, italiartu nahi izan nuen: higuin nion Kolonbiari, eta nire “herrialde kakatsua” ahaztu nahi nuen (halaxe esaten nion). Ia ahoskera arrotzik gabe mintzatzen nintzen italieraz, eta zuzen idazten nuen. Komeriak hasi ziren eleberri bat italieraz idatzi nahi izan nuenean. Italiarra izan nahi nuen, baina baita idazlea ere. Zerbait falta nuen, sakonena, barnekoena: umezaroko hizkuntza, nerabezarokoa. Nire italiara zuzena zen, baina belaxka, antzinako zein sakoneko oihartzunik gabea. Eta zerbait okerragoa gertatu zen: hasi nintzen espainiera atzentzen. Italianismoak erreskadan ateratzen zitzaizkidan hizkuntzen arteko hurbiltasunagatik. Uste dut horrexegatik itzuli nintzela nire “herrialde kakatsu” honetara eta horrexegatik ari naizela hemendik, hain kakatsua izan ez dadin aha-legendetan.

Uste du Shakespeare, hartaz gutxi dakigun arren, ez zela inoiz bidaiari ibili. Bere irakurgetan bidaiari eraman zuten Italiara eta Danimarkara. Lehen zailagoa zen bidaiatzea. Zu espainiar bat, euskaldun bat zara Alemanian. Hitz egingo al didazu, pixka batean, beste paisaia, beste hizkuntza, beste lurralde batean bizitzeko kontuez? Beharbada zerbait idatziko zenuen horretaz libururen batean.

Bide batez, proiektuaren antolatzaileei nire kexua helarazi nahi diet: ez zaizkit iritsi zure liburuak!

Besarkada bat.

Héctor



Hannover, 2015eko azaroaren 22a

Héctor estimatua:

Pozten naiz berriz heldu diogulako gutun bidezko solas honi. Besteak beste, horregatik ez zait gustatzen bidaiatzea, idazmahaitik urruntzen naizelako eta, hala, laneko martxa hausten delako. Denborarekin eta teknologia berriei esker, nolako edo halako trebetasuna lortu dut nonahi idazteko, aireportuetan, hegazkinetan, trenetan, hoteletan eta, egia esatera, musikarik gabeko edozein lekutan. Musikarik gabe, ezin baitut hortxe aditu kasurik egin gabe. Jendetzaren berbotsek eta trafikoaren zaratek, ordea, ez didate adia galarazten.

Oso bestelakoa da, plaxenta, norberak gutxi ezagutzen dituen edo batere ezagutzen ez dituen lekuetan egotea, edo zeregin atseginen baterako joatea leku horretara. Zer esanik ez, adiskide eta ahai-deekin elkartzeko aukera ematen duten leku maitagarriak badira. Onar dezadan, joan-etorrien berezko trabek gogaitzen nautelako ez dut bidaiatzen maizago. Saiatzen naiz traba horiek ahal den neurrian gutxitzen, idazmahaiaren ordeztan ordenagailu txiki bat eramanez eta orobat, antzinatek ohi den bezala, bakarrizketen bidez (ez derrigor ozenki) nire baitara bilduz.

Tarteka-marteka, batez ere baso bat ardo lagun badut, neure buruarekin solastatzen naizenetan, gogoeta batzuk etortzen zaizkit, zeinak, graziaz formulaturik (horregatik da aproposa ardoaren bi-tartekotza), aforismo bihurtzen baitira. Apuntatu egiten ditut; aldi batez edozein poltsikotan eramaten ditut, haietaz oroitzen naizenean

berrikusi ere bai, eta, hainbeste egunen buruan ontzat jotzen badi-  
tut, nire bildumari gehitzen dizkiot, zeina, urteak joan urteak eto-  
rri, hazita baitago.

Azkenetako batek honela dio: “Etxetik urrun bizitzera joana, bi-  
daiatu beharrik ez izateko”. Bistan denez, ateraldi xelegre bat da.  
Nahiz badiren hiru hamarraldi, maleta batean nire puska bakan eta  
apalak sarturik, tren batera igo eta sorlekutik alde egin nuela, bene-  
tan etxezuloa naiz, diziplinatua, errutinaren zinezko maitalea, eta ger-  
takari biografiko urrikoa nik hala nahi izanda.

Bakardadetik idazten dut, beraz. Bakardade horretatik ez da se-  
gitu behar munduari ezinikusirik diodanik, edo jendeari, edo ezeri.  
Ikuspegi bat baizik ez da, nire uste apalean fenomenoak ulertzeko la-  
gungarri dena; bakardadea bizi-dimentsio bat da, sosegura bultzatzen  
gaituena, pentsamendu gogoetatura, zeina gerora beste batzuekin ere  
parteka baitaiteke baldin eta gai bagara gure asmamenaren sorkariei  
testu-tankera egokia emateko.

Ageriko plazan hitza ahalik eta fribolitaterik eta axalkeriarik  
txikienarekin hartu eta, César Vallejok bezala, edozein egoeratan gi-  
zaki deritzon kreatura errukarri eta babesgabe horren alde idatzi. Ho-  
rra nola has nintekeen egokiro erantzuten zure aurreko gutuneko gal-  
derari, Pariseko hilkontza gertatu berriaz galdetu zenuelarik: “Zer egin  
behar dugu, ordea?”.

Oraindik ere oso zabaldua dago, idazle klase jakin batekoen ar-  
tean, gizarte artikulua, poema edo eleberrien bidez hobetzeko as-  
moa, antzina batean bezala, uste nagusia zelarik intelektuala mun-  
duko justiziaren eta giza masen arteko bitarteko moduko bat zela.  
Ez da hala, baina: masen bizialdia laburra da, eta, gainera, ez dute  
irakurtzen. Irakurri, batzuetan, kopuru nabarmenetan (batik bat li-  
teratura komertziala), gizabanakoek irakurtzen dute, bakoitzak bere  
esparru pribatuan, multzorik osatu gabe edo irakurtzean beren ar-  
tean komunikatu gabe.

Denborarekin argitu zen halako jarrera itxuraz engaiatuek narzismoa eta urguilukeria zeuzkatela, neurritz gaindi, ifrentzuan. Batzuk, nire herrialdean, ganbarara igo dira aitonaren megafonoaren bila, krisialdi ekonomikoko egunotan. Badirudi batzuk sinetsirik daudela martxan ari den jendalde baten buru eta gidari direla eta, noski, jende hori prest dagoela haien liburuak irakurtzeko eta txalotzeko. Nik nahiago dut, esker onez apal, gizaki bakartien hitz zintzoei eutsi, huts egiten duten arren, ñabarduren eta zalantzen artean kostata aurrera egiten duten arren.

Beste intelektual batzuk, izenen bat eman behar-eta, hutsalke-rien erakustaldi ahalkegabeen hasi ziren, telebistako albistegiek Parisko hilkintzaren lehenbiziko irudiak eskaini bezain laster, beste inork baino lehenago iritzia ematera obligatuak balira bezala. Madrildo atentatuak ere, 2004ko martxokoak, zelula jihadistek egin zituzten, eta lehengo egunean Frantziako hiriburuan baino hildako gehiago utzi ere bai. Hala eta ere, gertakariak orain artekoan oso oihartzun apala izan du espainiar literaturagileen aldetik. Izango al da egia, batzuek diotenez, ahazteko berezko jaidura dugula? “Gogoratzen ez den oro –idatzi zenuen *Traiciones de la memoria*– betiko galdua da”. Nik uste, zorigaitzez, ahaztura beti nagusitzen dela; baina horrek, bestalde, ez gaitu behartzen haren laguntzaile izatera.

Nitaz den bezainbatean, galeraren ausikia gaztaroan larriagotu zitzaidan, atzerritarra izateagatik. Biziaren erdia baino gehiago eman dut atzerrian, Espainia Europar Batasunaren barruan egoteak ezin konta ahala abantaila ematen dizkidan arren. Hala eta guztiz ere, oraindik ere inurri beltzen arteko inurri gorria, edo alderantziz, izatearen ausikia sumatzen dut, Alemaniako paisaietan aldi baterako barenengo bezala, hemengoek nirekin beti adeitsu jokatu duten arren. Egoera horrek esplikatzeko du hein handi batean zergatik den sor-tzailea nire bakardadea.

Idazteko baliatzen ez dudan hizkuntza bat erabiltzen dute nire inguruan. Batzuetan, apaltasun faltazko haize batek jota, iruditzen zait Jorge Luis Borgesek niretzat idatzi zuela bertso-lerro ospetsu hura: “Nire patua gaztelania da”. Ezin dut beste hizkuntza batean idatzi. Idatziz jardun nezake, bai, beharbada akatsik gabe, alemanez. Gitarra bat eskularruekin jotzearen pareko litzateke. Ustez, hala ulertu dut, antzeko zerbait gertatu zitzaizun Italian. Niri, bizileku finkoa hogeita hamar urtez Alemanian edukitzeak ez dit balio izan Goetheren eta Thomas Mann-en hizkuntzaren senaz jabetzeko, eta ez nuke inola ere haien oroimena lohitu nahi idazteko handinahi hutsalekin. Egia da sekula ez didatela galarazi sorterrira itzultzea, eta, horrenbestez, ez dudala hartu behar izan amarena ez zen hizkuntzarik, Nabokov-ek, Milan Kundera-k eta beste erbesteratu askok, berezko irakurleekiko loturak oro etenik, egin behar izan zuten bezala. Sorterrira noiznahi itzuli ahalko nintzela jakiteak azkenean nostalgiaren zama garratza kendu zidan. Geroago Internet asmatu zen, eta orain pentsatu ere ez dut egiten urrun nagoenik.

Gaur ez dizut adio esan nahi nire arrangura agertu gabe ez duzulako nire libururik jaso. Gutxi galduko duzu nire literatura kamutsa ez ezagututa, baina egia da, bestetik, haietan aurrekariren batzuk aurkituko zenituzkeela gutun-truke honetako beste solaskideaz. Zure liburuek, suertez, banaketa ona dute Espainian, eta haietako batzuek habia egin dute nire liburutegian.

Hartzazu zure besarkadaren ordain bihotzezkoa.

Fernando

Wassena, 2016ko martxoaren 7a

Fernando maitea:

Barka eske hasi beharrean nago hain luze isilik egoteagatik. Paragrafo oso hau alferrik gal nezake desenkusaz eta xehetasunez esplikazioak ematen, baina nahiago dut zure barkaberatasunaz eta irudimenaz baliatu. Hilabete pasatxo bada Herbehereetan nagoela –ekain amaiera arte egongo naiz hemen–, eta zuri idazten segitzeko nire asmo tinkoaren erakusgarri, paper hau, luma hau eta tinta hau ekarri ditut Kolonbiatik. Zurekin baizik ez ditut erabiltzen, antzinako gutun-harremanetarako halako tirria bitxi bategatik, halako komunikazioa gaur egungo posta elektronikoa baino sendoagoa balitz bezala; ohartu naiz, ordea, mengelagoa dela, zailagoa delako eta bizitzako eta aroko gorabeheren mendekoagoa. Beharrezko dira oso aldarte berezia eta oso giro lasaia gisa honetan idazteko.

Uste dut alferrik saiatuko nintzatekeela itxurak egiten eta solasaren hariari berriro heltzen. Nirea bezalako ahazmena izanda, hila-betetan isilik egonez gero, berritik hasten da dena. Beraz, nahiago dut kexuka hasi: zure argitaletxeak oraindik ez dit zure liburu bat bera ere bidali. Beraz, iruditzen zait itsumandoka ari natzaizula. Zutaz zure gutunak baino ez ditut ezagutzen –ederrak eta ongi arrazoituak–, zeinek, egoerak hartaraturik, beharkizunetik izango baitute zerbait ezinbestez, behartuak diren aldetik, baina ez elezuriak. Zure idazki argitaratuetan ezagutu nahi zintuzket, ordea, zeren ofizio honetan ari garenok hortxe uzten ditugu odola eta arima (barkatu hitz zaharkitu

hori erabiltzeagatik), edo behinik behin nik halakoak uzten ditut, zerbait beharbada ezinezkoa lortzeko ahaleginean: egiatasuna.

Oker ez baldin banago, aurreko gutunetan ere odolaz eta lekuez hitz egin nizun, eta zuk –arrazoi osoz– arrapostu eman zenidan lur-raren eta odolaren nazionalismoen kontra paratuz. Nik uste idazle naizela nire gogo kontraesanez betea konprenitzeko, hura papererazten saiatzeko: iritzi bat agertuaz batera kontrakoa pentsatzen has-ten naiz, eta beti duda-mudan egoten naiz A iritzia neure egin behar dudan, edo hobea den ez-A, edo are hobea B edo C edo Z. Halere, gaur, urrun egonik nire mendietatik, nire odoletik (bakarrik bizi naiz), nire herrialdetik ere urrun, besterik esan nahi dizut: hemen bake handiagoz bizi naizela. Han, gertatzen denarekin inplikatu-egirik idazten dut, eta ia suturik, eta hemen, aldiz, halako distan-zia batetik eta ironiaz begiratu diezaioket denari. Eleberri bat idazten ari naiz, *Erdigunea* izenburua jarriko diodana seguruenik. Eta gaie-tako bat da herri guztien, herrialde guztien sindrome hori: munduaren erdigune izateko ustea. *Omphalos mundi* uste dut deritzola he-rrialdeen egozentrismo horri. Haurtzaroko gaitz bat da, nerabazaroko xoxokeria bat edo irudipen bat: nor bere burua oso inportantetzat edukitzea. Inozokeria bat. Eta halere (hor ezagun da nire arrazoibi-dea, edo arrazoibide eza, nekez bainago ados nire buruarekin) nekez bizi daiteke norberaren, familiaren edo tribuaren bizitzak inportan-teak direlako irudipenik gabe. Harrigarria eta immoral da, baina ge-zurra ez, gehiago axola digula gure hatz txikiko min zorrotz batek Afrikan mila ume gosez hiltzeak baino, edo Txinan lurrikara batean ehun mila lagun hiltzeak baino. Higuingarria bezain erreala da gure zilborrari adi gaudela.

Hemendik, Espainiako, Alemaniako, Kolonbiako, Italiako egunkarien sareko edizioak zabaltzen ditut, eta kalean Herbeheree-tako egunkariak: tokiko politikari adi daude denak. Tokiko egoen arteko istilua da dena. Eta Estatu Batuetan muturreraino eramaten

dute joera hori, hango beisbol- eta saskibaloi-txapelketei “munduko serie” deituz. Baina kasu horretan litekeena da A-ren edo B-ren garaienak planeta osoan eragina izatea. Eta halere berdin jokatzen dugu Euskal Herrian eta Antioquian, euskal herri kolonbiar antzeko horretan, zeinak bere hizkera berezi oso markatua ere baitauka. Balioko al du zerbaitetarako ere ohartzeak egiaz ez garela ezeren erdigunea? Lurra ez dela Unibertsoaren erdigunea, ezta Esne Bidearena ere, zeina galaxia oso (tintontzia bete dut) inportantea baita, eta gizakia ere ez dela kreazioaren erdigunea, eta zu eta biok ez garela gaztelaniatzko literaturaren erdigunea. Pertsonaren heldutasunaren eta gizateriaren heldutasunaren gakoa, menturaz, zera izango da: pixkanaka erdigunetik aldentzea, etengabe apaltasunean, periferian, bazterrekotasunean trebatzea. Nik esan nahi nioke Donald Trump-i: “Hi ez haiz inportantea; gizaki xume hutsal bat haiz, bere ile zuria ere onartzen ez dakiena”. Eta halere, eta halere, eta halere, bizi guztia eman nezake “eta halere” idazten. Kasu horretan nire *halere* hori da gizon xume hutsal hori guztiz galgarria izan litekeela gehien inporta digun horrentzat: munduarentzat, lur osoarentzat, planetarentzat.

Gaur martxoaren 7a da, eta lehen aldiz iruditu zait neguan gaudela: kalea, zuhaitzak, teilatuak, landak elurrez estalirik esnatu dira. Zerua grisa eta astuna da. Orain bizikleta hartuko dut, eta bulegora, NIASera (Netherlands Institute for Advanced Study), joango naiz, haize gorriak sudurra eta bekokia izozturik. Maite dut haize hori, halako haizerik ez baitago tropikoetan –3.000 metrotik gora egin ezik–. Mendialdean daukadan etxolan, hilabeteak dira ez duela euririk egiten; Kolonbiarekin daukadan zilbor-hestea da etxola hori. Eta klima-aldaketa hondagarriko, berotze globalerako nire termometroa. Trumpekin gehien sutu naiz, ez adierazpen xenofobo, misogino edo arrazistak egin dituenean (halakoetan ere bai, noski), bai-zik eta elurra ari zen batean prentsarako deklarazio batzuk egin nahi izan zituenean, zientzialariei eta ekologistei beren muturren aurrean

iseka egiteko. Orduantxe jabetu nintzen pertsonaia hori, Hitler bezain hutsal eta barregarria, oso arriskutsua ere izan zitekeela.

\* \* \*

Herbehereetako herri uroski aspertu batean bizi naiz. Idazteko maitena eta beharrezkoena dauzkat: isiltasuna eta denbora. Berokuntza ona da, eta luma ondo irristatzen da paperaren gainean. Kafea hartzen dut. Fernando Arambururi ari naiz gutun bat idazten eskuz, tinta sepiaz, XIX. mendean edo lehenago bizi naizela irudikatzeke, eta Erasmoren eta Spinozaren lurraldetik gutun hau Lichtenberg-en eta Einstein-en herrialdera iritsiko dela. Saiatzen naiz neure burua ezeren erdigunetzat ez hartzen eta, aldi berean, saiatsen naiz pentsatzen egiten ari naizenak –idazteak– badaukala nolako edo halako zentzurik eta inportantziarik. Ez dut neure buruarentzat idazten. Orain zuretzat ari naiz gutun bat idazten, jakinik beste batzuek ere irakurri ahalko dutela nahi izanez gero. Ez da begi askorentzat izango, ezta oso inportantea ere inorentzat. Beharbada horregatik ideiak bururatu ahala idazten dut, atzera begiratu gabe, zuzendu gabe, lehenik zirriborroa egin eta gero garbira pasatu gabe. Nire neuronetatik nire hartzetara, nire begietan barrena zure begietara iritsi arte. Nire kaligrafia deszifratzeko lanak izango dituzu, nire *lapsus calamiei* ez ikusia egiteko eskuzabaltasuna ere bai. Agian urte honen amaieran, uste-kabekorik gertatu ezean, elkar ikusiko eta besarkatuko dugu Donostian, besarkadak onartzen dituzten horietakoa bazara. Ez gara ezeren erdigune, eta halere nik uste ahaleginak merezi duela.

Askok galdetzen didate zertarako egin liburu gehiago liburuz beteriko mundu honetan eta zertarako ekarri haur gehiago jendez beteriko planeta honetan. Arrazoimenak diosku ez duela merezi. Kontua da gu ez garela izaki arrazionalak. Saiatzen gara arrazionalak izaten, baina ezin. Ez gara izaki arrazionalak, ez kreazioaren erdigune:



ugaztun instintiboak gara oraindik, irrazionalak, eta horregatik guretzat (enetzat) pozgarri da norberaren haurrak edukitzea eta norberaren eskutik ateratako liburu eta gutunak. Ez haurrak altuenak, ederrenak, argienak direlako. Ez liburuak edo gutunak onenak direlako, baizik eta munduaren gure ikuspegiak direlako, gure geneen eta esperientzien isla. Litekeena da hala izatea. Ez dakit seguru, baina adio egingo dizut behin-behineko ondorio hori utzirik.

Berriz ere barkatu, hain luze isilik egoteagatik. Eta hartazu besarkada estu bat zure adiskidegaiaren partetik.

Héctor

Zerua, 2016ko martxoaren 19a

Héctor estimatua:

Arrazoi duzu, zure isilaldi luzeak gutun-harremana berriro has-  
tera behartzen gaitu. Niretzat galera antzeko bat da berritik hasi be-  
har hori. Gure elkarrizketa idatziari neurria hartuta nengoela irudi-  
tzen zitzaidan, eta ideia- eta iritzi-trukea noranzko egituratu batetik  
ari zela. Ahaztua dut non ginen, eta iaz abenduan irakurritako zure  
liburu baten gomuta urrunekoa zait. Ez daukat eskas barkaberatasuna  
zorroan. Nahi beste eskaintzen dizut. Mesedez, zerorrek hartu.

Ez daukat bat egiterik, ordea, nire argialetxeari berriro eginiko  
erantzukiarekin, ez baitauka loturarik egitasmo honekin ezta halako  
betebeharririk ere. Zinez ari natzaizu: Tusquets argialetxe eraginkor  
eta eskuzabala da.

Halere, arranguratzeko bidea zabaldu duzula-eta, ekingo diot nik  
ere, aitortuz neke zaidala zure gutunak eskuizkributan irakurtzea.  
Oraintxe argi gutxirekin idazten ari natzaizu San Juan de Puerto Ri-  
cotik Miamira naraman hegazkin batean (gero beste batean segituko  
dut, Europarakoan); pantaila oso txikiko ordenagailu eramangarri bat  
ibiltzen dut, eta begiei mingarri zaie zure idazkera deszifratzeko  
lana. Orobat ezin dut konturik egin hemeretzigarren gizaldiko testu  
bat irakurtzen ari naizela, zuk hala iradoki arren, argazkitan iristen  
baitzait. Hara, orain sei argazkiri erantzuten ari naiz, zure azken gu-  
tuna erakusten dutenei, eta ezin ditut denak aldi berean bistaratu

pantailan. Oraindik badut esperantza aurrerantzean erruki izango diezula nire betseinei. Har barkaberatasuna, eman errukia.

Zurekin bai bat egiten dut, literatura egia pertsonalerako eremutat daukazunean edo, zuk diozunez, odola eta arima uzteko lekutzat. Izan ere, liburu baten orrietan iruzurgile itxurazale baten eskua sumatu bezain laster bazterrean utzi ohi dut irakurgaia, eta literatura-lan batek oso bakanetan uzten du aztarnarik nigan, edo inoiz ere ez, baldin eta, idazkeraren kalitatearekin batera, adierazlearen nolako edo halako dardar emozionalik ez badauka. Esan beharrik ez dago beste horrenbeste eskatzen diodala neure buruari. Besterik da, dohain faltaz besteren arretaren merezient diren idazkiak kontsumatzerik ez badaukat. Seguruenik betiere gertatzen zait hala; baina, guztiarekin ere, itxurakeria eta gezurra debekatzen dizkiot neure buruari. Alegia, naizen bezalakoxea onartzen dut neure burua, nire mugak, hainbat arlotako nire jakineza, nire iritzi ahul eta alda-korrak.

Orain dela hilabete batzuk, gazte-denborako lagun baten zenbait plagio frogatutzat jo dituzte, duela urte batzuk Espainian hainbat literatura-sari lortzeko baliatu zituenak. Auzi ahalkegarri hori ederki zabaldu zen prentsan eta sare sozialetan, batzuetan garraztasunez, besteetan burlaizez edo sarkasmoz. Lotsatu egin nintzen, nahiz badiren urte asko harremanik ez dudala gizon horrekin; literaturan itxurakeriaz jardun zuen diru-irabaziak lortzeko besteren lanaren bizkar; iruzur egin zuen, gezurra esan, eta etekin materiala aterazien bere azioei. Iruditu zitzaidan biona izandako gaztetako iraganaldi bat lohitzten ari zela, eta orain badela fidatzekoa ez den beste gizon bat munduan.

Ni, adiskidea, egunaren akaberan epaile gupidagabe baten aurrea agertzen naiz: neure begiek aztertzen naute ispilutik. Ezingo nioke neure behakoari eutsi, oraintsu aipatu dudana eta nire ustez izendatu beharrik ez daukan gizon horrek bezala jokatu banu. Guztiz

negargarria behar du izan (ez zait, uroski, halakorik inoiz gertatu) jendaurrean, eta zuzenbidez, hain gaizki iritzia eta epaitua izateak.

Irakurleak, ziur aski, ez dira sekula zeharo jabetuko gutunean aipagai duzun egitasunaz, balio moral horretaz. Ez dago hitzen zintzotasuna neurtzeko gailurik. Kasu, ez dihardut literaturaren bidezko aitortza sakramentalaren alde. Kontua ez da kosta ahala kosta, leher edo zapart egia esatea. Gure testuen hartzaileei tamainan begirune izatea aski da. Nik, gizaki naizen aldetik, zenbatgura aldiz eta egoeratan huts egin dezaket. Denoi gertatzen zaigu, eta niri bereziki sarri. Hala eta guztiz ere, hitza publikoki erabiltzen dudalarik, ezin dut burutik kendu beste batzuentzat langai izango direla nik haientzat idatziak, nahiz eta pertsonalki ezagutu ez; menturaz dirua gastatuko zuten nire liburu bat erosten; tira, ez dute merezi ziria sartzerik. Ez dut, bada, lerro bat bera ere zabalduko, baldin eta ni naizen gizon honen, nire, zuzeneko edo, nahiago izanez gero, egiazko isla ez baldin bada (akastuna, traketsa, ezjakina, zernahi izan naitekeen arren). Nahi gabe huts egitea barkagarri zait; faltsukeria, inondik ere ez.

Ulertzekoa da orain Herbehereetara aldatu zarelarik egokiera hobe izatea Kolonbiako auziei distantzia geografiko nahiz mental batetik begiratzeko, zeinak, ondo diozunez, diskurtso sosegatua eta ironia hauspotzen baititu. Hiru hamarkada baino gehiago dira bizilekua sorlekutik urrun daukadala. Beharbada horregatik ez daukat hartaz suminez edo beroturik idazteko jaidurarik. Internet asmatu aurretik, nire egoeran ez zeukan zentzurik presaka ibiltzeak. Noski, sutu eta mindu egiten naiz hainbeste gertakari negargarrigatik; baina, bakarririk, estranjerian, norberak egin ditzakeen oihuak ez dira auzoko zuhaitzetako txorien txorrotxioak baino garrantzitsuagoak edo eragingarriagoak.

Duela urte batzuk, luze jotzen zuen nire testu bat egunkarira, aldizkarira edo moldiztegira iristeak. Egoera hori, kaltegarritzat har litekeen arren, hasieratik bertatik gogoetarako ezin baliagarriagoa

izan zen. Batekoek eta bestekoek zer dioten patxadaz aztertzeko modua ere ematen du, eta ikuspegi orohartzaile panoramiko bat eskaintzen, zeina hor behean, plazaren erdian, garrasika borrokan ari diren horiek maiz falta izaten baitute. Bada euskal idazle bat, ni larutzen indar gehiegi xahutzen duena eta zer iritzi dudan jakin uste duena, nirekin behin ere hitz egin ez arren; behin esan zuen urrun bizitzeagatik ez neukala Euskal Herrian gertatzen denaren berri. Gajoak ez daki zenbateraino dagoen erraturik. Euria ari duela egiaztatzeko kalera irten eta busti beharrik ez dago. Ez nuke ezergatik ere galduko lorturiko baretasuna. Bizitza, adiskidea, hiru-lau egun dira.

Ni ez nago erabat konforme egozentrismoa txarresten duzunean. Nire etxeokoa gizarte-klase apal batekoak ziren. Ez dut uste nire gurasoek (aita, behargina fabrika batean; ama, etxeoandrea) zekitenik ere zer esan nahi zuen *egozentrismo* hitzak. Nahikoa bazuten lan egiten eta seme-alabak aurrera ateratzen eguna betetzeko. Ez zeukaten denborarik edo diru-baliabiderik nia lantzeko. Iruditzen zait diktaduren ezaugarri dela herritarrak indibidualtasunez hustea. Horregatik, bene-benetan uste dut gizabanakoen singularizazioa haien barruko higadura zentripeto bat dela, zeinak, heziketaren eta ezagutzaren bitartez, oinarri bat emango baitie askatasunaz baliatzeke, halakotzat jota nork bere biziari taxua emateko gaitasuna.

Niri ez zait batere axola Miguel de Unamuno gizon ezinago egolatra izatea. Nolatan axola izango zait, ez badut harekin inoiz etxe berean bizi behar izan? Aitzitik, haren egolatria, beraxek onartua eta neurririk gabea, bide izan zuen ontzeko hainbat idazlan go-goangarri, guretzat orain ere probetxugarri direnak. Beethovenen egozentrismo hanpatuaz futitzen naiz, halako musika-piezak idatzi baitzituen.

Gizateriako krimenik handienak pultsio kolektiboetatik etorri ziren. Bestela esanda, abstrakzioen izenean: herria, erlijioa, aberria, langile-klasea, eta abar. Sarri entzun izan dugu ETAko terroristek

herriaren alde ematen zutela beren burua, etxean geratu beharrean beren ongizate egoistaren mesedean, nahiz azken hori denontzat milatan kaltegabeagoa izango zen. Eta zer esan immolatzen den jihadistaz? Ba al da kausa baten izenean nork bere burua hiltzea baino egintza eskuzabalagorik? Ideia bat, kontzeptu bat edo egitasmo kolektibo bat gizabanakoei gailentzen zaienean, tiraniarako bidea zabaltzen da ezinbestean. Pentsa gaur egun zer aukera daukan iparko- rear batek egozentriko izateko. Eta, halere, *nien* kopurua ez da gutxitzen; kontua da faraoiak, buruzagiak, *Führerrak*..., azken batean, holako edo halako liderrak beretzat dauzkala guztiak. Juan Ramón Jiménez poetak uste zuen poesia nork bere nia taxutzeko bidea zela. Bada, ez zuen inortxo ere hil, jokabide eredugarria izan zuen Espainiako gerra zibilean, eta obra estimagarri bat utzi zuen denontzat. Egozentrikoa zen goitik behera. Eta ziurtatzen dizut bertatik bertara ikusiak ditudala zinezko egoistak gizarte-klaseen abolizioaren, berdintasunaren eta halakoen alde mintzatzen, ez gutxitan beren utopian aginteko karguak lortzeko asmotan. Edo Jaunaren aurrean bertiereko leku bat eskuratzekotan.

Gizakia, adiskidea, nahi ala ez, munduaren erdigunean dago arrazoi xoil batengatik: ikuspegi bakarra du den guztiari behatzeko. Ikusgai guztia, bada, beraren inguruan dago. Izan ere, nire iritzian, erdigunean egotea zigor bat da, eta muga ikaragarria, astronomiak kosta ahala kosta paretik kendu nahi diguna. Halaxe berretsi zen espaziotik Lur planetari eginiko lehenbiziko argazkiak zabaldu zirenean. Lehen aldiz geure burua kanpotik ikusteko parada izan genuen. Gertakari hark, gogoan izango duzunez, zirrara handia eragin zuen. Eta filosofoek izan zuten berriro zeregina.

Trump jauna dela eta, berealdiko biguina izaten dut, haren ile larriki orraztua eta solariumeko azal beltzarana telebistako pantailan kirika ageri zaidan bakoitzean. Bihotz-bihotzez galdatzen dizut gure gutunak ez zikintzeko izen horrekin. Hala eta guztiz ere, oker zaude

gizon inportantea ez dela iriztean. Bada, edo izan liteke, zinez eta minenez. Nik bederen ez nuke lasai lo egingo, jakinda manera hezigabeak eta estilo oldarkorra darabiltzan gizon horrek bere ardurapean dauzkala AEBren armategi atomikoak.

Ez nago konforme gizakiaren arrazionaltasuna zalantzan jartzen duzunean. Eta ez nago batere ados baieztapen honekin: “Ez duela merezi haur gehiago ekartzea planeta honetara”. Nik, emazteak eta biok hala nahi izanda, bi alaba ekarri ditut mundu honetara. Nolako aurpegiera jarriko nuke haien aurrean zure esaldia ahoratzean? Interneten ikusmiran, berriki *El Espectador* egunkarirako egin dizuten elkarrizketa bat aurkitu dut. Hara zer-nola galdetzen dizuten eta erantzuten duzun:

*Zer irakatsi dizute seme-alabek?*

*Eredu izan dira pertsona hobea nola izan nintekeen jakiteko.*

*Zer nahi zenuke zure seme-alabek zugandik ikastea?*

*Nire seme-alabek nik baino gehiago dakite. Bakarrik, ez nieke utzi nahi oroitzapen txar bat.*

Ez dakit zergatik, baina nago azken gutuna idatzi zenuen egunean ezkerreko hankarekin jaiki zinela.

Eta besarkadak onartzen dituztenetakoa ote naizen galdetzen duzunez, esan beharrean nago baietz, horietakoa naizela, eta jakizu bitzitan ez dela hori baino atseginagorik niretzat.

Bihoakizu, bada, besarkada estu bat. Hobe, bi.

Fernando

Wassenaar, 2016ko martxoaren 23an

Orain ez dut eskuz idazten inoiz, Fernando maitea, edo besteentzat ez behintzat: oharrak hartzen ditut, neuk ulertzeko moduan. Arrazoi duzu: zuri eskuz idaztea sadikoa da, zitala. Arrazoi estetikoengatik egiten dut (nuen): hain zatarra litzateke, hala iruditzen zitzaidan, mezu elektronikoz osatutako gutun-erakusketa bat. Paperak, kaligrafiak, orain usatzen ez den horrek guztiak, ordea, marko zaharrago bat erants ziezaioketen gutun-truke honi, begiragarriaren mozorroa. Kontuak kontu, amore emango dut. Eta jaramon egingo dizut, gainera, uste dudalako, nire gutunak berriro irakurri gabe ere (ez dakizu zenbateraino aspertzen nauen nik idatzitakoa irakurtzeak), nire kaligrafiaren erruz batzuetan ez duzula konprenitu zer esan nahi nuen. Edo baliteke arreta faltaz okerreko adierazpidea aukeratu izana.

Adibidez: ez naiz haurrak munduratzeari merezi ez duela uste duten horietakoa. Aitzitik, galdetzen didaten guztiei gomendatzen diet haurrak izatea, behin ere zalantza egin gabe, pentsatu gabe, burua nekatu gabe, zeren nire ustez horrek baino ez dio zentzurik ematen biziari, nola edo hala. Badakit halakorik esanda bidegabeari naizela antzuekin edo besterik gabe haurrik izan nahi ez dutenekin, baina, tira, batek tarteka bidegabeari izan beharra dauka. Parekoak dira haurrak izatea eta liburuz beteriko mundu batean liburuak idazten tematzea: ez dira onenak izango, ez buruargienak, ez politenak, ez ondoen idatziak, baina gureak dira, egin ahal izan duguntxoak. Pessoren herrixkako errekararen parekoa da; atsegin du, Tajo bezain



eder eta emaritsua ez izan arren, bere herrixkako erreka izate hutsagatik.

Hara, ongi pentsatuta, badakit gorroto diozula abarkaduntasunari. Badakit orobat arrazoi duzula. Batzuetan, ordea, hain nekagarri zait kosmopolitatasuna, tokikoaren kontrako erdeinua, ezen nire herrixkara itzultzen bainaiz, ez txokokeria bindikatzeko, odolkiak jateko baizik, eta orduan, Góngorak bezala, ez dut esango nire herriko odolkia munduko onena dela. Txarrena balitz ere, berdin dio, ez dut itxurakeriarik egiten, eta jan egiten dut. Ez galdetu zertarako, ez eta zergatik ez dudan Burgoskoa jaten, hobe da eta. Bada, ez nuke nahi odolki posible bakarra Burgoskoa duen mundurik. Badakit, esaterako, ogia arepa baino hobe da. Ogia eta arepak dauzkan mundu bat nahiago dut, ordea.

Bada zerbait berria, oraindik aipatu ez dizudana eskutitz honetan: Ávilan ezagutu zintudan, aurrez prestatu gabe, zuk jakin gabe, anestesiarik gabe, bat-batean. Zure adiskide batek, Juan Martínez de las Rivasek (abizen asko), harresiaren ondoko lorategi ikusgarria erakustean, txingorak aterkia astindu eta zapatak bustitzen zizkidan bitartean, esan zuen Fernando Aramburu izeneko bat zela gaztetako bere adiskiderik onenetako bat. Donostian edo Euskal Herriko beste lekuren batean gauza gogorak egiten zituen mugimendu bateko kide izan zinetela. Eskela-zaparrada bat antolatu zenutela, zuk zeuk, us-tez, hilabetetan ebakitako hil-mezuak erabiliz, eta gero kalean barrena bota zenituztela biko errimadunak bezala. Eta esan zidan, baita ere, zure idazle-bizitzaren hasieran silabak zenbatuz idazten zenituela poemak, uste zenuelako berrikuntzak egin aurretik klasikoa egiteko gai izan behar zenuela. Gero zure argazki bat ikusi nuen, marko batean. Azkenik, Salamancan, zure narrazio-liburu bat erosi nuen, Juanek gehien gomendatu zidana; zure adiskide hori hain da dotorea, ezen ingeles kaparea edo lord alemana baitirudi, baldin eta hori oximoron bat ez bada.

Pentsatuko zenuen zikoitza naizela Tusquetsi kontuak eskatze-agatik zure libururik bidali ez didatela eta. Arrazoi duzu. Egozentrismoz ohitzen hasia naiz argitaratutako liburuak oparitu diezazkidaten, erosi beharrean.

Oraintxe ohartu naiz nirekin ados ez zauden guztietan arrazoia ematen dizudala. Nik beti nahiago izaten dut solaskideak arrazoia izatea. Ez da alferkeriagatik; ezta gatazka saihesteagatik. Errazagoa da, besterik ez, eta esaten dudan guztia ez dator nire uste sendo batetik, une horretako pentsu batetik baizik. Beraz, esaten didatenean ez daudela ados, ez naiz tematzen.

Hegazkin batean idatzi zenuen. Ni errentan hartuta daukadan etxeko jangelan nago eserita, Herbehereetako herri isil, atsegin eta aspergari honetan. Bart, Bruselako atentatuen gauean, semea iritsi zen. Gaur, Hagara joan gara bizikletaz, garagardo bana hartu, eta etxera itzuli gara. Pasta almejekin prestatu dugu biok biotara, italiar erara, eta ardo beltza edan. Gero, datilak intxaurrekin. Amaitzeko, gazta eta porto zuria, izoztua. Ez dakizu zenbat gustatzen zaidan semearekin egotea; beraz, nire esaldi hori, kritikatu zenuena, gaizki ulertuko zenuen ezinbestez. Segur aski beste inoren esanak aipatuko nituen, konforme ez nengoela adierazteko. Edo zerbait gertatuko zen, pentsatzen ez nuena idazteko.

Ikusten duzunez, lehen ez bezala ari naiz gaur: istantean erantzuten dizut, posta jasotakoan, haria ez galtzarren. Erantzuten didazunerako, irakurriak izango ditut zure narrazio batzuk, beharbada liburu osoa, eta hala, zure aurpegiaz gainera, askoz gehiago jakingo dut zutaz, edo zure idatziez. Bide batez: Juanek esan zidan zure emaztea alemana dela; zuk zeuk esanda dakit bi alaba dauzkazula. Jakin dut, halaber, Alemaniari buruzko gida bat egin zenuela, emakume-itxurak eginda, edo halako zerbait. Ekainean joatekoa naiz Alemaniako zenbait hiritara: izango al da horietako bat zurea; hartara, elkar ikusiko dugu, Donostiara baino lehen.

Bazter utziko ditut, beraz, nire papera, nire estilografikoa, nire tinta sepia, Herbeheretaraino ekarri nuen hemeretzigarren mendeko gutungintzaren tresneria osoa. Ohartua naiz hogeituroko kolonbiarrak, non eta ez diren ikastetxe pribatuetara joan, dagoeneko ez direla gauza eskuz idatzitako letra etzana deszifratzeko. Inprenta-letra lokabea irakurtzeko eta harekin idazteko gauza baino ez dira. Egun batez gure mendeko kaligrafia entelegaezina izango da, gaur egun guri Urrezko Mendekoa, kasurako, zulaezina zaigun ginoan. Hortaz, zertarako baliatzeko zure betseinak itotzen dituzten ideograma horiek. Egunen batean, kontu egizu, hemen hain argia dirudien hau (idazkeraz ari naiz) erabat konpreniezina izango zaio mila urte barruko ikusleari.

Fernando, ikusten duzunez, hemen nauzu denean kasu egiten eta beti arrazoiak ematen. Bai aspergarria. Erdigunea izatearen kontua nire eleberrigatik interesatzen zitzaidan. Haatik, horretan ere zuzen zaude: norbera hor dago, leku batean, eta ezinbestekoa da batentzat guztia ingurukoa izatea, norbera erdigunea izatea. Beti norberaren zibilborrari begira egotea; Galileo, Koperniko gaitzestea; ikusi nahi ez izatea gure planeta urdina zerbait ñimiñoa dela galaxia arrunt baten periferian, gure galaxia ez baita handietarikoa ere... Horrek apalago bilakarazi behar gintuzke, baina zuk diozu Beethovenek eta Unamunok beharbada egozentrismoaren beharra izan zutela zerbait garrantzizkoa sortzeko, eta norbera oso pobrea bada, edo tiranoak oso menderaturik badauka, nia desagertzen dela, edo ezkutatu beharra dagoela. Diozu, bada, egoismoa ia askatasunaren dohainetako bat dela. Baliteke. Baina orduan egoismoaren kontrako kritika ere bada gisa horretako dohainetarik.

Dagoeneko asko luzatu da gutuna, barkatu. Inguru-minguru ari naiz, itzuli-mitzulika. Zuzendu eta berrikusi eta birpentsatu ordez, oraintxe bertan bidaliko dut, besarkada estu batekin batera.

Héctor

Hannover, 2016ko apirilaren 24a

Héctor maitea:

Ezinbestez gogora ekarri beharko dut berriro Jorge Luis Borge-  
sen harako bertso-lerro hura, “bestek arrazoi izatea nahiago duena”  
zintzoen artekotzat jotzen duena. Harrotzekoa duzu espezie urri sa-  
mar horretako kide izatea. Irabazia duzu hala, gainera, nire mires-  
pena. Nire ustez, norberaren arrazoi eta iritziak besteri ezartzeari uko  
egitea ontasunaren formarik dotoreenetako bat da. Biok gutunezko  
egitasmo honen bidez estekatu gintuztenetik (gure onespenez, noski),  
zu bertatik bertara ezagutu zaituzten eta azken hilabeteotan batean  
edo bestean gurutzatu ditudan pertsona batek baino gehiagok hitz  
egin didate zutaz, eta denek, erresalburik gabe, zure giza kalitatea go-  
raipatu dute.

Nire aitaren aiurria halakotsua zen. Besteri arrazoi izaten uzte-  
ari *amore ematea* esaten zion fabrikako beharginen hizkera soil har-  
tan. Ez zeukan (lehenaldian ari naiz, hila baita) hitzen bidez besteri  
nagusitzeko inolako afanik. Hala, bada, ez zuen egundo oihu egiten.  
Iritzi-talkaren aurreko istant erdian, imintzio bat egiten zuen beka-  
nekin. Altxatzen zituen, esanez bezala: hara, hain ekina bahaiz, hain  
sinetsirik bahago, heuk ikusi. Luzaroan uste izan nuen gizon ahula  
zela. Baliteke halakoa izatea. Nor ez da? Orain ohartzen naiz ororen  
gainetik gizon abegikorra zela, pertsonen arteko adiskidetasunak  
eta harmoniak zoriontsu egiten zutela. Ez zuen ezagun gorrotoa.

Horrenbestez, aski izan zaizu jadanik ahaztuak ditudan nire lehengo gutuneko zenbait puntutan niri arrazoia ematea neure burua gal-tzailatzat jo dezadan bion arteko ika-mika dialektiko txeratsuan. Nire begiek, halere, beren garaipen optikoa aldarrikatzen dute, eta arrenka eskatzen didate zuri eskerrak emateko gehiago ez bidaltzeagatik zure eskuzko idazkerarekin ihardukitzera.

Nire aita ahotan hartu dudala eta, atrebentzia ez bada, eskatuko nizuke hurrengo gutunean luze jarduteko, egoki deritzozun neurri-raino, zureari buruzko oroitzapenez. Zure irakurle izan garenek zure liburuak (batez ere *El olvido que seremos*, baina baita ere *Traiciones de la memoria*) direla medio dakizkigu xehetasun ez gutxi gizon asasinatu baten seme gisa izaniko bizipenen inguruan. Nola bizi daiteke hori? Nola kontatzen diozu zure semeari? Ba al da arriskurik oroitzapenen gatibu izateko, zauria ixten ez uzteko piko egin eta egin, ala norbera hein batean heriotzaren konplize bihurtzen da bortxaz kenduriko senitartekoa kontuan ez izateagatik familiako solasetan, urtemugetan edo beste inoiz?

Aitor dizut ez zitzaidala kostatu aitaren heriotza barneratzea. Oraindik gomutara etortzen zait mingostasunik gabeko saminez. Berak, biziari probetxua ateratzeko artean bereziki trebea izan ez zen arren, ongi hiltzen jakin zuen. Berez hil zen 88 urte zituela, bere buruaren jabe zela, etxean, konpainian, minik gabe, agoniarik gabe, bat-batean. Inoiz, umea nintzelarik, hilberriren batez entzun nuen esaten “heriotza ederra” izan zuela. Adierazpide hura izugarria iruditzen zitzaidan orduan. Nola izango zen ederra heriotza? Gaur egun iruditzen zait doluminezko hitz haiek, kontsolabide izan nahi zuten arren, xoxoak zirela. Hala eta guztiz ere, onartu beharra daukat nire aitak, zeinak karta-jokoetarako zaletasun handia baitzeukan, ongi jokatu zuela azken altxaldia. Bitxia da: bizi zelarik ez zen ia eredu izan niretzat, baina dirua ere emango nuke bera bezala hiltzeko, adin berean, hain azkar eta hain bare.

Ezagutu ditut halakorik esan ezin lezaketen ETAk hildakoen senitartekoak. Haiengana hurbildu nintzen, liburu-aurkezpenetan, biktimenzako omenaldietan edo noizbehinkako harreman pribatuetan topatu nituelarik. Erabat lotsarren irakurria nuen halako pertsonak bakarrik sentitzen direla. Haietako batzuek zenbait aldiz leporatua zidaten euskal idazleok ez geniela behar beste kasurik egiten. Azken aldiz iaz gertatu zitzaidan, Bilbon. ETAk bonba-auto batekin semea kendua zion ama batek erantzuki egin zidan. Ez niri neuri. Izan ere, terrorismoaren gaiari literaturatik nola hel dakiokkeen, edo heldu behar zaion, azaltzeko nengoen han, Deustuko Unibertsitatean, eta bera eta bere senarra jendaurreko ekitaldi hartan izan ziren. Niri erantzuki egitean, idazleen ordezkari zat hartu ninduen emakumeak. Eskutik heldu nion. Ez zitzaidan besterik bururatu. Batzuetan, askotan, hitzak sobran daude. Jendaurrean adierazita nago literatura-egileok, historialariek, soziologoek edo kazetariek ez bezala, ez dugula neurria eman. Literaturaren plaza asaldatu egin zen. Batzuek beren nartzisismo mindua agertu zuten ahalkerik gabe. Batak, famatua bera, ez nau agurtzen. Iaz literatura-jaialdi batean izan ginen biok. Niri aurpegira ez begiratzeko eginahalean eman zituen hiru egun.

Elkartasunak eraman ninduen terrorismoaren biktimen arri-mura, kristau-moldeko errukiak noski, umetatik hala irakatsi baitzidaten eta helduaroan ere hala jokatzeko saiatzen bainaiz, nahiz orain fededuna ez izan; orobat hartaratu ninduen, zer esanik ez, biktimei nire literatura kamutsean lekutxo bat egiteko asmoak. Ez zait axola biktimak eskuinekoak edo ezkerrekoak diren, hautatuak edo nahigabeak diren, eta uko egiten diot denak batera piloan hartzeari, zokoraturik bakoitzaren ezaugarri pertsonalak, norberaren inguruabarrak, zorigaitz besterenezina. Batzuek asmo gaiztoz alderdi batekin edo bestearekin lotu nahi izan ninduten, beren topiko tristeak aiseago egozteko. Huts egindako saioak. Zuzen ala oker egon, neure

kontura pentsatu nahi izan dut beti, asaldurik gabeko bakardadetik. Ez dut behin ere jendaurrean adierazi nori ematen diodan botoa, ez dut parte hartzen mitinetan, ez ditut hauteskunde-programak arakatzen jakiteko zer iritzi behar dudan. Eguberrietan zorion-mezuak bidaltzeari utzitako beste batek behin galdetu zidan ea bere alderdiak nire argazkia (eta beste idazle lagun batena) hauteskunde-propagandan erabiltzeko eragozpenik ote nuen. Ez nion baiezkorik eman eskariari, eta gizonak, lehen hain adeitsua izandakoa, orain ez dit idazten.

Irmo diot ez dagoela arrazoi politikorik krimen bat moralki onargarri egiten duenik. Behinola, artean gazte nintzelarik, neure buruari promes egin nion ez nuela inoiz pentsamolde bat hartuko, baldin eta beraren izenean, planetako edozein bazterretan, norbaitek bere buruari eskubidea ematen bazion lagun hurkoa kalitzeko. Nik dakidala, inork ez du hiltzen nagusitu daitezen diferenteen arteko adostasun-nahia, harremanetan eta hitzetan tenperantzia, tolerantzia, hezkuntzaren hobekuntza, jendaurreko hizkera zaindua edo sufragio unibertzala herritarren ordezkari politikoak hautatzeko prozedura bakar gisa.

Eta ez da, adiskide, azken gutunean diozunez, abarkaduntasuna gorroto dudalako. Ez dut gorroto, ez maite, nahiz oharturik nagoen txokokeriaren aztarrenik txikienari ere susmo txarra hartzen diodala antzinatik. Nire herrikideen artean, Euskal Herrian, bazen, eta oraindik ere bada, joera bat txokoko berezitasunak abstrakzioen mailara eramateko eta, beraz, mito bihurtzeko. Eragiketa horrek sentimenduak kolektibizatzea dakar. Euskal Herrian, aipatutako eragiketa hori nabarmenki agonista da, eta ez dator inondik ere bat biztanleen bizi-kalitate handiarekin. Delako agonismoaren abiaburuko ideia da herri bat galbidean dagoela. Bada aldaera are paradoxikoago bat, baieztatzen duena badela herri zahar-zahar bat bere burua, hain zuzen, herri gisa eratu nahi duena. Herriaren orde, hizkuntza jar liteke,

ohitura batzuk, esentzia batzuk. Hortik garbien hautaketa ezartzera urrats txiki bat dago, eta tarte txiki bera dago hautaketa-iragazki hori erabiltzetik derrigorrezko eredu beti-bateko horrekin bat ez datozenak baztertzera. Arrazakeria mota horrek antz handia dauka germaniar herrien ideia erromantikoarekin, zeina XX. mendearen lehen erdiko Europaren historia tamalgarriaren oinarri izan baitzen, eta bazegoen euskal abertzaletasunean sorreratik beretik.

Nik uste, ordea, asmoa harago doala eta, ooren buruan, zinezko xedea norbera eraikuntza kolektibo batean betikotzea dela. Aresti poetak “aitaren etxea” esan zion. Aitaren etxea defenditzea lehen Jainkoaren etxea defenditzen zen bezala. Hemengoak kanpokoen kontra. Nire aberria, gu, gutarrak. Euskal arima. Edo Francisco Javier Irazoki poetak egoki izendatu bezala: “oraindik boladan dagoen kartzela bat: nortasun kolektiboa”. Kontua ez da arepak dastatzea, edo, nire kasuan, sagardoa edatea edo bakailaoa pil-pilean jatea, baizik eta balio ontologikoa ematea identitate bat eratzeko baliagarri izan daitekeen edozein huskeriari.

Bestela esanda, hiru-lau egun biziko gara, baina nik herriaren hizkuntzan idatzitako poemak edo ondutako abestiak iraungo du, baldin eta hizkuntzak berak badirau; ustez nire parte diren edo identifikatzen nauten ezaugarriak ez dira betiko galduko, baldin eta hil eta gero ezaugarri horiek bere horretan badiraute ni bezalako beste batzuegan. Norbanakoa hutsaldu egiten da, bada, bere borondatez edo propagandaren eraginez, taldearen barnean, ordainetan balizko sari bat jasotzeko: bere izateko moldearen eta tokiaren zerizanari infinituraino irauaraztea. Horregatik denbora-tarte eskergatan neurutzen da dena: antzinako herria, Europako hizkuntzarik zaharrena, euskaldunek Ternuan baleak harrapatzen zituzten Kolonek Amerika aurkitzerako, eta abar.

Etorkizunerako ere erabiltzen da izari bera. Eta, hala, aberriaren sinboloetan irauten saiatzen da jendea. Ikurrinean, paisaiaren



berdean, dantzetan, bere nortasunaren ekaitzat dauzkan kultura-forma finkoetan. Ez da deus harritzekorik, beraz, goizean zakurrari laztanka, amari musuka edo lagunekin iji-aja aritu den gizon berak arratsaldean arma hartzea besteren bizien kontura bere taldearen segida bermatzeko. Hor esku hartzen dute egoismoak eta muturrera eramandako gutasunak, eta horrek nire sorlekuan utzitako emaitza zortziehun hildako baino gehiago izan dira, milaka zauritu eta gizarte banatu bat, adiskidetzeko esperantza bakarra beharbada ahanzturan leukakeena. Ahaztu beharra dagoela diote, orain, lehen pertsonan sufritu ez zutenek. Eta metaforetan ostentzen dira: orria pasatu beharra dago, aurrera begiratu, zerotik hasi; ezin dugu gure seme-alaben etorkizuna hipotekatu, eta abar. Ezin pentsatuzkoa da hala mintza daitekeenik semea hil zioten ama hura, bakardadea zela-eta kexu zena.

Tira, bada, Héctor, barkatu predikua. Badira hogeita hamar urte baino gehiago, laurogeiko hamarkadaren erditxoan, Alemaniara aldatu nintzela, itxura guztien arabera nire azkena eman arte. Aldean nekarrena hartuta etorri nintzen, alemanez jakin gabe, lanerako esperantzarik gabe. Ez dut isilduko nola irrikatzen nuen lurralde hartatik alde egitea, nonahi baitziren hilketen erreskada etengabe hura zuritzen zutenak, eta txalotzen ere bai. Halako batean iruditu zitzaidan erabat alde egina nintzela. Hor konpon zuen amorruekin eta zuen euskal dantzekin, esaten nion neure buruari. Geroztik konturatu naiz ez dela hain erraza zenbait lokarri etetea. Esaterako, umezaroarena. Bada beste bat orain arte Euskal Herriari gogoz bestera lotuta atxiki nauena, terrorismoarena, baina nola edo hala moldatu naiz nire literaturaren gai bakarra izan ez zedin.

Amaitzeko. Bere tenorean jakin nuen Ávilan izan zinela. Juan Martínez de las Rivasek, bisitaldiko lorategi ederraren jabeak, argazki batzuk bidali zizkidan, zeinetan hainbat posetan ageri baitzara, haietako batean bazkaltiar nabarmen asearen itxuran. Hirurogeita

hamarreko urteen hondarrean, Juanek gurekin parte hartu zuen proiektu batean, Arte eta Desarteko CLOC Taldean; berak Madrildik, taldea Donostian sortu baikenuen. Urte haietan bortxakeria politikoak inoiz baino hildako gehiago utzi zituen. Eta guri, mutil xalo baina indarrez eta liburuzaletasunez beteak, bururatu zitzaigun halako ixtorio probokatzailerik, surrealista, kontestatario bat antolatzea, literatura idazmahaiaren eremu pribatutik kalera ateratzeko. Batzuetan, poesia, edo halakotzat geneukana, kalean bertan praktikatzen genuen; batzuetan, umorea. Juan Manuel Díaz de Guereñu irakasleak taldearen historia kontatu zuen Hiperión argitaletxeak duela urte batzuk plazaratutako liburu batean. Nire irudiko, ekimen hura, pasadizo xelebrea ugariren jatorri izateaz landa, fanatismoaren kontrako eskola paregabea izan zen; adin hartan, gainera, pertsona, gazetetasuna eta eskarmentu falta direla-eta, inoiz baino ahulagoa da doktrinen aurrean.

Honetara ezker, Héctor maitea, uste dut gehiegi luzatu naizela. Barka.

Ez dut gutun hau amaitu nahi, aurrena zure besarkada estuari orderik eman gabe.

Fernando

Wassenaar, 2016ko apirilaren 25ean

Fernando maitea:

Orain, zuri eskuz idazteko itxurakeria dotorea bazterturik eta dagoeneko zure narrazioetako batzuk irakurriak ditudalarik, askoz ere erosoago nago. Izenburua ederra da, *Los peces de la amargura* [Garraztasunaren arrainak], eta oso garratzak dira, doike, arrainak eta narrazioak. Orain ere iruditzen zait hobetoxe ezagutzen zaitudala, eta azkenean aiseago idatziko dizudala, hainbatik hainbatean, uste baitut batek idazleak, ofiziokideak, liburuen bidez ezagutzen dituela gehiago gutun hauen hasiera zalantzatiaren bidez baino (nireaz ari naiz), hasieran ez nekielako xuxen norekin ariko nintzen edo ari nintzen, zeren izen bat, Fernando, eta abizen bat, Aramburu, besterik ez zinen, Googlen bilatu nituenak eta irakurri gabe neuzkanak.

Irakurriak ditut, bada, zure idatzietako batzuk, eta ez dizut ametituko hain apala izatea haiekin, kamutsak, edo antzeko zerbait, direla behin eta berriro esanez. Egiten duguna egiten dugula, beti izango da kamutsa, nahiz alferrik saiatu kamustasuna berdintzen. Zurea, ordea, oso ongi idatzita dago, badauzka umorea eta mina aldi berean, nahiz konbinazio hori ez den batere erraza, zerbait xelebregia aterako ez bada. Uztardura egokia da; sakonki ulertzen ditu jende xehea eta propagandak zein taldearen artaldekeriak okerbidera eramandako jendea. Hunkitu ere egin naute zure narrazioetako batzuek, begiak hezerik sumatzeraino, halako moldez non orriari behatzeari

utzi eta leihotik haragoko zuhaitz bustiei behatu behar izan baitiet. Hezetasuna, hobe, kanpoan.

Orain badakit gehixego zutaz, eta badakit, baita ere, ondoen definitzen zaituen hitza hainbat aldiz erabili duzun eta nik ere atsegin dudan bat dela, beharbada biok kristautasunetik gatozelako (berez ez da ez on ez txar, herritartasuna bezala): errukia. Sinetsirik nago errukirik eta enpatiarik gabe ezinezkoa litzatekeela fikzioen idazle izatea, zeren fikzioa idazteak, hain zuzen, nor bere baitatik ateratzea eta inoren gonak edo prakak janztea baitakar. Hori zure ipuinean gizon, emakume, zahar eta nerabeekin lortzen duzu. Eta nabaria da, pertsona asko izatearen miraria nabaria da.

Atentzioa eman dit zure azken gutuneko pasarte batek, askotan ibili baitut gogoeta hori buruan konponbiderik aurkitu gabe: *...gizarte banatu bat, adiskidetzeko esperantza bakarra beharbada ahanzturan leukakeena. Ahaztu beharra dagoela diote, orain, lehen pertsonan sufritu ez zutenek. Eta metaforetan ostentzen dira: orria pasatu beharra dago, aurrera begiratu, zerotik hasi; ezin dugu gure seme-alaben etorkizuna hipotekatu, eta abar. Ezin pentsatuzkoa da hala mintza daitekeenik semea hil zioten ama hura, bakardadea zela-eta kexu zena. Nik, dakizunez, lehen pertsona jasan ditut bortxakeriaren sufrimendua eta hilketa bidegabea, eta hinki-hanka horretan aritu naiz beti, oroitu ala ahaztu. Batek ahaztu beharra dauka suspertzeko; eta oroitu beharra ere bai, horretarakoxe. Iruditu zait, zure paragrafo hori irakurririk, zuk nahiago duzula (biktima gehienek bezala, bestalde) asko oroitu eta gutxi ahaztu. Baina hara: biktimei erruki izan behar badiegu (eta funtsezkoena da hori), ondotik datorrena da zailena, umetatik hezibide izan genuen kristautasunak aldarrikatzen duenez (nahiz gu biok ez dugun dagoeneko sinesten horretan, ez erlijio gisa, ez heriotza jasateko kontsolamendu metafisiko gisa), alegia, hiltzaileei ere erruki izan behar diegula. Eta menturaz halakorik sentitzen ez dugunez, beharbada ahaztura besterik ezin diegu eskaini. Horregatik ez*

nago, berez, ahaztearen kontra, “mendeku bakarra eta barkazio bakarra”, Borgesek zioenez.

Nik ez dut biktima (nire aita) ahazten, baina ez dut hura biktima gisa bakarrik gogoratu nahi, pertsona biziduna ere izan baitzen, bizinahiz, gogoz, alaitasunez betea, eta ez odolez eta balaz eta hotzez eta izugarrikeriaz betea. Zer gertatu zitzaion, zer egin zioten, ezin dut ahaztu, ezta behar ere. Hura hil zutenei ez diet nahitasunik, eta ez naiz hain faltuki kristaua barkazioa edo errukia eskaintzeko (“barka iezaezu, ez baitakite zer ari diren”). Ezin ditut nire etsaiak maite, ez naiz hain ona. Ahaztura bai eskain diezaieket, alegia, mendekuan edo zigorrean ez tematzea.

Herrialde batean xuriak eta gorriak nazkagarriki odolgiroak izan direlarik, nolabait esateko, beharbada ahaztea izango da adiskidetzeko aukera bakarra, X edo Y edo Z hiltzailea izan zela kontuan ez izatea. Eta bere azkenera arte ez gogoraraztea. Antola hor bere kontzientziarekin, bere barneko ausikiarekin edo bere zernahitariko justifikazio ideologikoekin. Ikus dezala bere burua ispiluan eta erabaki dezala. Ezingo du lasai ikusi bere burua, zuk eta biok bezala, oraindik lotsatzeko gai bada. Nik, baina, ez nuke izan nahi hura bizi guttian seinalatuko duen hatz erakuslea. Nahiago dut, bai, hura kontuan ez izan, ikusezin bihurtu, inoratu, eta ez justizia osoa eskatu, zeren halakorik eskatuz gero ezingo dugu aurrera egin. Hildakoak gehiegi direlarik, 800, baina ez zenbatezinak (ehunka mila, esaterako, Kolonbian, eta mende erdiz), zigorra bilatu daiteke, are eskatu ere bai. Errudunak milioika direlarik (Alemanian, esaterako, eta beharbada Kolonbian), ez dago nahikoa kartzelarik, oroimenik, dirurik den-denak zigortzeko.

Espainiara demokrazia iritsi zenean, eskuinaren, edo frankismoaren, alderdiko biktima askok eta Errepublikaren alderdiko biktima askok (komunistak, anarkistak, liberalak) erabaki zuten oroimen-mendeku zurrunbiloan ez segitzea, are justizia ez eskatzea,

gurasoen edo aitona-amonen hilketengatik. Nik uste euskaldunen amorrualdi batzuk gertatzen direla, hain zuzen, gehiegi oroitzeagatik, jasandako irain edo umiliazioak ahaztu nahi ez izateagatik. Hala ageri da zure ipuinetan ere: odolaren edo herriaren harrotasun inozoa ez ezik, iraganeko irainen erresumin eragabe bat ere sakatzen da gazteen buruan (irainok errealak izan ala ez, ez dakit xuxen). Eta zure ipuinetako batean ama batek semea babesten du informazio debaldetan erresumindu batetik, “hildako guztien semea” izan ez dadin.

Gutunean kontatu zenidan nolakoa izan zen zure aitaren heriotza ederra, eta halaxe hil nahi zenukeela zuk. Bera bezala, zure aita bezala, hil nahiko zuen nireak ere, “andre eta seme-alabak eta anai-arrebak ohe inguruan”, eta ezin izan zuen. Nik ez nuke nire aitak bezala hil nahi, ez, nahiz batzuen irudiko heriotza heroikoa (“un bel morir tutta una vita onora”, Petrarka) duin eta ohoragarri den. Batzuetan neure buruari galdetzen diot aitaren martiritzarako borondate hori ez ote zen orobat gehiegizko duintasun edo ausardia bat ere, senitartekooi samin gehiegizko bat eragin ziguna. Bidegabea nintzateke, ordea. Umiliazio eta bidegabekeria batzuen aurrean (bat nator zurekin), batek ezin du besteren hiltzeko eskubidea justifikatu; baina umiliazio eta bidegabekeria batzuen aurrean, beharbada, hobe dateke norbera hiltzen uztea, are nork bere burua hilaraztea, ezkutatzea edo egonean egotea baino. Amos Oz ez da iritzi horretakoa; haren esanetan, hiltzea baino txarragoa den gauza bakarra da nork bere burua hiltzen uztea, eta horregatik (oso israeldarra da horretan), batzuetan tiro egiten zaio guri tiro egitekoa denari.

Jesu Kristoren aukera izan zen bere burua hiltzen uztea, eta Gandhirena, eta beste askorena. Inor hil ez, eta bekokia tente aurrera egitea, heriotzaraino. Bidezko kausa batengatik nork bere burua hiltzen uztea ondo dago. Baina miretsi behar al genituzke kausa bidegabe batengatik beren burua hiltzen uzten dutenak? Gerta liteke halakorik. Ez da nire aitaren kasua, beraren kausa bidezkoa baitzen,

borrokaldi baketsu bat, hain zuzen ere, inor hil ez zezaten. Halere, izan dira komunista bakezaleak edo nazionalista armagabeak ere, terrorik jo gabe, ausardia handiz, okerreko kausa batengatik bizia eman dutenak. Horrek ez du esan nahi haiek hil zituztenak arrazoia alde edukiagatik errurik ez daukatenik (okerbide ideologiko bat ez da heriotzarekin zigortu behar), baina litekeena da haien erruari izan diezaiokegun erruki bakarra ahaztea izatea. Ondo azalduko ahal nituen nireak, hainbeste berba eginda. Litekeena da halako itzulinguruak egitea neronek ere ez dakidalako.

Egiaz ez dakit. Miraturik naukan Multatuli izeneko idazle nederlandarrak esan zuen: “Inork ez daki. Eta badakitela diotenak ez diren ados jartzen”. Egunetik egunera guztia harrigarriagoa gertatzen zait. Arrazoia emateko edo konforme agertzeko joera daukat, beharbada, bai, otzana naizelako, edo ahula, edo adostasunerako jaidura horregatik, zure aita bezala, baina era berean arrazoia emateko joera daukat oso gutxitan daukadalako egiazko iritzi sendorik. Ideia bat daukadanean, laster bai laster kontrakoa bururatzen zait. Halaxe hazi nintzen gure etxean, etengabeko dialektika batean nire ama fededun kapitalistaren eta nire aita fedegabe sozialistaren artean. Batzuetan, eginetan, aita kristaua zen, eta ama materialista. Eta besteekiko harremanean, ama errukiorra zen, eta aita berekoiagoa. Batzuetan gizateriaren minaren aurrean dugun sentiberatasunak sorgortzen gaitu norbanakoen minaren aurrean.

Ez naiz gehiago luzatuko, Fernando, iruditzen baitzait gutuna ez doala inora. Itzulinguruka dabil. Azken kontu bat, menturaz. Ados nago zurekin diozularik besteak hiltzea justifika lezakeen arrazoi ideologikorik ez dagoela. Bai. Ez da, halere, gauza bera emakume bat hiltzea lapurreta egitearren, bortxatzearren, eta gorpua ezkutatzea, gutziagatik edo kosta ahala kosta nagusitzeagatik, ez da gauza bera hori, edo larriagoa da hori, nik uste, pertsona asko hil dituela eta hiltzen jarraituko duela dakigun bat hiltzea baino. Hori ere gaizki dago (Bin

Laden odol hotzean hiltzea, edo Pablo Escobar hiltzea, armarik gabe eta besoak altxaturik egon balitz –ez zen hala izan, ordea–, baina ez dago emakume babesgabe hori hiltzea eta bortxatzea bezain gaizki. Horregatik, aburumenka ari naiz, krimen politikoek kartzela-zigor laburragoak dakartzate lapurren hilketek baino.

Hurrengo eskutitzean gutxiago hitz egin nahi nuke halako auziez, eta askoz ere gehiago literaturaz.

Besarkada estu bat.

Héctor



Hannover, 2016ko maiatzaren 1a

Héctor, adiskidea:

Estimatuta dago zure hitzen zintzotasuna eta sakontasuna, oso, jakinik gutunen nondik norakoak eremu minberetara, edo zinez mingarrietara, eraman gaituela. Zure azken gogoetan badira ale batzuk izugarri interesatu zaizkidanak. Eta, noski, nire herrialdean aski ohikoa den arren, ni ez naiz bortxakeriaren biktimen tutore izateko abusuan ereriko. Bat da elkartasuna, sentimendu prestuetan goren, eta beste bat ordezipena.

Aurreko gutunean erantsi dituzun argipenek berresten dute psikologiako tratatu batzuetan irakurritakoa fikziozko pertsonaiak giza dimentsioz hornitzeko laguntza bila haietara jo nuelarik; hain zuzen, hurbileko pertsona bat indarkeriaz galtzearen inguruko bizipenak besterenezinak direla. Kaltetu bakoitzak bere gisara bizi du egoera hori, ezin konta ahala faktoreren arabera; ezin horiek guztiak hemen xeheki aipatu, eta, bestalde, ni ez naiz nor inori leziorik emateko eta are gutxiago zuri, kinka horretan egona baitzara.

ETAren terrorismoaren biktimekin solastatzeko aukera izan dut behin baino gehiagotan. Horietako ez gutxi kezu dira haietaz asko hitz egiten delako baina haiekin gutxi. Niri iruditu zitzaidan, bada, haien kasuen antzekoak landuko zituzten kontakizun edo eleberririk idazteari ekin aurretik haien ahotik jakin beharke nuela zer gertatu zitzaien eta zer ondorio fisiko, psikiko edo bestelako utzi zituen erasoak haiengan eta haien lankideengan nahiz senitartekoengan. Zu

bezalako jende mazala ezagutu dut, gai izan dena bere zoritxarra objektibotasunez hartzeko, hari mugak ezartzeko (kasurako, testigantza-zen literaturatik) eta hura herrarik gabe gobernatzeko norberaren izate osoaz jabetu ez zedin. Eta ikusi dut hainbeste urteren buruan txikituta dagoen jendea, traumatizatua, atsekabezko zulo ilun batean erabat hondoratua eta handik seguruenik sekula irtengo ez dena. Denengan, halere, elementu bat bera aurkitu dut, hain zuzen ere, barneko lehia suerte bat, zerbait daukana ahazteko (“suspertzeko”, ondo diozunez) gogo edo premia-rik eta horretarako zailtasun edo ezintasunik.

Gogoan dut duela urte batzuk jendaurreko adierazpen hauek egin zituela eraildako baten semeak, aitaren heriotza zela eta: “Ez dut ahazten, ez barkatzen”. Badu eskubidea. Azken batean, berak ez zuen aukeratu biktima izatea. Esaldia, ene irudiko, latza da, ez hainbeste erasotzaileei igortzen dien mezuagatik. Zenbat-gura gauza esaten dira minaren eta emozioaren hasierako unean! Latza da, nik uste, zauria beti zabalik egoteko egindako botoa, alde zurretik uko eginik barne-bake edo norberaren buruarekiko bake esan dakioken horri.

Onartzen dut zure postulatua: ahaztu beharra dago suspertzeko, eguneroko zenbait atseginbide bederen ez baztertzeko eta hurkoekin oreka emozionalean bizitzeko, nahiz batek, lantzean behin, makalaldiak, tristurazko boladak izango dituen. Gertutik erreparaturik, banakako ahanztura da hori. Bizitzara ahalik eta ondoen egokitzen saiatzen den norbanakoari dagokion ahanztura. Zilegi da, are gomendagarri buru-osasunerako. Bizitzak aurrera segituz gero, ahalik eta ondoen bizi beharko, zure eta zure bizikidetzaren eremukoen hobe beharrez.

Nolanahi ere, erasorako arrazoiak askotarikoak diren hein berean (ez da gauza bera bati erasotzea helburu politiko jakin batzuk indarrez ezartzeko edo sakelako telefonoa zein diru-zorroa osteko, nahiz zaurien larritasuna berdina izan), orobat badira era askotako

ahantzurak ere. Gizon batek, esate baterako, jasandako laidoa burutik baztertzea askatasun pertsonalaren eremuan dago erabat. Besterik da kaltea kolektiboan denean eta, beraz, gizarte osoari eragin zaionean, gizartetzat harturik herritarren arteko harremanen esparrua. Hala-koetan, ahantzura erasotzailearen mesedeko da larriki, zeren beraren izugarrikeriak eta kulpa ezkutatzen ditu, eta beraren krudelkeriaren oinarrian egondako asmoen bila beste bide batzuetatik jotzeko aukera ematen die.

Helburu politikoak lortzeko erabilitako bortxakeria ez da inoiz indibiduala. Uniformea janzteagatik, halako alderdi batekoa izateagatik, karguren bat edukitzeagatik edo ondotik pasatzeagatik hil ziztuen ETAk bere biktima gehienak. Batzuetan, bai, pistoladunari urrea garbitzeko agindua eman zioten; baina gehienetan ez zegoen inor seinalatu beharrik. Kontua hiltzea zen. Poliziak, epaileak, zinegotziak, kazetariak, jomuga izateko alde aurreko eredu bat betetzen zuen edonor, nornahi izanik ere, zeukan izena zeukala. Badira testigantza asko horren inguruan. *Kaña eman*, esapide hori erabiltzen zen banda terroristaren hizkeran. Hilketak horrenbestez izaera sinbolikoa hartzen zuen. Halako hil da, baina zeu izan zintezkeen hildakoa. Horixe zen mezua, atentatu bakoitzean errepikatzen zen paradigma. Horregatik begitantzen zait egokia mota horretako bortxakeriari *terrorista* izenondoa eranstea. Izua zabaldu nahi zuten, herritarren jardun- eta pentsamendu-eremua murrizteko, haiek askatasun demokratikoz gabetzeko, eta aurkaria eta indarreko legearen jagoleak paretik kentzeko. Xakean aritzea bezala zen, baina ohiko joko-arauak bete barik, aitzitik aurkariari piezak txikituz azkenerako taula gainean norberarenak bakarrik geratuko zirelako esperantzan. ETArri dagokionez, etsaia, esan beharrik ez dago, demokrazia eta haren ordezkariak ziren.

Ahaztu behar al dugu krimen sail handi hori? Hainbesteko izugarrikerien garaikide izan ginenok ukatu behar al dizkiegu erantzunak, datuak, deskribapenak, lekukotasunak etortzeko diren belaunaldiak?

Ni, Héctor maitea, ez naiz ahanztura molde horren konplize izango, erasotzaileak bere erantzukizun eta kulpa lasai asko bota ditzan zakarrontzi antzeko horretara. Alde horretatik, bat nator Hannah Arendt-ekin, kontaketa etengabearen erabilgarritasun morala aldarrikatzean.

Hori esanda, halere, onartu beharra daukat ñabardura batzuk beharrezkoak direla, jakitun bainaiz (eta horren inguruan zenbait go-goeta jakingarri agertu zenituen aurreko gutunean) norbanakoak bere mina, aldi baterako bederen, zokoratzeko premia daukan bezala bere bizimodua edo hurkoena ez garrazteko, gizarteak ere ezin duela gelditu, ez du gelditu behar, historia, zertarako eta etengabe, pausurik gabe, bere iraganeko aldi lotsagarri bat atzera eta aurrera erabiltzeko. Mendekuzko oroitzaren kontrakoa naiz, bada. Alderdi horretatik, erabat ados nagokizu mendekuan eta zigorreen tematzearen aurkako zure hitzekin. A-k B-ri egindako minaren aurkakoa ez da B-k ordainez A-ri egin diezaiokeen mina, bien arteko besarkada bat baizik. Edo, ez gaitezen arranditsuak izan, esku-tinkatze bat.

Aldi baterako gara. Azkenean ahanztura, denbora lagun duela, nagusitu egiten da berez-berez. Nire aitonetako bat milizianoa izan zen: Espainiako gerra zibilean hil zen. Hura hil eta hogeita bi urtera sortu nintzen. Hartaz zer dakidan? Ezer gutxi. Erretratu baten kopia daukat gorderik, haren argazki bakarrarena. Jakin ere ez dakigu non dagoen ehortzirik. Cangas de Onís-ko hilerrian, Asturiasen, zioten. Nik gutxi dakit hartaz, baina nire alabek batere ez. Galdetu ere ez dute egiten. Eta, gainera, alferrik galdetuko lukete. Nik, gehienez ere, argazkia erakuts niezaieke, ez oso argia bide batez esanda, eta hiru-lau huskeria lauso kontu niezazkieke, besterik ez baitakit gizon hartaz, zeina sozialismora lerratu baitzen eta alabek eta nik osaturiko kate horretako urruneko begi bat baita.

Gaztetan gerra zibilari buruzko testuak irakurtzen nituen, eta lehenengo leerroari erreparatu aurretik ere ohartzen nintzen ezin niola

eutsi aitonaren alderdikoan alde paratzeko tentazioari. Are gehiago. Erresuminaren aztarnak ere sumatzen hasi nintzen gerra hartan parte hartu ez zuten pertsonen aldera, baldin eta uste banuen, garai hartan gazteak izanez gero, beren ideologia dela-eta aitonaren kontrako alderdian borrokatuko zirela. Iraganeko gertakarietan ahalordez parte hartzeko molde hori oraindik bizirik dago Espainian. Nik burugabea deritzot. Nahiago dut Espainiako trantsizioan klase politikoaren ordezkari nagusiek iritsi zuten akordioa: amaitutzat eman dezagun anai-arreben arteko laidotze luzea, adostu ditzagun denontzako joko-arau batzuk eta goberna dezala boto gehien biltzen duenak; aurkari izaten segituko dugu, baina elkar hil gabe. Ahanztura hori, orain hogeita hamar urteren buruan batzuek kritikatzan duten arren, iruditzen zait probetxugarria izan dela herrialdea demokratizatzeke.

Gisa berean neure egiten ditut Gaizka Fernández Soldevillaren hitzak, Euskal Herriko historian aditua bera. Orria pasatu?, galdeztzen dio bere buruari. Ongi da, baina aurrena, irakur dezagun. Eta zintzotasunezko konpromiso hori zor zaie, ez bakarrik biktimei, hainbeste bider bakardadezko eta destainazko soto batean zokoratuak izan eta gero, baita belaunaldi berriei ere, merezi baitute bortxakeriarik gabeko gizarte batean haztea eta garatzea, auzi historiko irekiak bizkarreratu gabe eta inori, bere iritzia adierazte hutsagatik, liztor suten habia oso bat eroriko ez zaiola.

Eta, amaitu aurretik, zure gutuneko aipagai xume bati heldu nahi nioke, *hiltzaileenganako errukiari*. Eskertuko nizuke hurrengoan azalduko bazenit nola bizi duzun hori lehen pertsonan. Pentsatzen dut ez dela elkartasunezko erruki hori, samurtasunez gatz-ozpindua, terrorismoaren biktimen aurrean bihotz oneko pertsonen eratzan zaiena. Ez diot gupidagarria ez denik gizongai gisa huts egindako gizon bat, gizatasunaren aurkako doktrinaz beterik dagoena, dogmak mukuru dituen, guztiak ere tipo zitalek gazte-gaztetatik sakatuak,

ustezko etsaiak garbitzeko armak hartuz eta erabiliz bere herriari mesede egingo ziola sinetsarazteko bera manipulatzean. Mutil bat odol-delitu beldurgarriak dauzkana, gero kartzela-zigor luze batekin ordaindu behar izan dituen, sorlekutik urrun dauden presondegietan gaztaroa emanez, eta gainera ahaideak dituen depresioan hondoraturik eta semeak egindako astakeriengatik kontzientziaren ausikien mende. Berari ezin diot errukirik izan bidezko zigorra jaso duelako, baizik eta, askoz lehenago, gizatasunez hustu zelako eta beraren hutsunea piztiak bete ziolako. Litekeena da hiltzailearen ganoan erruki hori bide aproposa izatea gorrotoak biktima barrutik usteldu ez dezan? Ezin dut erantzun. Zuk zeuk erantzutea daukazu, Héctor maitea.

ETAko ekintzaile batzuk, hiltzaile izandakoak (baldin eta kalifikazio hori galtzerik badago), damu azaldu dira jendaurrean. Bakan batzuek barkazioa eskatu ere bai. Kritikak eta irainak izan zituzten ordainetan. Burkide ohien aldetik, biktimen ahaideen aldetik haien zintzotasuna ezin sinetsirik. Ausardia behar da barkazioa eskatzeko, seguruena bonba baten detonagailuari eragiteko baino handiagoa. Niri, ezin uka, zirrara bizia eragiten zidaten terrorista damutu horien hitzek. Zirrara eragiten dit nolako borroka sutua erabili behar duten bakarka ispiluak itzultzen dien behakoarekin adiskidetzeko, eta ez bairik gabe haien historia kontatzea ere merezi du. Ez dituzu zertan maitatu, ondo diozunez; baina ez diogu zertan inori ukatu, oso astakirtena izan bada ere, eta zuhurtziazko tarte bat utzirik, bere giza izatea.

Gaurkoz aski da, Héctor maitea. Besarkada bat zuretzat.

Fernando

Paris, 2016ko maiatzaren 29a

Fernando maitea:

Parisko aireportutik ari natzaizu, 32F atetik, lurrean eserita, Air Franceren Berlinerako hegaldirako deiaren zain. Aireportua mukururu dago, eta asiarrak ikusi ditut lurrean eroso eserita, jesarlekurik ezean, eta nik ere hala egitea erabaki dut. Azken batean, ordu erdi falta zen hegazkinera sartzeko. Zure *Viaje con Clara por Alemania* atera dut zorrotik, abagune honetarako gordea bainuen, eta oraintsu, izeba Hildegard-en altzarietako akaroei buruzko kapitulu irri-garria irakurri ostean, azpimarratu beharreko esaldi bat topatu dut, gelditzera eta gutun honi ekitera derrigortu nauena: “Eta han ematen nituen [ikusmira ederreko leiho bat zen] ordu luzeak ukondoak koskan ipinita, gogoa hutsik, desirarik, anbiziorik eta kezkarik baterere gabe, orainaz gozatzeari emanik, alegia, nire egitekorik gogokoenetako batean, Clara ondoko gelan teklak jotzen ari zen bitartean, eginahalean, sareta jaitsirik”.

Uste dut zure liburuko pitxia, liburu honen hasieran behintzat, kontraste hori dela: alde batetik, ogibidez idaztea, eta, bestetik, ikusitakoa, sentitutakoa, irrigarri gertatutakoa kontatzearen plazeragatik idaztea. Eginbeharririk eta hertsagarrikerik gabe kanpora begiratzearen plazera, batetik, eta bizitzeko, jendearen onespina izateko, dirua irabazteko eta halako itzal bat lortzeko idaztearen borroka gogaikarria, bestetik. Berbakizunok proposatu nahi nizkizuke jendaurreko gutun-truke honi azkena emateko. Orain arte, nik uste, gehiegi erreparatu

diegu gure konpromisoaren zenbait alderdi politikori, guztiak ere idaztearen, sufrimenduaren, gure herrialde eta eskualdeetako biktimen ingurukoak. Esaldi bat topatu nuen, ordea, zure ipuinetako batean, beharbada arrainen liburuiko lehenbizikoan. Honelatsu zioen, buruz ari naiz eta: “hain gogokoa zuten eztabaidan aritzea, ezen ados zeudelarik ere eztabaidan aritzen baitziren”. Uste dut horixe gertatzen ari zitzaigula, Fernando maitea, zernahiri ateratzen geniola punta eta ados geundelarik ere eztabaidan aritzen ginela. Ez dut uste oso aparte gaudenik dagoeneko hain luze jorratu dugun gai horretan, zuk hain modu argian eta galderak eginez, gainera, amaitzen duzun horretan. Uste dut une bat iristen dela eztabaidetan non erantzunik ez den gehiago: galderak besterik ez, eta ni guztiz bat nator zure galderekin, esan nahi baita, zure zalantzekin, konpondu ezin dugun horrekin guztiarekin, edo, hobe esan, nor bere barruan bakarrik konpondu behar den horrekin. Orain gai hori bazterrera uztera gonbidatzen zaitut, gure eginkizunaz jarduteko, gure ofizio apal eta ederraz, idazteaz.

Zure liburuak irakurtzean, pentsarazi didazu, hunkiarazi ere bai, eta orain, Alemaniako bidaiari buruzko azken honekin, jostarazten nauzu, barre eragiten didazu. Idazkerarekin, egoki hautatutako hitzekin, gaztelaniazko esaldietako adierazpide jator eta halere ederrekin, zeinek norberari biziarazten baitizkiote kontagai dituzun egoerak, zure sentipenak, zure narrazioetako paradoxak. Orobat zer pentsatua ematen dit Clararen anbizio faltak, eta zenbat zorion eta bizitza sakrifikatzen duen liburu bat idazte hutsagatik.

Berlinerako deika hasi dira; beraz, hementxe etengo dut gutuna, eta laster ekingo diot berriro Alemanian, zure harrera-herrialdean, han idaztera bitan gonbidatu nauen herrialdean. *Bis bald*, orduan, adiskide, laster arte.



Ikusten duzunez, Fernando, “laster arte” hark 15 eguneko isilaldia ekarri du. Zergatik eta lehen gure ofizioak arrotz zuen eta orain, berriaz, gure lanari, ezinbestekoa balitz bezala, ohiko eta funtsezko bihurtu zaion jarduera bategatik: liburuen promozioagatik. Nire kasuan, itzulpenena. Parisen bi itzulpen aurkeztu nituen, eta gero Alemanian zazpi hiritan izan naiz, gauero ohez eta hotelez aldatuz, *La Oculta* aurkezteko. Eta, Zurichen zortzi hiri alemandunekikoak egin eta biharamunean, beste aurkezpen bat izan nuen Utrecht-en, eta bihar beste bat edukiko dut Hagan, nederlanderazko itzulpenarenak azken biak.

Izan ere, abiatu aurretik, Alemanian bizi den lagun bati idatzi nion esanez orain idazleok toreatzaile pobreen pare ibiltzen gaituztela batetik bestera, ogia irabazteko. Berak zuzendu egin zidan esanez Alemaniako zezen-plazarik onenetan ari nintzela. Guk, osteraz, ez dugu toreatzen aurkezpenetan, ezpada istorioari, pertsonaiei, hitzei heltzen diegunean. Kontua da egunetik egunera gero eta zailagoa dela inork liburuak irakurtzea, eta orduan argitaletxeek eskatzen digute, zentzu onez, haien ahaleginari ordaina emateko birak, elkarriketak eta aurkezpenak eginez, zeren hori ere bada modu bat prentsan agertzeko eta erreseinak lortzeko, tokiko egunkari edo telebisten interesa pizteko eta, beraz, aurreratzen diguten diruaren adinako salmenta bat erdiesteko.

Nik, lehen, leku berriak ezagutzeko plazeragatik egiten nituen idazle-bidaiaak (azokak, promozioez gainera), liburuagatik beragatik baino gehiago. Orain, hain nekaturik nagoenez hainbeste bidaiatzeaz, editoreei laguntzeko egiten dut, haien galera ez dadin izan ni babesteari uzteko adinakoa. Nire argitaletxe alemana ez da inondik ere komertziala, baina, guztiarekin ere, lotsarazi egiten nau haiek galduan ateratzeko. Ez nago ziur bidaiak, ooren buruan, probetxuzkoak

diren. Oro har batek badauzka bere irakurleak, ia beti norberaren herrialdekoak. Eta horregatik, Frankfurt-en eta Friburgo-n izan ezik, ekitaldi publikoetara etorritako gehienak kolonbiarrak ziren; alegia, lehendik baneuzkan irakurleak, eta liburua alemanez erosteko asmorik ez zeukatenak. Egingo nuke bi hiri horietan eta gero Zurichen izan nituela harreman gehienak aleman-hiztunekin. Beharbada, toreatzaileen antza baino gehiago, harako abeslari haiena edukiko dugu, Internet dugunez geroztik kontzertuetatik diru gehiago ateratzen baitute diskoetatik baino, abestiak sarean pirata edo, bestela ere, dohainik lor daitezkeela eta. Aurkezpenek performancetik dute gehiago.

Interneten miraria eta doakotasuna direla eta, gero eta zailagoa da kazetaritza ona, pop musika eta literatura-sormena finantzatzea. Eta bizimodua nondik edo handik atera behar dugunez (non eta ez garen akademikoak edo aberaskumeak), bada, onartu egiten ditugu halako aurkezpen-bidaia.

Edo bestelako bidaia horiek, egitasmo batean aurrera egiteko idazleentzako beka edo egonaldiak. Herbehereetan egin ditudan lau hilabete eta erdietan –aldika itzulpenak aurkezteko bidaiatu arren–, nire idazle-bizitzako hiru egoerak sumatu ditut: Kolonbian asko kostatzen zait idaztea, estimulu errealean gehiegiagatik, politikak edo gatazkako basakeriek eragiten didaten eutsi ezinezko amorruegatik, edo herrialdearen egoera orokorragatik, herrialdea liskarzalea eta mendekuzalea baita. Han, haatik, errealitateak elikatzen nau, grinaz bizitako bizitza batean murgiltzen naiz. Idazteko bakarraldietan, bizipen horiexek formulatzen ditut fikzioaren bidez, eta bizitzako une zoragarri bat da, bare-barea. Orduan, inoiz baino sormen handiagoa daukat, eta inoiz baino trankilago nago. Nire gorputzak ere eskertzen du. Eta, aldiz, aurkezpen, bira, biltzar, liburu-azoka, topaketetan, ofiziodide batzuekin eta irakurleekin harreman atsegingarriak izan arren, berriro halako kinka edo egoera badaezpadako batean egoten

naiz, eta ezin izaten naiz kontzentratu idazteko. Oso lantzean behin, ideia bat etortzen zait, oso laburra menturaz, eta firurikan gordetzen dut koaderno batean. Aldiz, eleberri berriko kapitulu berri bat idatzi, ezin dut.

Irakurtzea ere nekeza da, hegazkin eta tren-bidaietan izan ezik mundu garaikideko estimuluen soberania azkenik apaltzen delarik (gutxienik hegaldi eta tren-bidaietan konektaturik ez gauden artean). Gurea ofizio astitsua da, eta hurbil dago XVII., XVIII. edo XIX. mendeetako bizimodutik, eta beraz oso zaila da horretan gogo-bihotzez eta bete-betean jardutea gaur egungo munduko zurrunbiloaren barruan. Ala, Clara bezala, serioegi hartzen ariko al naiz? Ez genuke orainaren atsegina galdu behar, ezta bestela eta gustuz idazteko atsegina ere.

Ez ezazu pentsa kexu naizenik. Ez naiz kexu: xarma handiko bizitza da, estimulu eta poztasun handiak dakarzkidana. Izan ere, nire da, bizitzeko hautatu dudana, eta batek ez die hainbeste erreparatu behar besteen hitzei, eta bai egiten dutenari. Eta nik, idazteaz eta bizitzeaz landa, bidaiatu egiten dut. Beraz, ez zait hain ernegarria izango, eta ez daukat kexu izateko eskubiderik. Nolanahi ere, egun batzuetan hain nago nardaturik guztiarekin, depresio moduko batean sartzen naiz, eta ez nuke ohetik atera nahi hiru egunez lo egin arte, azkenean atsedean hartzeko.

Zinezko atseginbidea dut egunean idazten emandako orduak, edo, hobeto esanda, nire bizipenak, nire oroitzapenak birformulatzen emandakoak, nire burua eta idatziz kontatu nahi ditudan istorioak antolatzeakoak. Hainbeste gozatzen dut irakurriaz, non nire xedea baita irakurle batzuek ere gozatzea nik idatzitako istorio batzuekin. Nire xedea da mundu garaikideari buruzko nire gogoeta interesgarria gertatzea beste batzuei, eta agian beren egunerokotik kanpoko kontuez pentsaraz diezaien. Nire xedea da, orobat, ez zoratzea, eromenaren lurmendu antzeko horri, idazteari, eskerrak.

Eta ez dut gutun hau luzatu nahi, zeren ekainean bina idaztea hitzartua baikenuen, eta hilaren erdia joan da gutunik batere gabe. Hasieran gutxi idatzi nuen beste gauza batzuk idazten ari nintzelako. Hurrena, gutxi idatzi nuen idatzitakoa aurkezteko bidaiatzen ari nintzelako. Proposatzen dizudan gaia, ikusten duzunez, sinple-sinplea da: bizitza eta idaztea. Idatzi edo bizi. Nik ez daukat idazterik hein handi batean bizi izan ezik idatzitakoa. Gero, idatziz galtzen dut bizitza, eta iruditzen zait nolabait ere zerbait galtzen ari naizela bizialdi horretatik. Eta ez hainbeste idazten dudalarik, nola ofizioko osagarrietan aritzen naizelarik: bidaia, aurkezpen, hitzaldietan. Gutunak, gutunok? Tira, gutunok baliatu zaizkit nire ideiak argitzeko, zure ideiek eta desadostasunaren fikzio antzeztuak lagundurik.

Besarkada estu bat.

Héctor

Hannover, 2016ko ekainaren 17a

Héctor, adiskidea:

Valladoliden irakurri nuen, hango Liburu Azokan parte hartzen ari bainintzen, zure gutun etxetik hain urrun idatzia. Bitxia da zer eginarazten digun literaturak. Giltzapean sartzera behartzen gaituen gisa berean mundua korritzera eramaten gaitu. Aitor dizut nik maiz bi pertsona izan nahi nukeela. Hiririk hiri dabilena bizi-esperientziak biltzen, eta, idazmahaiari loturik, bizipenok testuratsen dituen. Beharbada, ongi pentsatuta, nigan badira bi nortasunok, eta egiaz bi gorputz bilatzen edo galdatzen ditut. Bakarra daukadanez, ordea, urteetan eta desengainuetan gero eta sartuagoa, ahal den bezala moldatzen naiz. Hori bai, uko egin diot, behin betiko, hoteletako ohe-etan ongi lo egiteari.

Iaz hil zen Rafael Chirbes eleberrigileari gorazarre egiteko ekitaldi baten kariatara joan nintzen Valladolidera. Nire irudiko, gure arteko idazleetatik baliotsuenetako bat da. Eta hizpidera ekarri dut, hark askoz ere hobeto erantzungo ziolako zure azken gutunari. Chirbesek egungo gizartean idaztearen zertarakoaz gogoeta egin zuen sarkon, begiz jo zituen alderdi publikoa neurritz gaindi lantzen duen idazlearentzako arriskuak, eta eleberriaren definizioari hizkera hegemonikoaren aurkako borroka etengabea erantsi zion, zeren hizkera hori garai jakin bateko botere politiko eta ekonomikoek erabiltzen baitute beren buruaren narrazioa egiteko eta, beraz, komeni zaien bertsioarekin beren buruak aupatzeko, zuritzeko, panpinatzeko.

Ez nuke esango bokazioa eta ofizioa argiki zedarritu daitezkeenik, edo literatura-jardun pribatua eta publikoa, edo artea eta merkataritza. Ez dut ahalegin handirik egiten halako pentsuekin. Ez interesatzen ez zaizkidalako, ezpada iruditzen zaidalako ez direla inondik ere emankorrak. Noizean behin intelektualik bikainenak beren ustezko tronuetatik egozteko liburuak ateratzen dira merkatura. Eta orain Espainian belaunaldi-aldaketa bat gertatzen ari dela, lemazain izateko irrikaz dauden politikari berri eta gazteek bultzaturik, hainbat gehiago. Autore batzuk, bakanetan lehen lerrokoak, abaguneaz baliatzen dira min zaharrak berpizteko eta kontuak kitatzeko. Ez zait iruditzen ezein ikaskizunik dagoenik horretan guztian.

Niri, Héctor maitea, literaturak parada eman dit jende zoragarria ezagutzeko, lagunak egiteko eta neurez inoiz ezagutuko ez nituen lekuetara joateko. Ez daukat ahazteko, era berean, liburuek eta, oro har, hizkuntza xeheki ikasteak bide bat eman zidatela umezaroko nire gizarte-klaseari zegozkion baldintza kaskarrak gainditzeko. Ez naiz merkatarari sentitzen, argialetxeak antolatzen dizkidan promozio-kanpainetan parte hartzen dudanean. Litekeena da nire trebetasun batek eramangarriago egitea halako kanpainak. Denboragarrenera, aireportu, hegazkin eta trenetan idazteko dohaina garatu dut. Ordenagailu eramangarri txikia atera; kikara bat kafe edo ardo pixka bat harturik berotu; ingurutik bakartu; nire buruarekin hizketan hasten naiz isilean, eta lanari ekiten diot ez etxean sarturik baino kontzentrazio gutxiagorekin. Bidaia bateko joan-etorrietan, inoiz, narrazioak edo kapitulu osoak hasi eta amaitu ditut. Behin batean, Municheko aireportuan, non sarri askotan hegazkinez aldatu beharra suertatu baitzait, hegazkina galtzekotan egon nintzen, aldez lanean erabat murgildurik nengoelako, aldez bozgorailutik, azken deiaren mehatxuz, nire izena esaten zuen enpleguak ez zuelako ahoskatzen nik, berarengandik bost metrora eta hegazkineratzeko atetik seira egonik ere, ulertzeko moldean. Hara, pasadizo bat besterik ez da.

Azken gutunean diozu bidaiatzeaz nekatu rik zaudela. Hala eta guztiz ere, promozio-bidaion zertarakoaz jabetuta zaude, eta halakoak egiten segitzen duzu. Ez duzu pazientzia eskas, ezagun denez. Ni bidaiak nekarazten naute (batzuek bestetuek baino gehiago), baina agidanez oraindik ez naiz nekatu bidaiatzeaz. Ez dut bidaiatzen asetero, ezta hilero ere. Bidaiatzeaz nardaturik banengo, ziur naiz ez nukeela bidaiatuko, argitalextea lantuka hasita ere. Bidaia akigarri eta itxuraz hutsal batzuk, handik aldi batera inpentsan, oso onuragarriak izan dira nire literaturarako. Bestalde, dastamena da nire zentzumenetan bidaiatzean atseginik handiena hartzen duena. Berak, bai, bizi osoa emango luke hara-hona, hemengo janak eta hango edanak probatzen nekaezin. Ez dakit zuri gustatzen zaizun, baina niri asko gustatzen zait jatea. Ez larregi jatea, ezpada zaporeak probatzea eta sukaldaritza berriak ezagutzea, bata zein bestea tamainan noski.

Ziur naiz aurkezpen, irakurraldi edo solasaldietan behin baino gehiagotan norbait hurbilduko zitzaizula zure libururen batek hunkitu duela esanez eta baliteke eskerrak ere ematea. Bereziki sentibera naiz halako enkontru eskuarki laburrekin. Nire ahaleginak merezi izan duela erakusten dit nire lanak norbaitengan eragin positiboa izan duela egiaztatzeak. Kontrakoa ere gerta liteke, eta halakoetan eraman handiz onartzen ditut erantzukiak. Gure liburuen irakurleen ezau-garriren bat ezagutzea, haien aurpegia ikustea, haien izena entzutea... halako promozio-bidaien alderdi gustagarriena da hori.

Badira hogeita hamaika urte atzerrian bizi naizela. Atzerrian? Ez erabat niretzat, oraindik nazionalitatea hartu ez dudan arren. Iku-siko luzaroko den. Izan ere, nire hiriko, Hannoverreko, udalaren bi gutun ofizial jaso ditut, horretara gonbit eginez. Baldintza guztiak betetzen ditut. Alemaniar nazionalitatea edukitzeak izugarri erraztuko lizkidake maiz fortunatzen zaizkidan izapide burokratikoak; baina bada zerbait oraindik gibelarazten nauena. Ez dakit xuxen zer den. Izan liteke ezinegon hori, noizbait izan nintzen eta oraindik

apika naizen horri uko egiteak dakarrena, ate bat betiko itxiko banu bezala, bestaldean utzirik ahaideak, lagunak eta kultura-ondasunak, nire izateko moldea daukan gizon hau itxuratzen lagundu zidatenak. Beste gauza batzuk paretik kentzea ez litzaidake axola izango.

Nolanahi ere, horiekin guztiekin esan nahi nizun ez naizela nire idazkietako jendeen herrialdean bizi; salbuespenak salbu, *Viaje con Clara por Alemanian* bezala, oso bakanetan girotu dut nire eleberririk bizileku dudan herrialdean. Nire egoera pertsonala, bada, bestelakoa da. Niri ez zait gertatzen zuk diozun hori; alegia, ez dut lan egiten “estimulu errealek gehiegi”aren mende. Distantziak babestu egiten nau Espainiako gobernuaren politika eskasaren ondorio kaltegarrietatik, eta liskar eta tirabiretatik. Distantzia horrek berorrek, gainera, ikuspegi panoramiko bat eskaintzen dit, bakegarria, nire aberkideek maiz falta dutena. Bestetik, ordea, ez da ona nork bere idazkietan deskribatu nahi lukeen errealitatetik urrun bizitzea. Horra hor bidaiatzera kitzikatzen nauen beste arrazoi bat. Konponbidea, erdibidea, Internetek ekarri du, asmakari apropos horrek goitik behera aldarazi baitit sortu nintzen herrialdearekin eta hango jendearekin harremanetan jartzeko modua. Egunero, pantailan, telebistako albistegiak ikusten ditut, debateak ere bai; han egon ez arren, egon banago, ez dakit ulertzen didazun. Falta ditut kalea, beheko taberna, auzokoarekiko solasaldi arrunta, baina ez espainiar gizarteari buruzko eguneroko informazioa. Ez dakit egoera hori onena den eleberri-idazle batentzat, baina, nolanahi dela ere, orain urte batzuetakoa baino hobea da, zeren orduan jatorrizko herrialdearekiko etena (eta nire idazkien lehengaiarekikoa) erabatekoa zen eta urtean egun bakan batzuk baino ez neuzkan egunean jartzeko: hizkuntza-berrikuntzak, argitaratutako azken liburuak, kaleko bizimodua, uneko abeslari famatuen izenak edo azken hilabeteetako hildakoen zerrenda baitezpadakoa.



Rafael Chirbesengana berriro etorrira, behinola, elkarren ezau-pidea egin genuelarik, argitu zidan, kalean barrena ibili bitartean, idazteak ez ziola plazerik eragiten. Nahiago zuen irakurri, eta ordu asko ematen zituen horretan. Beste itzurbiderik ez zeukanean, idazteari lotzen zitzaion, nola eta emakume bat bezala, haurdunaldiko be-deratzi hilabeteak igarota umea barnean gehiago ezin atxikita kanporatzen duenean. Diozunez gozatu egiten duzu idazten emandako orduetan. Nik ere bai. Lanak nahi bezala aurrera egiten ez duelarik ere, ez naiz estutzen. Goizean ateratzen ez dena arratsaldean aterako da, eta, bestela, biharamunean. Betiere ari naiz idazten. Ez fisikoki, baina, nolabait esateko, egiten, ikusten, irakurtzen edo aditzen du-dan orok buruko iragazki bat pasatzen du, halako moldez non bizi-esperientzia guztiak kontrolatzen baititut etengabe, badaezpada ha-lakoei literaturarako atarramenturik ateratzerik baneuka ere.

Idaztea eta irakurtzea, ooren buruan, jardun beraren bi aldaera dira, nire ustean. Jardun horrek dakar hizkuntzarekin bizikidetzeta es-tua izatea eta hitzen bidezko sorkuntza atsegingarrian parte hartzea, berdin hitzok norberak idazten baditu edo hurko baten sormenetik eta ahaleginetik sorturiko liburu batean topatzen baditu. Noski, nik egindakoaren ordaina neronek biltzen dut, eta nire lanagatik go-resten, larrutzen edo inoratzen naute; baina, nolana dela ere, bi ka-suetan badago sorkuntzazko esperientzia bizi-bizi bat.

Honenbestez, ohartuko zinenez, zure gomendioari kasu egin diot, eta aurreko gutunean iradoki zenituen gaiez luze eta zabal jar-dun dut. Niri ere gertatzen zait hainbat kontuz zer iritzi dudan ja-kiteko idatziz argitu behar dudala eta, hala eta guztiz, orduan ere ez naiz egoten libre nire buruarekin konforme ez egotetik.

Hartzazu besarkada estu bat.

Fernando

Wassenaar, udako solstizioa, 2016

Aramburu, adiskidea:

Gutunen goiburuak buruhauste galanta izan dira beti. Duela bi mendeko *jaun agurgarri* hartatik gaur egungo *kaixo* honetara etorriak gara. Nik lehenbizikoa nahiago dut. Eskuarki *maitea* erabiltzen dut jende gehientsuenarekin, nahiz, aitor dut, *maite (izan)* aditza gehitxo izaten den jende gehientsuenarentzat. Beraz, bion arteko azken edo azken-aurreko gutun (jendaurreko) honetarako, zure formula hautatu dut, *adiskidea*. Hori ere hitz larri eta ahaltsua da, zeren, dagoeneko idatzizko adiskideak garen arren, oraindik ez dugu elkar ikusi jakiteko bion arteko kimikarik, gorputzezkorik nahiz ikusmezezkorik, egongo ote den, aditzaren hautu-parekotasunak adierazi bezala. Eta *adiskide* hitzak, niretzat, badakar nolako edo halako malenkonia bat, nire lehen zaldiak hala izan baitzuen izena, Adiskide; aitak hamar urte-edo neuzkala oparitu zidan, eta nire pozgarri izan zen bost urtez. Gero Adiskide saldu nuen bizikleta bat erosteko, eta gero nire hezur-mamizko adiskiderik onenak, Daniel Echavarríak, tiro bat jo zion bere buruari belarrian, eta ordutik aurrera dena zailagoa izan zen. Ez nintzen txirrindularia izan, eta poesia bazter utzi nuen, Danielekin batera jorratzen nuen generoa. Informazio gehiegi eta gai gehiegi paragrafo bakarrean, ezta? Dena dela, adiskideei dena plaut kontatzen zaie, eta ulertu egiten dute. Trataera, hautu-parekotasunak, adiskidantza, zaldia, txirrindularitza, poesia, adiskidantza, suizidioa. Zerrenda xume horri so eginik, ohartzen naiz interesatzen

zaidan ia guztia biltzen duela. Falta ditut familia (arrebak, ama, emaztea, semeak), landa-eremuak, eta beharbada tragedia eta in-darkeria politikoa. Koktel horretan sartzen dira nire liburu guztiak, nire obsesioak, nire bizitza.

Badiozu bi pertsona izan nahi zenukeela. Ni bi pertsona naiz, nahiz nik ere ez dauzkadan bi gorputz, eta halaxe idatzi nuen berriki, Herbehereetara iritsi nintzelarik. Hemen Wassenaarren, NIASeko sarrera-hitzaldian, horixe esan nien bekako *fellowei*, bi pertsona nintzela, eta batzuetan Hektor naizela, batez ere Kolonbian, grina eta borroka politikoa, eguneroko nahasmendu atergabea, eta batzuetan Abade naizela, mundutik apartatzeko monasterio-aldietan, isilaldietan, gogoetaldietan, hemen, leku guztietatik urrun. Pendulu horretan bizia joaten zaidala iruditzen zait, eta iruditzen halaber pendulu horrek ederki deskribatzen duela gure idazle-jarduna: burtzoratzeta, gogoetatzea. Munduko gudu-zelaian erotzea (ETAren zartagailuak, paramilitarren tiroak eta gerrillaren bahiketak, gure sumina eta mina, gure eromena), hilko gaituzten sasijainkoen kontra ere borrokatzea, eta gero itxian sartzea, komentuko gela batean geratzea, burezurraren pareta gogorren atzean gordeta dagoen zerbait ezezagun horrekin borrokatzea bakarka, eta buru-prozesu horretatik zerbait sortzea, gure eginek esaterik ez daukatena hitzei esaten uztea. Quevedoren bertso-lerro batek ederki deskribatzen du nolakoa naizen: “koldar bat ausart-izenduna”. Zeren, ez pentsa, ez naiz, Hektor bezala, bipilki lotzen borrokari, eta beldur izaten naiz.

Nik, Fernando maitea, ez dakit xuxen zer esan nahi duen batzuek, batez ere ezkerrean, erabili ohi duten esapide horrek: “hizkera hegemoniko”. Ez dut Chirbesen lanik irakurri, eta beharbada lagungarri litzaidake ulertzeko. Pentsatzekoa da badirela bizio batzuk, hedabideetako hizkeraren endekatze bat, aditz eta izenen erabilera oker bat (hizkuntza orwelldar bat), baina halere uste dut delako hizkera hegemoniko horretan, halakorik baldin bada, edozeinek

badaukala kontrakoa esatea, zerbait urratzailea, zerbait bestelakoa. Inor ez dela ezein hitzen jabe, eta batek, berba higatu eta zatarren bidez bada ere, bere pentsuak adieraz ditzakeela, halako hitzez ironiaz edo eraz baliaturik. Hizkuntza garbitzea gehiago dateke poesiaren lantegia eleberriarena baino.

Bitxia da, ez dugu behin ere poesiaz hitz egin gutunotan, eta halere uste dut poesia gure lehenbiziko maitasuna izan zela, eta susmatzen dut biontzat, oraindik ere, poesia dela miretsiena: jainkosa, ama birjina, puta zoragarria, ohaidea, emaztea, maitalea. Ez dakit zer dela-eta, gauza femeninoak baizik ez zaizkit otutzen, eta erotiko samarrak, baina poesia emakumezkoa da, ezta? Litekeena da Nerudaren poesia, hain maskulinoa, hala ez izatea. Emakumezkoa da Szymborskaren poesia, zure prosa bezain arrai eta arretatsua dena, beste inorena baino burutsuagoa. Lehen paragrafoan esan dizudanez, poesia idazten nuen nire adiskide Danielekin. Nerabezaroko poema kaxkarrak, egiaz, baina halako debozior eta zintzotasunez idatziak, ziur aski nerabezaroan, edo umezaroan jolasean, baizik ezin daitekeen moldean. Haren etxeko teilatura igota idazten genituen poemak, Medellingo Laureles auzoan. Ardoa lehen aldiz hartzen genuen, eta orain uxuala iruditzen zaidan baino gogorragoa iruditzen zitzaigun orduan ardoa. Ezpainak okertzen genituen asentsioa balitz bezala, eta mozortu egiten ginen hurrupa bakan batzuk eginda.

Daniel gautxoria zen, eta oso lo gutxi egiten zuen. Olivetti batean poemak jotzen ematen zuen gau osoa, deabruak hartuta bezala. Erotu antzean idazten zituen poemak. Arratsalde batez etxeko pilula guztiak irentsi zituen, eta urdaila garbitu behar izan zioten salbatzeko. Goizean gurasoak klinikara joan ziren anaia nagusiarekin, denek estimatua bera (Daniel ikasle eskasa zen, poeta, gauzeztana). Eta orduan bera aitaren armairura joan zen, eskopeta atera, belarrondoan paratu, eta katua sakatu zuen. Ondo gogoan ditut odol-orbaina agabezko zerriaren gainean ohearen oinetan, Danielen begi berdeak, haren

barre historiko samarra, haren txokolaterako karra, haren narrasa. Eta orduan poesia bazter utzi nuen, bide horretatik segituz gero neuk ere nire burua hilko nuelakoan, eta ez dago halakorik egiterik nireak bezalako guraso batzuei.

Nik, baina, zazpi eta hamaika silabakoak daramatzat barruan; barruan daramatzat madrigal fingabeak; barruan daramatzat alexandrino asko, kontu serio eta alaiak esatekoak; barruan daramatzat gure erromantzeetako zortzi silabako naturalak (Espainiako erromantzeak nireak ere baitira), “Gerineldo, Gerineldo, erregeren lehen puttiko, gaur gauean nahi zintuzket ene lorategian ttinko. Jainkoarren, Gerineldo, hain zara gorputz eztko”. Hain agerikoa, hain erotikoa, hain Julieta, Espainiako infanta hori. “Ezpata tartekaturik, lekuko dut ezarriko”, dio erregeak, haiek ezin hilda ohean batera lo topatzean. Ai, Borgeses Genevako hilobiko ezpata bezalakoa da, berbera da. Seme-alaben maite-kontuetan sartzen den aita da. Zerbait ilun eta ederra, Gerineldoren erromantzean osorik argitzen ez dena. Hilko al ditu erregeak Gerineldo eta infanta, ala lehenengoa bakarrik, ala inor ere ez? Ez dakigu: ez dakigu zein diren maitasun onesia eta maitasun debekatua. Mugonez eteten da poesia. Gelditzen jakitea, hara literaturaren auzi behinena, biziaren jario etengabea non has eta non buka jakitea.

Ikusten duzunez, Fernando, gogoko dut poesia formala. Eta, oker ez banago, sonetoak ontzen zenituen trebatzeko ariketa gisa. Nire iritziko, batek ez badaki soneto bat osatzen, orobat ez daki, eskubiderik ere ez du, gaztelaniaz idazteko. Eta *Kixote* irakurri ez badu, ezta ere. Ez da aski, inondik ere ez, baina bai ezinbesteko. Idazkuntza-lantegi bat daukat Medellínen, EAFIT unibertsitatean, han ari bainaiz lanean. Eta lantegian segitzeko baldintza, betekizun bakarra da parte-hartzaile berriek arauzko soneto edo madrigal bat idaztea. Uste baitut arauk soilik barneratu eta gero ematen digutela askatasuna. Prosodiaren, joskeraren, gramatikaren,

ortografiaren arauak. Idazkuntza ederra da, xakea bezala, arauak dauzkalako. Nire semeorde Benjamínek, xakean irakasten ari nintzaiolarik, nirekin beti galtzen zuenez (ez dut erabiltzen, bestea adoretzearren, irabazten uzteko metodoa), egun batean proposatu zidan: “Egin dezagun xakean, baina araurik gabe”. Eta ohartu zen zein zentzugabea den araurik gabeko partida bat. Araurik gabeko matematika bezain. Bai, arau guztiak barneratu ondoren irabazten dugu askatasuna arau guztiak ez gordetzeko, edo behinik behin baten batzuk aldatzeko, arauetatik haraxeago jotzeko. Ez daukazu arauetatik harago jotzerik, ordea, haien jabe ez bazara.

Duela gutxi, nire lehen eta azken poesia-liburua argitaratu zuen Pre-Textos etxeak. *Testamento involuntario* [Nahigabeko testamentua] du izenburua. Duela hiru urte, idazteko hain agorraldi larria izan nuelarik non uste izan bainuen neure buruaz beste egingo nuela (idazle gisa neure buruaz beste egin bederen; alegia, idazteari utzi), koaderno zaharrak atera nituen, eta azken hamarraldietan, lotsagarriro, isilean idatziak nituen bertsoetarik hain txarrak ez zirenei hautsa kendu nien. Ahal izan nituenak bildu nituen, zerbait erantsi, eta liburua moldatu nuen. Berrogeita hamabost urte neuzkala atera zen, zahartzaroaren atarian, orain, neure buruaz beste egiteko beldur ez naizela adina bera badelako suizidio astitsu bat. Eta ez da deus gertatu, Kolonbian ia ez da iruzkinik agertu. Poetena gremio itxia da, eta ez diete eleberrigileei sartzen uzten nik dakita zer petxa ordaindu ezik. Zinezko poeta baten gutun eder bezain gogor bat baizik ez nuen jaso, Joan Margaritena, zeinean esaten baitzidan zer olerki ziren oso txarrak (erretorika hutsak), zein ipuin baterako lehengaiak (poema narratiboak) eta zein, oso bakanak, izan litezkeen edo diren olerki onak. Eta ni bat nator berarekin. Hain da zaila poesia, eta ia poema guztiak dira hain txarrak, non poeta gisa batek egin dezakeen bakarra baita denok barnean daramagun poeta txarrari kontra egitea, ateratzen ez uztea kurtsiari, bizkarroiari, maiztuari, melengari. Ahotsari,

nondik datorren ez dakigun ahots ilun eta sakonari ernetzen uzteko. Ahots xumea den arren, tarteka oihartzun soil bat ere ez.

Langarra da kanpoan, argi lo-eragozleko eta egun luzeko ekain honetan. Ez dugu hemen, iparraldean, espero nuen beroa, eta hamar egun barru amaituko da Herbehereetako nire aldia. Bost hilabeteok zoragarriak izan dira nire bizitza eta lanerako. Ez dut esan nahi gauza zoragarriak idatzi dudarik, ezta hurrik eman ere, ezpada aske, aise, beldurrik gabe idatzi dudala, aparatu honen teklen gainetik hegaz, kezkarik gabe eta ia zoriontsu, nahiz tarteka-marteka izugarrikeriak deskribatzen ari izan. Batzuetan uste dut Kolonia ezin salbatuko dela, gure izuzko, bidegabekeriazko, utzikeriazko gerra zikliko koldarretan segituko dugula. Eta beharturik egongo garela biktimen, hainbeste biktimaren, izumenaz idazten segitzera. Beharbada, horregatik da niretzat hain gogorra bueltatzea. Berriro Hektor izatea, Abade izateari utzita, armadura eta kasketa jantzi, hizkuntzaren ezpata atera eta erraldoien aurka borrokatzea, zeren nire Rocinantetik, Adiskidetik, eraitsi nahirik aritzen baitira, burezurreko hezurak puskatu arte. Beharbada hemen segitu nahiko nuke, Europako aterpe honetan, mundurako salbuespen den Europa honetan, azken 70 urteetako Europa baketsuan, leku hauskor horretan non, munduaren historian lehen aldiz beharbada, biztanle gehienak ondo eta onik bizi baitira. Behartsuenak ere bai, hemengo behartsuak Kolonbian erdiko klasekoak lirakeelako, halako bizimodua edukita. Ez dira, baina, konturatzen; uste dut hemen ez direla konturatzen. Europan ahaztua dute zeinen lazgarria izan daitekeen mundua, eta zeinen narea eta lasaia den haien mundua. *Charlie Hebdo*, Koloniako bortxaketak, Bruselako bonbak, ETArek hilketak eta halere? Ez, ezin diet halakorik esan biktimei, baina, guztiarekin ere, Europako hilketa-tasak ezin apalagoak dira, segurtasun-gabezia inongo txikiena. Ez dago paradisurik, baina lurrak ez du inoiz izan paradisuaren antz handiagorik nola hemen, gaur, eta hondamendi baten

aurretxoan, hori zernahi dela, tsunamia, ordokietan sartzen den itsaso oldartsua, barbaroen inbasioa, naturako kataklismoa. Bake handiko istant hauskor bat, bidegabekeria gutxikoa, janari askokoa, izurririk gabea, askatasun handikoa. Ez, zuek ez zarete ohartzen, baina nik, beste mundutik etorririk, hegotik, tropikotik, odol berotik, esaten dut eta ohartzen naiz. Eta ikusten dudana miseria, halakorik ere bada-eta, hutsaren hurrengo da guk ikusten eta jasaten dugunaren aldean.

Zenbat hizpide ekarri dizudan, Fernando. Nire burmuinak, ikusten duzunez, gauza gehiegi egosten ditu aldi berean. Ia eldarniotan ari naiz hil aginean bezala. Eta orduan nire gutunak ia berriketa hutsa dira, azkar idazten dizudalako, eta atzera begiratu gabe. Aski nuke, haatik, kontatuko bazenit nolako harremana izan duzun poesiarekin gazte-denboran eta nolakoa orain. Eta nola sartzen den poesia prosan hura ernaltzeko eta bere txertoak egiteko, eta nola hobetzen, trinkotzen, edertzen duen, nola eransten dizkion sakontasun-geruzak eta ahaire leunago bat, hartara, ahalaz, gure hurkoen, irakurleen, kaskezur gogor itxian barneratu dadin.

Besarkada estu bat zure lagun zahar-berriaren partetik,

Héctor



Hannover, 2016ko ekainaren 23a

Héctor, adiskidea:

Ez dut sekula zaldirik eduki. Gaztetan ez zitzaidan bururatu ere egingo halakoren jabe izan zitekeenik edo izenik jar zekiokenik. Errebaleko nire auzoan, bazen baserritar bat asto bat zeukana; gurdi bati loturik eramaten zuen belarra egitera, eta beldurgarrizko maki-ladak ematen zizkion. Ama eta biok hiriko azken etxean bizi ginen, eta leihotik begiratzen genion. Amari iruditzen zitzaion gizona astoa baino astoagoa zela. Gaztetan eduki nuen animalia bakarra armiarma bat izan zen. Amak arropa zabaltzeko erabiltzen zituen soketatik dilindan agertu zen egun batez. Francisca jarri nion izena. Euliak inguratzen nizkion amaraunera. Dirutza handia egingo nuen, euli-harrapaketa jarduera ordaindua izan balitz. Franciscak harrapakinak oldarrean biltzen zituen geun-mataza batean, eta gordelekura eramaten zituen. Etxeko surrealismoko ariketa apal bat zen. Idatzita nago horretaz. Egia esateko, edozeri ateratzen diot atarramentua literatura egiteko. Larri ibili, beraz, azaroan, bekoz beko gaudelarik. Ni aurrean nagoela esaten duzun edo gertatzen zaizun edozer ager daiteke gerora nire testuetako batean.

Karrerista, ordea, bai izan nintzen, bizikleta eta guzti, nahiz bigarren eskukoa zen hura. Federazioan izena emanda egon nintzen, eta lasterketa batean parte hartu nuen. Bakar batean. Nire bizitzako pasarterik negargarrienetako bat izan zen. Gaur barregura ematen dit. Orduan nahikotxo amorratu nintzen. Irteeraraino lagundu zidaten,

Irungo Bentetara, aitak eta nire koinatua zenak, eta adiskide genuen barazki-saltzaile batek eraman gintuen denok bere furgonetan. Gogoan dut nola nengoen eserita nire kalitate txikiko bizikletarekin lanranja-zaku artean. Gero beste parte-hartzaileak ikusi nituen, batzuk beren autoetan, ordezko gurpilak goiko parrillan. Lasterketaren zuzendariak kanporatu egin ninduen irten eta gutxira, buru-has joategatik. Ez nintzen erretiratu. Horixe behar genuen! Behin lehiatuko eta... Ez dut ahaztu zer dortsal eman zidaten, 28a. Nazioarteko txirrindulari-lasterketa handiak telebistan ikustean, jakin-mina izan ohi dut ea nork ote daukan dortsal hori. Norgehiagoka probintzia mailakoa zen, eta nik hamasei-hamazazpi urte neuzkan, baina kontua da nire aurretik zihoan karreristak okerreko bidea hartu zuela bidebanatze batean. Nik itsu-itsuan segitu nion. Nire ostekoak niri jarraitu zidan. Azkenak ginen, eta bazterleku batean amaitu genuen hirurok, umezurtz antzean elkarki begira. Ez nintzen gehiago lehiatu. Geroago beste bizikleta bat eduki nuen, hura ere erabilia eresia. Ikasketen eta liburuen alde egin nuelarik, motor korrokoildu batez trukatu nuen, zeinak zulo ttiki bat baitzeukan deposituaren tapoian. Alkandoraren bularraldea gasolinaz ziprztindurik iristen nintzen unibertsitatera. Kostatu zitzaidan igartzea zergatik. Isuria konpontzeko, arrosa-arantza batekin estali nuen zuloa. Motorrak ibiltzeari utzi zion gutxira. Itxura batean zuloak bazeukan bere zeregina, niri arropa zikintzeaz landa.

Ondasunak pilatzeko nire axolagabekeria horrek beharbada babestu nau, oharkabean, malenkoniatik. Neurri bateraino immunea naiz galera-sentipenaren aurrean. Bilduak ditut, bai, liburuak, urteak joan urteak etorri; baina esango nuke nire bibliotekako aleen ehuneko laurogeita hamar irakurri ditudala. Seguru irakurriko ditudan liburuak baizik ez ditut erosten. Ez dut ezelako bildumarik egiten. Ez argazkirik, ez posta-zigilurik, ez diskorik. Ezer ez. Umetan, bai. Harik eta halako batean ohartu nintzen arte bildumazaletasuna

betikotasunaren eldarnio bat dela. Ez daukat ningunorik traste zaharrak zakarretara botatzeko. Emazteak galdetu ere ez dit egiten. Zer egingo dugu honekin? Bota ala gorde? Aldez aurretik badaki lagun mina dudala zakarrontzia. Ez diot gur egiten diruari. Ez daramat bizkarrean hondakin sentimentalen museo bat. Ez dut uste ezer betiko denik.

Txarrena da gauzakiez diodan hori gizakiekin ere gertatzen zaidala. Ez, ez dut inor sastarretara botatzen. Azalbide egokirik gabeko arrazoiak direla medio, ikastetxez edo hiriz aldatu naizen guztietan lagunez aldatu naiz, eta, salbuespenak salbu, aurrekoak bistatik galdu ditut. Nire errua da, aitor dut. Eta baten batek, denboragarrenera, bide publikoan ezustean gurutzatzean, hori dela-eta ezer aurpegiratu badit, orduan eten egin da bion arteko lokarriaren zuntz bakarra. Ez dut inor ahazten. Antzinako lagun askori buruz oroitzapen goxoa daukat. Eta bizikidetzatza berrituko balitz, adiskidetasuna itzuliko litzateke, niri legokidakeen neurrian bederen. Orain, ordea, lagun zahar horiek beste mundu bateko irudi lausoak dira, dagoeneko nireak ez diren denbora eta leku batekoak. Bitxia da, baina leku berri batera iritsi naizen guztietan ez zait askorik kostatu lagun min bat egitea, edo gehienez bi. Nik, taldean, deskonektatu egiten dut. Begira eta adi egoten naiz, aurpegierak eta hitzak aztertzen ditut; baina ia ez dut ekarpenik egiten, edo oso txikia. Esan beharrik ez horren ostean ez dagoela kalkulurik. Nire izateko modua da, ez besterik. Gaztetan konturatu nintzen horretaz, eta ez da inoiz izan eragozpen larri bat niretzat. Emazteak esaten dit denbora gehiegi egiten dudala bakarrik. Zoritzarrez, hemendik azkenera arte, horrek ez du erre-medioren izango, nonbait.

Alemaniarra aldatu eta gero, bazter utzi nuen poesia. Ez nuen kolpean utzi. Urtebete behar izan nuen poesiagabetzeko. Askabidea izan zen. Eta lortu nuen prosa laburreko liburu bat idatziz, *El artista y su cadáver* [Artista eta bere hilotza] izenburu adierazgarrikoa.

Argitaraturik dago. Poetaren maniak alboratzen lagundu zidan liburu horrek. Ez nekien idazten silabak zenbatu gabe. Ume izu bat bezala, ikaratzen ninduten, eskrupuluek hartaturik, kakofoniek, testuko ondoz ondoko tartetan hitzak errepikatzeak, barne-errimek. Erabaki nuen nire liburu terapeutikoa, zorrozki betetako hasierako asmoaren arabera, Alemanian eskolak ematen egindako lehenbiziko urtean idatzitakoa izango zela. Kasualitatea zer den, Borges hil zen epemugarren bezperan. Borgesi eskainita dago, beraz, liburuko azken pieza. Ezkontide-gatazka ankerreko urte bat izan nuen poesiarekin. Aldi batez pentsatu izan nuen hura utzi beharrean nengoela. Antola hor, neskato erritmodun eta hotsandikoa. Gaur egun besterik uste dut, berak utzi ninduela ni. Beharbada elkarrekin adostutakoa izan zen banaketa. Geroztik trapu zahar bat bezala ibili dut, eta iseka egin diot errukirik gabe. Nire hitzen osteko historia ez dakiten olerkari batzuk mindu egiten dira, generoaz idatzi dudana irakurtzean.

Guztiarekin ere, hara non, harremana hautsi eta denboraren joanean bizitzako bihurtune batean elkarrekin topatzen diren behialako bikoteak bezala, onezkoak egin ditut poesiarekin, baina bertsoak idazteari uko egiten diot oraingoz. Gaur-gaurkoz poema-liburu gehiago irakurtzen ditut eleberriak baino. Poesiaren teoriako saiakerak ere orri-pasan ibiltzen ditut sarri. Eta hileko lehen larunbatean nik hautatutako poema bati lotutako gogoeta bat argitaratzen dut Bilboko *El Correo* egunkariko *Territorios* gehigarrian. Sailak *Vetas profundas* [Zain sakonak] du izena. Ez dut baztertu artikuluok inoiz liburu batean bildu eta argitaratzeko aukera. Horietan ez dut testu-iruzkinik egiten, kritikarik idazten edo leziorik ematen. Izan ere, debeku dut, hala nahi izanda, hizkera akademikoaren aztarnarik agertzea. Nire eginkizuna da ahalik eta argien kontatzea poema-irakurle honen historia txiki eta pertsonala. Ez dut isilean gordetzen nire asmoa dela poesia beste batzuei erakargarri gertatzea. Badakit idazle batzuk erlijiora itzuli direla beren bizitzen hondarrean. Batzuetan iruditzen zait

nik, antzeko mugimendu batek bultzaturik, antzinako moldeko poemak ontzen amaituko ditudala nire egunak.

*Hizkera hegemonikoa* denaz bezainbatean, Rafael Chirbesi hartu nion, lehengo astean Valladoliden idazle batzuek opatu genion omenaldi/oroigarri baten kariatara. Eleberri-idazle miragarri haren gogozko mundua konprenitzeko balio du kontzeptu horrek, baina gaur egun ez dago indarraldian. Boteretsuen esanetara ari ez den diskurtso narratibo bat garatzea da gakoa; boteretsuei (agintean dauden politikariei, bankuei, multinazionaleri), ordea, ez zaie fitsik axola literatura, edo beren gisara taxutzen dute hizkuntza. Espainiako parlamentuko debateei erreparatzea besterik ez dago konturatzeko nolako jaidura daukan klase politikoak hizkera xehea erabiltzeko, zeina batzuek aldeztu baitute beren liburuetan boteretik aldentzeko eta hari erasotzeko. Espainiako diputatuen artean ez dira asko elokuentziaz mintzatu eta gramatikako arauak gordetzen dituztenak.

Bakardadean idatzi bitartean, batek bere hitzen jabe balitz bezala jokatzeko du. Nork bere gogara hautatzeko aukera dauka behinik behin. Hala ere, kontuz, lan bukatua liburu (alegia, salgai) bihurtutakoan, akabo fandangoa. Liburu batek, edukia zeinahi dela, beharrezko ditu paper-fabrika bat, administrazio-kontseilu eta guzti, industria editoriala, banaketa-sare bat, liburu-dendak, aurretik erosle diren irakurleak, eta ogasuna, zeinak produkzio- eta salmenta-kateko atal guztietatik etekina ateratzen baitu. Ezein idazlek ezin du erabaki zein izango den norberaren idatzien oihartzuna gizartean. Gehienez ere, bere asmo sarritan xaloak ager ditzake. Niri, kongresu batean, Espainiako Gobernuako ministro bat hurreratu zitzaidan, zeina, bide batez esanda, ez bainuen berehalakoan ezagutu, eta nire *Viaje con Clara por Alemania* goraiatu zuen. Zer egin behar nuen? Itsaslabar batetik salto egin? Ez al da ministroa, bada, ni bezala, zu bezala, Chirbes bezala, lerrook beharbada irakurriko dituen bezala, aldi baterako gizaki gaixo bat?

Ez nator bat estiloa literaturan zalantzan jartzen dutenekin, hain zuzen horrexek ematen baitio taxua testuaren kerari. Estiloak ez du bakarrik trenkatzen zein den lan baten balio artistikoa, zeina batzuetan zalantzazkoa baita, batez ere idazkia gehiegizko apaingarri gogaikarrietan erortzen denean edo irakurlearen begiak nekaraztea merezi duen mezu bat ez daukanean. Hori baino gehiago da. Autoreak askatasunez jardun duela erakusten duen froga dudagabea da. Bere irizpideak mamitu ditu, beraz; ez da topikoen aurrean makurtu; tonu eta forma berriak bilatu ditu; giza aferak ikusteko eta konprenitzeko ikuspegi berri bat sortu du; bera gabe munduan izango ez zen zerbait eskaini du, finean.

Ez geneukan halakorik nire umezaroko langile-auzoan. Eta horixe irabazi nahi izan nuen, inoren tutoretzapean ez egoteko eta inor nire izenean mintza ez zedin ageriko plazan, megafonoa eskuan, behin Gabriel Celaya poetari esan nionez, zeina fabrika baten jabearen semea baitzen eta, ustez, kontzientzia sozialez mintzatzen baitzen langileen izenean. Ez, begira, Celaya (esan nion goxo), ez dituzu zertan nire klasekoen muga linguistikoak antzeratu zure poemetan; zinez, askoz probetxugarriagoa litzaiguke hizkuntza jasoaren jabe egingo bagintuzte hezkuntzaren bidez.

Ez dago estiloa jasan dezakeen gogo totalitariorik. Betiko baboek, gailentzen diren gizonekin erremindurik, elitismoarekin parekatzen dute. Berriki espainiar idazle batek Luis de Góngora maisetu zuen azalkeiaz bere liburu batean. Ezkertiar plantak egiten dabil hor zehar, eta halere Marcelino Menéndez y Pelayo tradizionalismoaren eta ortodoxia katolikoaren paladinaren iritzi berekoa da, gure poetarik gorenetakoa horri dagokionez. Aipatzekoa da Góngora larrutu eta literatura antielitista aldeztu duen liburuak 19,50 euro balio duela, eta poeta klasiko ilunaren edizio iruzkindun on batek 11 edo 12.

Bat nator zurekin diozularik arauak idazlearen sorkuntza-askatasunaren harroin direla. Nork bere buruari ezarri eta, behin ongi eta

trebeki ezagutuz gero, hautsi egin ditzakeen arauak. Zaragozan filologiako ikasle nintzen sasoiari, XX. mendeko hirurogeita hamarreko hamarkadaren amaiera aldean eta laurogeikoaren hasieran, errentan bizi nintzen fakultatetik urrun zegoen pisu batean. Bidean, oinez nindoala, egunean soneto bat ontzen nuen ahapekako kale-bakarrizketaz. Gero ikasgelan jartzen nuen idatziz, eskola-orduetan. Harro aldarrikatzen nuen, oker aldarrikatu ere, lehen gizona nintzela soneto bat prosaz moldatzen. Ez zen lantegi erraza izan. Ez zuen balio edozein ateraldik. Aurrena, soneto kanoniko bat izkiriatu nuen, lauakoak, hirukoak eta errimak. Ondoren, beste bat egin nuen, salbuespen xume bat erantsita, eta gero hirugarren bat beste herren batzuk erantsirik, harik eta, ibilian-ibilian, hogeitaz pieza osatu nituen arte, haietako azkena prosazko testu bat izanik. Baneukan bukaeratik hastea, baina orduan ez nuen sonetoaren sentsaziorik izango. Handik urte batzuetara, kasualitatez, Luis Felipe Vivanco poetaren liburu batean, *Soneto en prosa* [Sonetoa prosan] izenburuko konposizio bat aurkitu nuen. Scott bezala sentitu nintzen, Hego Polora iritsi eta Amundsenen bandera topatu zuenean.

Bego hor, Héctor, adiskidea. Ez nuke amaitu nahi aitortu gabe atsegin ez txikia izan dela zurekin gutun-trukean aritzea. Bistan da zenbat-gura gai geratuko zirela tintontzian, zein baino zein interesgarriagoa, nahiz baden denbora luzea ez dudala tintaz idazten. Denborak eta abaguneak horretarako modua emanaz gero, *sine die* luzatuko nuen gure harreman elektroniko-epistolarra (ziur aski tintontzia aipatzeagatik etorriko zitzaidan latinkada eskura).

Nire adiskidetasuna eta besarkada estu bat izan daitezela idazten ditudan azken hitzak.

Fernando